



Editado por:

ALTERNATIVA EDITORIAL

<http://www.alternativaeditorial.com/>
info@alternativaeditorial.com
Apartado 98 - 32.080 OURENSE
Galicia (Europa)

Editor asociado:

FORO SENSIBILIDADES

<http://www.sensibilidades.com/>
sensibilidades@sensibilidades.com
prensa@sensibilidades.com

Edición 2004: 2.000 ejemplares en impresión offset
Impreso en: **Gráficas Galegas** (Ourense)

Depósito legal: **OU - 151 / 2003**

ISBN: **84-96085-30-9**

Diseño portada: **Xabier González**

Maquetación: **OURENSE DIXITAL**

Venta por internet:

<http://www.alternativaeditorial.com/indexouren.htm>

Copyright Foro Sensibilidades, 2.004

El código Penal sanciona a "...quien intencionadamente reproducere, distribuyere, plagiar, o comunicare públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, científica o artística o su transformación o una interpretación artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin autorización expresa de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o de sus cesionarios. La misma pena se impondrá a quien intencionadamente importare, almacenare o exportare ejemplares de dichas obras o producciones sin la autorización requerida" (Art. 534-bis, a).

Expresamente se prohíbe la traducción, total o parcial, a cualquier idioma, lengua o dialecto, sin la autorización expresa del autor o de los cesionarios.

El proyecto plasmado en esta publicación de **ALTERNATIVA EDITORIAL** se sustenta bajo premisas de publicación editorial sin ánimo de lucro, con el objetivo de difundir y promocionar textos y autores en idioma castellano que participen en el **FORO SENSIBILIDADES**. Los autores conservan en todo momento los derechos de propiedad intelectual de sus obras y únicamente las ceden gratuitamente y de manera no exclusiva para ser incluidas en esta edición.



En esta publicación se han respetado las "licencias de autor" por entender que constituyen, en sí mismas, una expresión más de la riqueza del idioma castellano. Los textos se han reproducido con total fidelidad respecto de los originales, incluso en aspectos estructurales.

PRÓLOGO

Luis E. Prieto Vázquez

(Fundador del Foro Sensibilidades, el 6 de Febrero del 2001)

(a modo de prólogo emocionado)

Este libro que tienes entre las manos, y que recién empiezas a disfrutar, amigo lector, es una joyita literaria difícil de encontrar en los supermercados del *best seller* del mundo editorial, y casi imposible de valorar si no eres capaz de diversificar su lectura recorriendo los sueños y afanes de decenas de escritores que, en algún momento, creyeron en la posibilidad de aunar emociones creativas con afectos sensibles y simbiosis en lo humano y literario.

Porque esta Antología, amigo, como las cuatro anteriormente publicadas y presentadas, es mucho más que un libro selecto y elegido, de escritores consagrados o primerizos, de prosas y poesías seleccionadas entre miles de creaciones dejadas en el **Foro de Sensibilidades**, de infinitas esperanzas literarias y de emociones vividas desde la proximidad-lejanía de un foro virtual que rompe barreras para hacerse real y de papel impreso.

Esta **V Antología Internacional de Sensibilidades** es, sobre todo y más que nada, el esfuerzo y el tesón de cientos de personas que conviven con dificultad y respeto en un espacio con vocación literaria y humana, y que hace ya tres años se me ocurrió crear en la esperanza de que era posible, y necesario, dignificar los sueños creativos en Internet, sumar crecimientos literarios y restar barreras y parapetos culturales, aunar deseos de volcar sentimientos escritos desde la ayuda desinteresada de conocimientos y sensibilidades diversas.

Pero no sería justo si en esta somera presentación de lo que significa el **Foro de Sensibilidades** y la Antología que tienes en tus manos, lector, no tuviera un especial recuerdo hacia los moderadores de este foro que

siempre me han acompañado y dado aliento a través de los años: **Araceli García, Lola Bertrand, Aletse Santiago, Julie De Grandy** y **M^a Antonia Seguí**, y que, además, en esta ocasión, han formado, junto conmigo, el *Comité Seleccionador de Textos y de Autores Invitados*, una labor impagable, ardua y agotadora.

Y, sobre todo, de los cientos de miembros activos del Foro que han creído en los sueños realizables por encima de envidias y desencantos transitorios, de críticas y varapalos, de incomprendiones y abandonos ombliguistas, de distancias y problemas personales.

Pero no quiero, ni puedo, olvidarme en esta reseña de nuestro compañero y editor **Xabier González**, un gallego luchador en la distancia callada pero efectiva siempre, y que, creyendo en el sueño y soportando marejadas diversas, ha estado siempre al pie de este cañón desinteresado (y casi siempre gravoso) trasformando en papel caliente el esfuerzo de tantos.

Por esto, amigo lector, miembro o no del Foro, este libro que tienes entre las manos no es un libro más, de mayor o menor calidad literaria e interés creativo: es un libro único, especial, diferente, de afanes fundidos en sueños difíciles y constantes.

Un libro para amar desde lo hondo.

Espero que así lo aprecies...

(* **Luis E. Prieto Vázquez**

Títulos como **“Diario de un anarquista atávico”** (novela), **“El hombre, el hombre... la tierra, la tierra”** (teatro), **“Cantares de la edad adulta”** (poesía), **“Aladino está de vacaciones”** y **“Contra un muro de sal”** constituyen, junto con su participación como **autor invitado** en cuatro ediciones de la **“Antología Internacional Sensibilidades”** y en la de **“Todas las voces, una voz”**, o su participación en la novela **“La memoria de los triángulos”**, ocupándose de escribir/interpretar al personaje **“Hernán”**, una muestra fidedigna de la bibliografía de autor de este escritor español afincado en la Sierra de Madrid.

5ª ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

SENSIBILIDADES

foro
sensibilidades



Índice de autores invitados

- 7 Aletse Santiago (México)**
- 13 Álvaro Morales (España)**
- 19 Elizabeth Quezada (R.Dominicana)**
- 25 Francisco De La Sierra (España)**
- 31 Ihintza Peña Peña (España)**
- 37 Issa Martínez (México)**
- 43 Julie De Grandy (Cuba-USA)**
- 49 Lola Bertrand (España)**
- 55 Lola Díaz-Ambrona (España)**
- 61 María Luisa Lázzaro (Venezuela)**
- 67 Mariana Mestre (México)**
- 73 Marisa Bermúdez (España)**
- 79 Ophir Alviárez (Venezuela)**
- 85 Ricardo Iribarren (Argentina)**
- 91 Sergio Palomo (España)**
- 97 Sonia R. Fides (España)**

ALETHE SANTIAGO

Diario de una muñeca de aparador

Un día de éstos, de un año impreciso.

Sí, regreso a mi vieja afición de hilvanar palabras con la punta de un lápiz en lienzos blancos, como cuando fui la niña cuidada de mamá, la estudiante modelo, la hijita de papá, aquella a la que regalaron un diario. Y ahora, ¿quién soy? Veamos: adorno y estoy minuciosamente vestida para que deseen tenerme entre sus manos, acaricien mi pelo artificialmente cobrizo, para perpetuarme en sus pupilas por un instante. Regalo fantasías y estoy diseñada para decir eternidades en medio del gemido. Lo que no saben es que esas palabras aún me salen del corazón,

porque no ven mis lágrimas de aserrín, e ignoro el sentido de la risa cínica. Se acercan, me sacan del aparador, me dan la vuelta, me suben y bajan, me visten y desvisten, me codician; me degustan, palpan, estrujan; se dejan querer y escuchan asombrados mi melodía interna, mientras en mi caja musical doy vueltas y vueltas sin parar. Cierran los ojos, me miran con la yema de los dedos, sonrían y a veces lloran porque saben que soy de porcelana, resquebrajable. Entonces, cuidadosamente me vuelven a poner en mi plataforma circular, me dan un beso, y se van. Sí, eso es lo que soy: una muñeca fina de aparador.

Una semana después de ese día cualquiera.

Como muñeca de aparador no espero nada. Sólo hago lo que tengo que hacer: cotizarme, adornar y regalar quimeras a sedientos de olvidos. Pero esta noche alguien llegó, miró más allá de mis pupilas ahogadas y me dijo que odiaba a quién me puso tras la vitrina. "Nadie me puso aquí", le respondí. "Tú sabes que sí", me dijo con voz susurrante, "y me duele que ni siquiera tengas el valor de admitirlo". Yo callé por unos instantes antes de preguntarle, sin mirarlo a los ojos: "¿Importa eso ahora?" "Importa", me contestó, "porque sin caerte te estás rompiendo, estás muriendo por dentro. ¡Déjame sacarte de aquí!" Se romperá él también, lo sé. "No me conoces, ninguno de los dos se romperá. Nadie más te pondrá tras una vitrina. Yo cuidaré de los dos." Fueron sus últimas palabras. Tengo miedo.

Un día muy preciso, el cielo se abre.

Ahora los dos estamos dentro del aparato de quimeras y engrasamos los engranes de las horas. Todo está en orden. Bajamos la cortina del tiempo e ignoramos al mundo y sus miserias. Abiertos, sin miedo, nos contamos todos los secretos. Me gustan estas lágrimas que me saben a riachuelo de aguanueva. Miro por la ventana y desconozco el pueblo, aún cuando llevamos meses viviendo entre sus gentes que nos ven como extraños. Él duerme. Respiro su silencio y se ensancha el paraíso. Sonrío. Muy lejos están las calles donde deambulaba vestida de lentejuela, tacones altos, y mis labios de rojo insinuante. La noche me llama con voz

ronca. Cierro instintivamente las cortinas espantando el presagio. El gorjeo de un búho se estrella contra el portal, y el croar de las ranas se filtra por debajo de las puertas. Un repeluzno trepa mi seguridad como mala hierba. Él me llama a refugiarme entre las sábanas, a disipar el insomnio que poco a poco diluye con el calor de su abrazo.

Un día de esos, de un año preciso.

La muñeca está nuevamente bajo las luces de neón. Mi sombra es ahora artificial. No siento rencor. Salgo y entro a la hora que quiera de la vitrina de cristal. Me cubro bien de los azotes de la noche impía. Se han cotizado mis besos; mis caricias y mis palabras tienen precio. Soy libre. Se me acabaron las lágrimas de aserrín, y a veces regalo quimeras por el puro y mezquino placer de ponerlos a ellos a dar vueltas en mi caja fría y musical. No acepto sus besos. Ya no pueden romperme. La porcelana es ahora unícel y estambre de nylon. Me rompió aquel que, diciéndome "¡odio a quien te puso tras ese aparador!, un día, sin más ni más, desapareció. Arrastró con los restos de ternura que había dejado aquel otro, que habiendo violado mis sueños, me lanzó al ruedo, poniéndome por primera vez tras el aparador.

Un día de hoy, de un año funesto.

Nadie se acerca a mí. Los vidrios están sucios de neblina ociosa. Lluve sin cesar, sin mojar, pues hace meses que estamos en sequía, y las aceras están calientes aún cuando ya es de noche. Ladran los perros su aburrimiento y un gato me maúlla desde la azotea. Busco un techo y no lo encuentro. Mi piel besa a mis huesos; la hondura de mis ojos son los de un pozo seco. Mis manos tiemblan. Medio giro y me falta el aliento. La cuerda rota. Las medias jaladas y un zapato sin tacón. ¿Quién vendrá a darme cuerda? ¿Quién me regresará mis quimeras?

Un día cierto, hoy brilla el sol.

Todo es blanco, limpio, absurdamente etéreo. Me sostiene una cama como un lecho de nardos suaves. Por mis venas fluye el líquido vital que

aminora el llanto de mi cuerpo. Él está aquí, de mi mano, y me lleva a la cornisa de nuevas lunas, de incógnitos espejos. Él fue el que me alejó de mi casa, vamos nena, soñemos... Me desviste con delicadeza, perfuma mis sueños adolescentes, y se hunde en mi pecho virgen. Hurga en mis adentros y ve en mí tierra fértil. Me vuelve a vestir, ha cambiado mis calcetas blancas por medias brillantes y vestidos de seda. Gira, me dice, y yo giro, giro, giro... Estiro mis manos, trato de tocarlo. Abro los ojos; otros ojos me miran con lástima. Batas blancas y un meneo de cabeza de derecha a izquierda, de izquierda a derecha... Mi precio tuvo su costo. La caja de música dará sus últimos acordes; se la tragará la tierra y me llevaré por siempre a unos tantos de ellos, contagiados... Nadie se atreve a acariciar mis llagas, a tomarme de la mano. De muñeca de porcelana ahora soy un guiñapo. Un silencio de réquiem invade la habitación. Pero se abre el cielo, brilla el sol; todo es blanco, limpio, calmo: absurdamente etéreo... y sonrió antes de cerrar para siempre la cortina del tiempo.

Retazos... (otra Penélope)

Dicen que una tarde de primavera su reloj se paró.

-Volveré por ti. - le dijo él cuando partió.

Pero cuando Penélope se dio cuenta de que su reloj se paró, compró uno nuevo.

El pueblo, con su bolso de piel marrón, sus zapatitos de tacón, y su vestido de domingo...

lloró.

Cómo decirte, amor...

*"Acabo de llamarte, pero no contesta
nadie en casa...
¡Y yo que tenía un montón de mimos para ti!
Entre tus brazos guárdame siempre,
porque te amo..."*

Entre el decirte y no decir, este limbo igualmente doloroso... Suena el teléfono, y no contesto...

No sé si estoy preparada para poner mis sentimientos sobre la mesa, como cartas unilaterales, cartas sin lectura de tarot, sino de sangre aletargada. Barrera sorda son mis labios mudos entre mil gentes, cuando mis ojos sólo quisieran verte a ti.

Y me quedo callada, pues no he encontrado las palabras precisas que, como llave única, abra ese compartimiento especial de nuestra historia que inexplicablemente se ha cerrado, quizá sin saberlo tú, sin saberlo yo, ambos sin querer... Con la mayor de tus ternuras derrumbas mis temores, con tu insoldable mirada, revives la mía, me regalas la rosa, sin zanjar las espinas... pues vuelves a partir...

Y es cuando no bastan los besos ni las caricias, ni el deslizar de tu deseo por cada centímetro de mi latir. No bastan las palabras, que heroicas salvan el momento cuando las acciones tienden a naufragar. No bastan las imágenes para capturar la escena donde nuestras soledades, abrazadas, obvian su esencia para vencer la incomplitud. No basta el entender, si el comprender se ha quedado sin aliento...

Entonces llegas; te sonrío, guardando mis lágrimas hasta el fondo del baúl. Te abrazo fuertemente, con la más profunda de mis cobardías. Te hablo, con el más cómplice de mis silencios. *Y me sonrías, y recuerdo para*

qué nació. Me abrazas, y vuelvo a tener el mundo a mis pies. Me hablas, y es cuando despierto y comprendo que nuevamente no estás aquí...

El atardecer, discreto, entra por la ventana, mientras mi mirada sale al mismo tiempo, en pos de ti.... Seguirá tu ruta como estela de tu velero en fuga, trazando al mismo tiempo el camino de regreso a nuestra guarida donde no existe el frío: *te abriré nuevamente mi ala derecha para que reposes, atizaré los leños que aún nos quedan, te daré a beber toda el agua que hay en mí...*

Pero ven, te espero... Nos aguarda una mesa preparada especialmente para ti: flores frescas en el centro de la mesa, dos tazas de café, y unas cuantas cosas que aún tengo por decir...

Entre decirte y no decir, este limbo lastimoso que me sabe a hiel.

Como decirte sencillamente, amor... que he empezado a sentirme sola... como antes de que te conocí...

Aletse Santiago

México, 1958

<http://www.aletse.com/>
aletssse@yahoo.com

Obra impresa individual:
"Silencios de Agua"

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada **"I Antología Internacional Sensibilidades"**

"Poemas Quietos"

"II Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"Eñe, Antología Internacional de escritores en castellano"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

Autora invitada **"V Antología Internacional Sensibilidades"**

ALVARO **M**ORALES

Oscuros sueños sin soñar

Bailaré en la libertad,
sin deseos de caminos nuevos,
en medio de un silencio
que sólo tiene la huella de la suerte.
Viviré solitario con el amor perdido
entre las sombras y las nubes
pensando en la añoranza rota
que pasa implacable, muy cerca,
sin miedos en la aventura,
destilando la pasión por la norma
que no dulcifica las noches blancas
de oscuros sueños sin soñar.

II

Ausentes miradas de bruma roja
con mentiras de nostálgicos boleros
y tangos sin compases de pasión
cuando la danza no marca el sentimiento.
Música solitaria de solfa inacabada
con la mano que determina
sólo los silencios que no están.
La sinfonía gris se abre
como venas rotas y cansadas;
caminos verdes sin retorno...
y la distancia es el río solitario
como uniformes sin estrellas
de oscuros sueños sin soñar.

III

Hojarasca caliente que no cesa
en la frialdad de tus manos mudas:
aún veo pasar como en nubes de arena
la distancia que ya existe
en medio de silencios que duelen;
y murmuran las palabras desiertas
por escaleras que nunca suben
y manos que ya no acarician
la nuca del deseo imaginado;
y la espera no es ya esperanza
de suspiros que no acaban,
de oscuros sueños sin soñar.

IV

Ahora la noche es solo sensación:
veo desdibujados los recuerdos
que duermen solos sin destino
y atacan mordiendo las espumas
del mar en noches sin estrellas.
Quiero creer que es solo un sueño
sin reloj de amanecer marcado
por el agua en los ojos rojos
o manos frías desoladas
que no encuentran las caricias
arañadas por el hielo de la vida

V Antología Internacional Sensibilidades

de oscuros sueños sin soñar.

V

Aún quedan los hilos rotos
en noches austeras sin amor
y saudades sin fuego que apagan
las cenizas frías del alma.

Igual parece la ausente música:
la mañana ya no quiere renacer,
son solo paseos de trabajo
y ni siquiera las fiestas huelen a fiestas.
Bailo delante de un espejo
que ve mis ojeras duras del insomnio,
de escaleras que nunca suben,
de oscuros sueños sin soñar.

VI

Antigua corona que no dibuja
ya la sombra. Hoy no es reflejo
del éxtasis que no existe
y poco a poco se convierte el estar solo
en cenizas de fuego vivo de cristal
en la batalla solitaria que no entra
en los días de todos sin alcanzar
un triunfo amargo que no buscas.
Miro al frente en despejadas dunas
que no duermen: solo la arena
tiene las ideas que describen
los oscuros sueños sin soñar.

VII

Mentiras de deseos sin ríos
con cauces hechos de voces que claman.
Hoy la victoria no es fresca, es ciega
en romances taciturnos y vacíos.
¿Cuánto durará la aleluya que en ti vive,
en secretos de voces que alguien proclama?
Duele saber que has perdido el lugar
de paraísos que no existen, inmortales,
y no llenan la alborada celeste
que está sola como miércoles de ceniza
y destinos que ya no huelen a ti

V Antología Internacional Sensibilidades

en los oscuros sueños sin soñar.

VIII

Silencio en las tardes sin velada
ni descanso de huracanes sin viento.
Los brazos están sin la sal que buscan.
La plata ha entrado demasiado pronto
en mi cuerpo joven y lascivo,
mis manos declaman como rapsoda
solitario, sin versos que hablen de la luna.
La lluvia en mi cara son violetas
y la espera no es esperanza verde
como prados enfermos sin pastos...
He de volver al destino dónde ya
son solo sueños sin soñar.

IX

Ya no es profundo el miedo
que sale de la boca seca y amarga
y no apaga la discordia ausente.
Habitan en mundos oscuros e irreales
de sencillos combates sin guerra
y la palabra no es locuaz en la serie.
Entro como dedos rígidos y fríos
en la alcoba que me mira pálida
con sábanas sin seda verde
y cortinas que no cubren a la noche
y cristales empañados sin el frío
de oscuros sueños sin soñar.

X

Años que no vibran en la realidad
desvirtuada del reflejo que ha cesado
como el nenúfar viudo del agua
y el oro de una alianza rota:
son ascuas de hielo sin registros,
ciudades sin augur y solas
donde permanecen las miradas
y son conventos los misterios
celosos de la mano que no encuentran,
y arpegios de cuerdas que no vibran
en las artes dormidas que gravitan

en los oscuros sueños sin soñar.

XII

No existen las palabras frías y solas...
Solo es murmullo que late en ti
al ver tu Torre de Babel que cae
por lenguas que no se entienden
y no desean el ardor de un beso.
Las mudas palabras no volverán a cantar
y la lengua de arena será solo el recuerdo
como fuente que no destila la ausencia
en cantos gregorianos sin iglesia
y Génesis olvidado como farol sin llama
mientras el piano ya no marcará
los oscuros sueños sin soñar.

XIII

Cortinas blancas en los ojos que miran.
Macetas sin tierra en los helechos fríos.
Ausencia de ti en arpegios helados.
Amor solitario en tardes que son noches.
Óleos que no resucitan de sus paletas
cuando el bostezo es solo el júbilo
y el andar se vuelve como ruedas solas.
Las columnas son solo miradas apagadas
por la amarilla palmera que era alta
en las dunas santas del desierto
con el mineral de los ojos que sale
en oscuros sueños sin soñar.

XIV

Atrás solo vemos la lama dormida
de temores que nunca dejaron huellas.
Ahora son perseidas de noches de verano,
que se eclipsan por la mano de un diablo
y piensan en estar y no ser nunca,
como luna que ríela sola en una orilla
de las sabanas calientes sin arcos doblados.
El día esta solo como el hielo en la Habana,
la ceniza es cadena sin humo que no existe,
la gloria no derrocha la calma sola
y conquista el triunfo del insomnio

V Antología Internacional Sensibilidades

de oscuros sueños sin soñar.

XV

Pasas por mi lado y sé que estás ahí:
las luces de niebla que no encuentran
la parte negra de la angustia verde.
¿Pensar que solo es pan la comida festiva?
El hielo esta en mí, como aliado altivo.
Mis manos no tienen los rayos del universo.
El azul no entra ni en las venas reales
y la mirada de plata solo son rescoldos
lípidos de las costumbres
que no respaldan la existencia
de ángeles anónimos que cuidan
los oscuros sueños sin soñar.

XVI

Jamás la ausencia era tan buscada
en días claros de noches frías,
en melómanos encubiertos por tierra sin cal,
por vestigios de ruinas en la sombra.
Despierto al lado de blancos sueños
enredándome en el tiempo vivido.
¿Y ahora qué? : duermo sin amor
pero las tardes son superlativas
con hongos sin sombreros y sin cara
que ya no conocen las flores del alma
cuando apenas son brisas del aliento
de oscuros sueños sin soñar.

Álvaro Morales

España, 1953

poeta@supercable.es

Obra impresa individual:

Recopilador y autor de la **“Antología poética de Juan Morales Rojas”**

Participación en publicaciones colectivas:

I, II y III “Antología Internacional Sensibilidades”

“Antología de poesía taurina de Emilia Santa Cruz”

“Antología Internacional de poemas de amor”

Autor invitado **“V Antología Internacional Sensibilidades”**

ELIZABETH QUEZADA

Decreto

Querido ex-amor:

Te escribo para decirte que,... ya te olvidé, y me despojé de tu embrujo maldito...(quemé inciensos de sándalos, canela y miel), para borrarle de mi atmósfera espacial. Encendí velas con aroma de lejanías: con olores de mares exóticos, con esencias de lavanda y limón,-para espantar tu espíritu-, de mi obstinada piel, (que no se cansa de recordarte). He desatado los nudos de mis nostalgias profanas por tí. Me he desamarrado las cadenas que arrastraron mis pies y mis manos, hacia un recuerdo fantasmal que quemó mis pestañas...succionó mis sueños que se escaparon en cada lágrima

ma y en cada gota de sangre. He desatado las arterias de tu control. Control que me doblegó ante tus requerimientos y tus "formas" de ver la vida...me dispersó las metas, me estranguló los caminos, -haciendolos confluir en un mismo fin: tú. Me asfixiaste de presencias y de reglas.

Te olvidé y te desterré a los confines de la nada. De esa nada absurda que pregonas. De esa pueril y frágil materialidad que te acompaña a todos lados. De esa manía absurda de contar tanto cuento falto de veracidad y contaminado por megalomanías, que ni tu te creías. ¡Basta de sumar hasta las desgracias que vas sembrando por tus inseguridades!

Me harté de llorar tus ironías baratas y machistas; de tus alucinantes delirios de grandeza, -sí, te crees el gran sabio del saber callejero-. El gran aprendiz a ser hombre-carnal perfecto. El incansable hacedor de todo. El obrero que, ignora por desconocimiento, a la revolución marxista. El trabajador que marcha hacia un capitalismo singular.

Se me han secado los recuerdos, y, mis ojos son parte del desierto de tu piel. No viviré atada a los sentimientos de redimir a tu madre ausente...a la mujer que condenó a todas tus mujeres al pecado singular de "pagar sus platos rotos". Decreto a los sentidos profundos de mi ser que deben exiliarte de por vida y sin retorno de los confines de mi mente: marchita de tanto adorarte.

¡Qué triste no poder prescindir de mis memorias so-pretexto de escribirte y recordarte!

Elizabetha (como me llamabas)...

Litografía

o amor suspendido en el tiempo

Si rasguño mi piel, para hacerme un cultivo de ilusiones, en señal costumbrista, me cuestiono... ¿estoy despierta o sueño?

¿Estoy viva o muerta? Vuelvo y me pellizco.

Trato de auscultar el cansancio de viejas caídas, degustando el placer de los segundos eternos; fragmento el hueso de la masa, y extraigo las espigas...que hacen destilar la sangre purulenta, de los agravios dados y recibidos, de la retención de lágrimas, cargadas de sal y amargura. En ese momento, hago una litografía de tu recuerdo, te evoco espigado: moreno, inspirado, meloso, enérgico; híbrido indeleble del goce del caribe caliente, con la ternura del artista nato y cultivado. Te recuerdo atado con unos grilletes de hierro fundido y maloliente. Te añoro, tratando de pintar mi universo en azul esmeralda, cuando lo sabías, gris eremita.

¡Recuerdo que llegamos tarde, a nuestra cita, en esta vida!

(Me transitas como ayer, palmo a palmo; haces vibrar, las células muertas, de las puntas de mis cabellos, porque te siento fluir, por mis venas, como insulina de azúcar prieta...como masa glutinosa, que se adhiere con palpos invulnerables, a mi vida). Eres ese correo que no falta...esa nota que destila perennidad de un amor suspendido entre la magia de lo vivido y las ondas electrónicas del espejismo y el espacio.

Y si con bisturí sustraje de mi paraíso el escarlata...absorbí el jugo de la fogsidad que nos consumió, hasta dejarnos desfallecidos... y atenté contra la esperanza del reencuentro, que fue verde limón (verde, que aún, te sueño verde), quedo amarilla y pálida, como noche de eremita luna, fría e indolente: yo, que fui esencia de almizcle y pimienta, mas, nunca eufemismo, de mujer perfecta.

El otoño se vistió de temporales céfiros, y mis entrañas:
(con lentes eméticos que te reflejan en silencio)
construyen fílmicas de huracanes intensos...

...mientras te esculpo.

Deslenguados

"La lengua es fuego que contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación." (Santiago 3:6, Biblia)

Exordio...

Lengua: órgano de naturaleza muscular que se encuentra en la cavidad bucal de los vertebrados. De distintas formas y estructuras según "la especie."

Dedicado al que deja que la lengua lo aniquile bajo los designios del decir: maldecir, calumniar, desdecir, contra-decir...

Dedicado al que no sólo usa la lengua para lamer, succionar, aspirar, absorber, mojar, frotar.

Dedicado al que la mete y la saca; al que la guarda y la esconde. Dedicado al que la circula y duda; la apunta y arremete; al que difama, daña, y se crece, cual pinocho con nariz y lengua larga.

Dedicado a los que tienen lengüetas, lenguas flojas, lenguas sucias, lenguas bífidas, hendidas, rotas, apáticas, tibias...y lenguas-hielo que asesinan reputaciones y esfuerzos.

¿De qué especie eres tú, maldito explorador, que dejas que la lengua se te enrede en tu veneno y te degluta la conciencia; te queme y te ahogue cual serpiente sicalíptica, cercada a tu garganta?

(Llamadas de lenguas ardientes se despedazan en los infiernos de su propia flama perversa).

Dime, ¿por qué te empeñas en poner a carbonizar las palabras que viertes de tu lengua? ¿Verdad que es más difícil demoler castillos reforzados de arena, que alzar muros en concretos de envidia?

¿Por qué no te vas a volar cometas con las aves que cruzan del norte al sur a buscar calor en vez de fríos?

Es que no hay cabida, no hay hueco, no hay tierra a preñar cuando los granos son estériles y las bolas sólo son...para tocárselas.

Sacrifico mi libertad

"Sensitivity builds
prisons"
(Elton John)

Abro mis alas, pues llevo en mi pecho, dos frutas erectas, -como volcanes- a punto de estallar en lavas. Con tus blancas plumas, rozarás al sur de mi geografía, para que fluya un río de aguas térmicas, que rieguen ese territorio fértil, en estado de sumisión a tu poder de hombre. La tierra prometida está al cruzar del norte al sur. Es que el norte está en decadencia. La gran estatua se derriba porque los pies se pierden ante nuestros ojos. La profecía está a sólo dos pasos enterrados en lodos.

Tus olores se empecinan en cobijarse bajo mi nariz, como vicio en la sangre. Algo anda mal: estás muy lejos. ¿Cómo pude decidir volar por aire y poner mares de distancia a nuestro amor?

¡Corta mis alas, ven!

*...Hazme presa y
tuya.*

*Tuya y esclava,
de mi sed por ti.*

*Dame de tu fuego.
Quémame en tus brazos,*

y bebe las cenizas.

¿Es que no ves que llevo las rejas pintadas en mi piel? ¿Acaso no ves el rojo rompiéndome las venas?

Sacrifico mi libertad en aras de un segundo de pasión. Llevo mi cruz de hierro portátil que encierra este loco amor. Voy a envolver este sentimiento en bolsitas de sal y pimienta. Voy a tirarlo -como por descuido- en la arena de la playa...donde jamás pueda encontrarlo.

V Antología Internacional Sensibilidades

(Cuatro días más tarde...)

Aquí estoy nuevamente tratando de pescar granitos blancos mezclados con especies de mar, que me devuelvan a la prisión.

¡Me pesa la libertad sin ti!

Me abruma los albures del día a día. No puedo sobrevivir si no respiro tu oxígeno, cargado de nicotina. Es que soy rehén del calor de tu sonrisa: del sonido de tus versos, del olor de tus óleos, de tu forma de amar-me.

*Soy presa, sí,
porque soy
libre,
sólo cuando soy tuya.*

Elizabeth Quezada

República Dominicana, 1960

<http://www.eli360.tripod.com/g>

lizwriter2002@yahoo.com

Obra impresa individual:

“Amores rotos”

Participación en publicaciones colectivas:

II y III “Antología Internacional Sensibilidades”

Autora invitada **“V Antología Internacional Sensibilidades”**

“Eñe, Antología Internacional de escritores en castellano”

Colabora con un texto en la novela **“La Memoria de los triángulos”**

Premio “Milena, cartas de amor y desamor”

FRANCISCO DE LA SIERRA

A la sombra de las acacias

¡Cuántas veces se imaginó junto a ella!, sentados en aquel banco, a la sombra de las acacias, deseando apenas una mirada, un roce, un suspiro. Caminaba despacio por el paseo, despejando con los pies las hojas muertas que dormitaban sobre las losas del suelo. El otoño resultaba ser un temor atávico: la naturaleza sucumbe ante la muerte, y ésta, se revela en una inquietante expresión de belleza cromática; ella se fue un otoño. Voló arrastrada, como las hojas borgeñas, por un viento incierto, hasta que la perdió de vista una tarde aciaga. Apenas conservaba algún vestigio: un banco de granito, el eco de unas risas lejanas y su olor a mar.

Hacía tiempo que aprendió a ignorar la imagen de su rostro sonriente mientras le saludaba desde la cola del autobús. Tampoco escuchaba ya sus repro-

ches cuando, en los delirios de plenilunio, simulaba encontrarse en un mundo real. Se había negado a caminar juntos por el Paseo del Prado, a detenerse a tomar chocolate caliente en el kiosco de los Espejos, a repasar el margen de su rostro, aterido en la tardes gélidas de diciembre.

Ahora había llegado a su banco de piedra, frente al museo del Prado, y se sentaba a esperar, una vez más...

Soledad vino del mar, de ese mar del norte, lóbrego y oscuro, que en invierno sacude su furia contra las costas escarpadas. Le encontró sentado en aquel banco, solo, como de costumbre, y ya nunca quiso separarse de él. Habían estado muchos años juntos, cómplices de sus correrías, sus querencias, sus anhelos. Soledad siempre fue reticente a que le presentase a su familia, a sus amigos..., solía decir que los demás lo estropearían todo, y, ¡cuánta razón tenía! Debió de haberla hecho caso, conformarse con tenerla a la sombra de las acacias, no pretender compartirla con el resto del mundo. Pero, ¿qué es la felicidad cuando no puede ser mostrada a tus seres queridos?

Nunca entendió el gesto de sus padres cuando la miraban, sentada en la silla del salón, sin dirigirle una sola palabra, haciendo reproches que no quería escuchar. Y aquella tarde, en la que se enfureció con el camarero de Los Espejos, porque se mofaba de él cuando pedía los chocolates. "*Ellos lo estropearán todo -le susurraba dulcemente-, ignóralos, sólo tú y yo, juntos, sin nadie mas...*" El diacepán, las terapias de choque, y la vigilancia de sus padres, hicieron que ella fuera difuminándose entre los óleos del Prado. ¿De qué valía ser normal, estar bien, si ella había huido a su mar del norte? Las tardes se alargaban hasta que apenas quedaban transeúntes, y sus sombras fugitivas se reflejaban en los espejos húmedos del suelo, entre luces y colores macilentos. Luego, perdida toda esperanza, retornaba a casa, con la mirada disipada entre las juntas de las baldosas que se escapaba vertiginosas.

-¿La has visto?

-No, madre, hace mucho que no la veo.

-¿Ves? Ya estás bien.

Pero esa tarde se volvió a sentar en su banco, a esperar. Sacó del bolsillo todas aquellas pildoritas rojas y blancas. Las observó con despecho. Pensó en todos los días que engañó a su madre, ocultándolas bajo la lengua, mientras esperaba a que le dejara solo.

Las dejó caer al suelo, como una catarata de piedras, y las pisó con desdén. Sintió la brisa en su rostro. Aspiró y creyó percibir un viejo y lejano olor a mar...

La floresta ocre

Cuando las pasiones se añejan, el sabor de los besos se vuelve rancio, los abrazos racanean su calor y las noches se visten de oprobio y usura; la vida es un recibo de alquiler impagado.

Ginés estira los brazos desde la ventana, intentando asir los espejismos que caminan, ajenos a él, por la acera de enfrente.

Elisa duerme, desterrada de sus ganas, apenas unos metros detrás de su espalda. ¡Cómo le gustaría verla dormir para siempre! Aspira de su cigarro con el ansia que se fugó de la alcoba y por unos momentos se deleita con el mareo que le provoca la saturación de monóxido de carbono. El frío de la noche le hace recobrarse. Cuatro pisos más abajo pasa un indigente con su existencia a bordo de un carrito de hipermercado. Se para un instante, saca una botella del abrigo, empina el codo y toma un trago. Cuando alza la cabeza para beber le descubre en el balcón. Sonríe y le brinda un trago que vuelve a tomar. Prosigue su viaje errante y abandona a Ginés entre los muros de su cárcel.

Oye a Elisa rezongar, vuelve la mirada pero ella sólo ha cambiado de posición en la cama. El recuerdo de su mujer llama otra vez al portón, y aunque cerrado a cal y canto, ella sabe como desmoronar su dintel, quebrar las bisagras, violentar los postigos. La ve de nuevo languidecer en la cama de aquel hospital, junto a esa figura negra velando sus duermevelas y se jura una y otra vez que él no tuvo la culpa. Pero sus razones huyen despavoridas entre los valles de su rostro hundido. Cuando por fin se abandonó a las intenciones de aquel acreedor oscuro, su cuerpo, consumido de dolor y rabia, pareció relajarse.

A él le esperaban en casa cuando, impaciente, la abandonó en aquel sepulcro, mientras las miradas implacables de reproche de sus hijos sellaban su tumba. Huyó del sepelio en busca de uno de los abrazos de Elisa, cuando aún estos templaban su ánimo.

A Elisa la conoció una de esas tardes en las que retrasaba la vuelta a casa tomándose un café. Contemplaba la floresta ocre del Retiro a través de los ventanales del local cuando se paró frente a él, y desde el otro lado del cristal le sacó la lengua. Se dirigió corriendo hacia la puerta y supo que, sin duda, le había confundido con otra persona. Y aquella mujer de tallo largo y abrigo

oscuro hasta las rodillas le tocó el hombro. Resultó divertido comprobar la contrariedad en su rostro, pero un caldo de amargura hirvió en su hígado al pensar en el dueño de la burla que aún permanecía impresa en el vidrio.

-Perdona, te confundí con otra persona.

-Ya lo supuse...

Se fijó en su bolso, sobresalía un libro.

-¿Lees a Argelina?

-¿Lo conoces?

-*Defensa de la Libertad*. Sí, claro. Jesús Argelina es amigo mío.

Lo de ambos habría acabado en simple anécdota sino hubiera sido por el bueno de Jesús Argelina.

Elisa era fruto prohibido y quizás por eso se mostraba tan apetitoso y deseable. Pero de lo que comenzó como aventura pueril brotaron amarras que los fueron liando en un laberinto farragoso. Todo se complicó aún más cuando el amor fue aditamento en aquel brebaje de deseo, pasión y frenesí.

-Para seguir -anunció ella un día entre sudores- tienes que dejar a tu mujer. Ahora Elisa se removía inquieta en la cama, sintiendo, seguramente, el frío que se colaba furtivo por el balcón. Para Ginés ya no era Elisa, sino una mujer más, otra esposa de luz cenicienta en noches peregrinas.

Hacía mucho que no volvía por el café, desde que Elisa comenzó a resultar una sombra a su vera. Dejó el libro de Argelina sobre la mesa y aguardó a que le trajeran el café. El Retiro volvía del Corte Inglés en moda de Otoño. El camarero que le trajo el café ya no era el mismo. Disolvió el azucarillo y tomó el primer sorbo. Alzó la vista hacia la floresta ocre. Divisó al indigente caracol, sentado sobre la tapia; junto a él estaba su mujer. El indigente sacó una botella, le ofreció a ella. Ambos bebieron.

Le miran; desde el otro lado de la avenida y a través de los cristales del café le han descubierto. Sonríen. Ahora es ella quien sostiene la botella y le brinda un trago. Se fija en su rostro, no lo encuentra tan demacrado como la última vez que se vieron.

Ginés reprime un conato de humedad en sus ojos. Vuelve al libro. "*Defensa de la Libertad*", lee entre dientes. Pasa páginas y se detiene cuando descubre un trozo de papel que Elisa debió de colocar a modo de indicador de lectura. En él está escrito la fecha en que se conocieron. Lee el título del capítulo presente: "*Los Esclavos Felices*".

Donde crecen los cipreses

Acudía cada tarde al encuentro de una cita incumplida. Hay quien dice que ella se encontraba molesta cuando descubría su rostro umbrío rondando la calle, y que su estómago se enredaba en alambre de espino cada vez que sus ojos delatores la acechaban entre las cortinas. Ahora su amor era otro, y turbaba su ánimo aquel juez de mirada incómoda que ponía en evidencia tanta promesa rota y juramento peregrino. Le veía sentado en el banco de piedra, vestido con el traje de lino blanco que llevara cuando ella le comunicó el final de su historia. Bajo el sombrero de paja trenzada se sepultaban unos ojos de reproche. El rostro estaba más demacrado que de costumbre y su cuerpo mostraba una guerra civil en la que la osamenta era firme candidato en alzarse con la victoria. Tras este golpe de estado, Galo sucumbía cada tarde bajo los cipreses.

-Niña, has de ir a hablar con él -le aconsejó la abuela Escolástica una tarde que la sorprendió camuflada entre las cortinas.

Una cantarada estival pretendía diluirle en aquel banco sempiterno, y su imagen era, si esto fuese posible, aún más patética que de costumbre.

-Me da miedo, abuela.

-Pues, ¿qué ha de hacerte?

Su abuela, por antigua, era la única que comprendía toda esa angustia que las rondas de Galo le provocaban.

Conoció a Galo cuando apenas era una Nancy vestida de gasa blanca en el día de su confirmación; entonces era Galito, y su mirada la devoraba con la furia de un crustáceo hambriento. Aquellos desgarrones de pinzas furiosas provocaron en ella el primer estremecimiento de mujer recién estrenada. Y Galito comenzó a ser Galo el día en que ambos se perdieron en la alameda.

De esto hacía más de un lustro, y hasta entonces ellos dos fueron inseparables. En el pueblo se sabía que la hija del médico y Galito, el hijo del alguacil, acabarían siendo marido y mujer, a pesar de las reticencias del padre de ella. Ahora le contemplaba allí, frente a la puerta de su casa, con el cuerpo cadavérico empapado, sin recordar el momento exacto en el que otro se le coló de rondón en su mente.

Cuando ella regresó de Madrid, después de tres años de internado, todo se le antojaba distinto. Los encuentros esporádicos no cesaron en aquel tiempo interminable y el cruce de correspondencia sólo se interrumpía en los periodos vacacionales. El amor de ambos parecía inmutable.

Pero lo cierto era, que las calles del pueblo, en invierno, le resultaban lóbregas y cansinas; el Cancho Gordo, donde se fugaron tantas veces a fumar a escondidas, ya no era aquella roca majestuosa en medio del valle, sino un ridículo accidente, comparado con los edificios a los que tenía acostumbrados sus ojos en Madrid; la fiesta de Mayo se le antojaba una irrisoria congregación de parroquianos que no podía competir con la multitud que hervía cualquier día en la Puerta del Sol. Hasta Galo era diferente a los muchachos de la urbe.

Quizás fue por ello que Alfonso, sobrino del alcalde, quien llegara un verano para pasar las vacaciones, fue entrando, poco a poco, en sus entretelas. Sin que Galo lo supiera, sin que ella se enterase...

Se enteró después, cuando ya no había remedio: el día en el que ella le anunció la funesta noticia... Galo había acudido a la cita con aquel traje de lino blanco, comprado para la ocasión, con la intención de proponerle matrimonio.

-Has de ir a hablar con él, niña, o no te dejará nunca en paz.

Se convenció de la necesidad de una seria conversación con Galo la noche en que despertó entre fumarolas. Allí estaba él, en la penumbra de su habitación, observándola muy serio. Cuando acudieron en su ayuda, alertados por los alaridos, Galo se había esfumado ya.

A la mañana siguiente se despertó resuelta en no dejar pasar aquel día sin hablar con él.

-¿Te acompaño, hija?

-No, abuela, debo de ir sola.

Se dirigió hacia donde crecen los cipreses. Besó con ternura la fotografía de Galo que fijaron en su lápida y le juró, una vez más, que él era su único amor y nunca podría olvidarlo. Le pidió perdón por tanta afrenta.

Nunca más volvió a ver la cara triste de Galo observándola desde los cipreses...

Francisco De La Sierra

España, 1967

fransiro_r@hotmail.com

Participación en publicaciones colectivas:

Autor invitado "V Antología Internacional Sensibilidades"

OHINTZA PEÑA

Fotografía en mate

Es una nube de cartón, ha bajado del cielo y ha invadido sus mejillas. Dos estrellas sin brillo le acompañan, puede que nada haya cambiado, sólo que ahora es ciega, le duele el pecho, y ya no entiende nada, absolutamente nada.

Los grillos siguen convencidos en el éxito de su cuarteto de cuerda, un saltamontes descubre que no hay por qué recorrer cada milímetro del camino, y en uno de sus saltos, se pierde la oportunidad de su vida, que deja atrás, inconsciente.

¡He aquí la ignorancia del insecto!

Un cigarro le consume, el humo hace que de su ojos mane lluvia, que apaga el fuego del dragón que habita en su pecho, de nuevo, ¡se le apagó la luz!, y la solución, aquí, en sus manos, y ella obviándola.

Se ha sentado en mitad del camino, negándose a caminar; tapa su rostro con sus manos y, de ellas, se derraman fuentes. Graniza impotencia.

¡He aquí la sabiduría del agua!

No es tarde para arrepentirse. Observa en el cristal el brillo bruñido que ella misma saca cada mañana: joyas, trata como joyas cristales corrientes, pantallas planas, las miradas perdidas en los abismos. Sus ojeras crecen, como matas, como arbustos, como las insatisfacciones desbordándole las horas, como terremotos cuando ella es falla y viento, y, ojeras creciéndole en mitad de la cara, y brillo, el brillo perdido, ahora luciendo solamente en sus ventanas... y sin embargo, no se arrepiente, aunque ahora, se sepa en mate.

¡He aquí el negativo de dos alas plegadas!

Silencio de cuerda con sombrero

El hermano pobre de los hombres viste de traje oscuro,
a menudo guarda silencio,

mata esperanzas.

Los dientes desgarran los grises,
los dedos secan lágrimas.

Los sueños intentan sobrevivir
recordando que las almas no tienen sombra,
su reflejo se ve en el brillo de sus ojos.

Un ácido e incomprensible retroceso de las alas,
batiéndose en duelo

y suspiros vegetales con aromas agrietados.

Tú, besándome con los ojos,

yo, respondiéndote cada beso

mientras, te dedico este solo de guitarra,
desde las arterias.

Ventilando susurros

Quizás sea una señal y no deba escribir una línea, todo se borró, hasta su recuerdo.

Se cierran círculos y yo sigo bajo el vértigo de no entender. Sólo sé que ahora me importas tú.

Y si te contara la historia del amor incondicional y de cómo se cierran y abren nubes en el cielo, huirías, cogerías tus zapatillas de espuma y surcarías océanos, o quizás, comprenderías algo y podrías ayudarme a salir de esta montaña de culpas, de angustias y aburrimiento por intentar recorrer los caminos que hacen felices a otros y por los que yo no pretendo pasear. Pintan rayas blancas en mi carretera justo cuando yo sólo quería perderme entre los árboles del camino, y no, no soy veleta, es algo que vine a aprender y cuesta, y en la subasta se me adjudicó por batallón de lágrimas.

- Trescientas mil- oí decir.

- Perdí la cuenta- susurré.

Y la maldita mano cerró el puño y tocó diana.

- Adjudicado a la hechicerita por masoca-

Así es como me hice portadora de este amor del que tantas veces se me oye hablar y que ya no sé como sujetar. Lo intenté con pinzas, con ternura, comprensión, poniéndole plomos encima, que no se volara...no hay forma, se me avisó: -cuando el compás cierre la circunferencia tú desaparecerás-. Hay muchos gigantes de cabello caduco y un solo titán de sentir perenne...Y llevar ese lastre, duele, porque el corazón es débil ante el apego y hay cosas a las que cien veces jamás se acostumbra- he perdido la cuenta de las veces que perdí el zapato, de los bailes, de...ahora solo uso zapatillas-.

¿Te dije qué hoy me importas tú?

Te dije...

¿Te dije...que cada noche eres el protagonista de estos mis sueños aún de vacaciones, brocha en mano, en un tiempo de cuándo y el faraón perdió su tocado?

Ahora, tú, tú...y mi miedo a amarte más de lo que ya ...

Silencios de niebla

Invadió una resaca de estrellas nuestra mirada líquida. Persianas cerradas conteniendo arroyos, ahora derramados sobre nuestras huellas borradas, sobre libros no escritos, sobre nuestras raíces secas aún intentando sostenernos.

Sobre...

Incesante el aullido del no latido, del músculo parado prometiendo escapar del pecho, y grillos, sí, grillos como en una orquesta aireándonos los errores tatuados a hierro.

Sube el velo de terciopelo negro a envolvernos las piernas, a encadenarnos los tobillos y en nuestra encarnizada huida, se nos olvidó correr, y pájaros, invadiéndonos el cielo de olvido.

¿De qué nos sirve ya la palabra hueca?

¿De qué, si llenamos el cofre del tesoro de vacío?

-Shhh- no gritemos más silencios de niebla ...

En un abrir y cerrar de ojos

Cierra los ojos, vuelve a abrirlos y el mundo se para, la gente desaparece, el sol apaga su intensidad, el parque se convierte en castillo, la fuente en comedor; la chimenea al fondo, al final de la larga mesa de roble, una copa llena de vino, reserva del 94, un plato vacío y una servilleta arrugada sobre él.

Ella observa cada detalle de la habitación, elige la silla junto a la vajilla, se sienta, toma la copa de vino en sus manos, acaricia el borde del cristal con las yemas de sus dedos y bebe.

Una caricia en su cuello le hace estremecer, la humedad de una lengua, ahora en sus hombros, desnudos. Se levanta, quiere girarse, quiere defenderse, quiere... Dos manos la sujetan con fuerza, terminando en un cálido abrazo.

Inclina la cabeza hacia atrás, apoyándola en el pecho del desconocido, que mira absorto el cuello que se le ofrece, sediento de ella, la muerde.

El hombre le da la vuelta, mira sus ojos, se desprende de su capa, la gira en el aire y ambos quedan protegidos bajo su manto, amándose, sobre la mesa.

Un murciélago sale por la ventana.

Una gota de sangre cae sobre la mesa.

El mundo comienza a girar, de nuevo.

Sonata de sal para saxofón y tridente

El saxofonista despierta alertado en mitad de la noche.
Rasga la tiniebla al contacto de su aliento con la boquilla.
Presiona con el dedo corazón y la luna estalla en millones de pétalos
que sobrevuelan el cuerpo de la amada, ahora desnuda
y sobre la piedra del sacrificio, acariciándola.
A golpe rítmico de anular e índice se enciende el faro,
iluminándole las heridas sangrantes
que brotan de su melodía desgarradora.
Un saltamontes vestido de chaqué impecable, le acompaña al piano.
Siete pájaros de sotana nivea le hacen los coros, a cinco voces.
Detrás de la ventana se desata la tormenta;
El sol se bate en duelo con el rayo eléctrico,
el trueno ensordece los últimos compases.
El rey del mar yergue su tridente,
aprovechando la debilidad del escudo sinfónico,
envía la ola despiadada,
que engulle a su amor, indefenso, atrapado en la isleta.
La lucha cesa, el arco iris aparece.
Una rosa blanca sobre el instrumento inundado.
El saxofonista regándola por siempre con sus lágrimas.

Ihintza Peña Peña

España, 1973

c_cigorruga@wanadoo.es

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada "V Antología Internacional Sensibilidades"

OSSA MARTÍNEZ

Caballero andante

En el ángulo cercado por los desmayos de lo inimaginable, me esperabas. Amándote en el yermo de mis soledades grises, en la inmensidad del mar que nos extravía, mensajero ferviente de mis besos aromados de suspiros; de mi llanto ventricular, mórbido de tu abandono, agotado por tu materia transparente, herida con su luminosidad, irradiantes de tristezas mis pupilas ensangrentadas.

Ignorante de hallarme en los umbrales de tus ternuras, ayunaban mis mañanas de tus besos, negándole a mi oído los murmullos entregados en los sortilegios de tu voz, copla de las horas de tus insomnios, que yo atrapa-
paba sin saberlo.

Y las noches...

Las noches tan profundas, infinitos éteres oscurecidos, abismos sin esperanza en el desahucio de mi ser, al no poder sentir tus brazos. Mi cuerpo desgarrado, marioneta sin hilos, estrangulado por el deseo que huye, que desvanece el latir de mi alma en umbrías; fue un sueño dulce amor, tinieblas de las que redimiste mi sombra con tu presencia; caballero andante... abrázame, quiero diluirme en tus ojos mediterráneos, reflejo de luna licuada, seducción de tu carne y mi carne... preludio sempiterno, vertiente unísono de amor y éxtasis.

Nítido amor

Rústico como el leño
que arde en un hogar,
como la piedra de la montaña
sangrando soles,
es este mi amor tan tuyo.

Silente en el silencio mismo,
inherente a lo inseparable.
Simple y desnudo
en simbiosis yuxtapuesta.

Este amor sin glamour
que late en perfectas pautas
de requintos que suspiran,
en preludios de querer ser...

Si las rosas...

Una epístola acunada en el anonimato de mi voz, impregnada con los momentos más tempranos de mis amaneceres en los que se difumina tu existencia.

Una misiva escrita en las prolongaciones del azogue que nos acerca a distintas horas, en dónde la luna te musite las reverberaciones de mi esencia que te añora, y, las transmute en mis palabras que te digan:

"Escucha mi eco en la melodía del los confines de ámbar, moja tu piel en los murmullos de mis piélagos sin fijarte en su color, porque nuestro mar es el mismo que revoca las fronteras, el mismo que desborda su cauce con las lágrimas de nuestras nostalgias, el que en simbiosis de versos, reúne nuestras almas".

Si las rosas nítidas vaciaran sus pétalos en la artesa de mis manos, crearía papiros para escribirte en matices de rojo, desde el escarlata hasta el púrpura, haciendo una pausa en el más brillante rubí; el de mi sangre anhelante.

Entrega inmediata...

en el sublime aliento de uno de mis besos.

Indagación

*(A la sangre inocente
derramada en la guerra por el petróleo)*

Aún vagan las almas solitarias en los desiertos
violados por la avaricia.

Danzando a ritmos de sin razones,
resurgen de la nada propia de la expiración.

Llevo implícitos sus gemidos en mis latidos,
en mi sangre oculta tras los velos culpables
que se conjugan en la diversidad
de los silencios injustos.

Tarde a tarde,
los crepúsculos se deslavan
en sus lágrimas que interrogan.

La estela de su pregunta permanece
en el soplo de la yerma desolación,
allí, donde el epitafio reza:

¿Por qué?

El pánico se apropia de mis pupilas mudas.

Mírala

Camina ágil, en la premura
del cotidiano obsequio de cada sol.
Las luces del día
le entonan melodías en la piel
y te acaricia con la mirada traslúcida.

(Nadie sabe lo que lleva dentro...)

Nadie huele el perfume
triste que emana hacia el recipiente
de sus huellas,
ni saben de las lunas que le despuntaron
labios de vuelos difusos.

(Ella sabe lo que lleva dentro...)

Mírala transitar con la sutil curva de su boca,
aún puede sonreír. Procura ignorar la ironía
que se acuna entre sus bragas:
ilumina su mirada de imposibles mares.

(Quiere ignorar lo que lleva dentro...)

Issa Martínez Llongueras

México, 1965

ceramica65@yahoo.es

Participación en publicaciones colectivas:

“IV Antología Internacional Sensibilidades”

Autora invitada “V Antología Internacional Sensibilidades”

Colabora con un texto en la novela “La Memoria de los triángulos”

JULIE DE GRANDY

El encuentro

No quería ir.

No quería ponerme el traje de pingüino con pajarita y fajín de seda burdeos. No quería aspirar los aires mustios del protocolo almidonado y marearme con el murmullo estridente de risas hipócritas y mentiras piadosas. Pero fui; afeitado, perfumado y a regañadientes.

Cuando me dirigía hacia allí, comencé a sentir en mis oídos un extraño zumbido. Mis sentidos parecían afectados por un alcohol que no había consumido y, como sabueso, husmeaba el aire impregnado de un olor hipnótico.

Al entrar al salón, aquel olor se hizo más penetrante, casi me aturdí. Aquel olor...aquel olor me era familiar. Pero no, no podía ser posible. Oteaba el bulto humano, vestido de carísimas marcas, buscando, presintiendo su aproximación hacia mis ganas. Aún antes de verla por primera vez, había habitado en los recónditos confines de mi íntima fantasía, tan ajena a la asepsia que disfrazaba mi realidad.

Y en un giro torpe de cabeza, me encontré con sus ojos; sus ojos que se clavaron en los míos en narcótica complicidad. En ese instante, sus pupilas dilatadas me lanzaron el guante del desafío; el invisible complemento del ceñido vestido de soirée décolletée que ostentaba como segunda piel, una piel del color de mis botones de rubí.

En ese estático momento, con sus ojos clavados en los míos, recorrieron por la pantalla de mi mente todas las fantasías donde, con histriónica maestría, fue mi esclava, mi dominatriz, mi amante, mi concubina, mi niña y mi eterna musa. Muchas veces las había evocado, queriendo convertirlas en imán que la atrayese a mi redil; al alcance de mis brazos, hechos para acoplarse a sus formas. Sólo en los países de esas fantasías había sentido la plenitud. Sólo dentro de esos mundos oníricos experimenté el éxtasis de sentirme poderosamente vivo. Porque nadie ha saciado la sed milenaria de mi lengua escarchada. Por eso la he buscado desesperadamente, para suplicar la clemencia de sus efluvios, para beber del desbordamiento de su deseo delirante, que, derramándose en danzas pluviales, saciaría mi sed, subiendo mi marea. Y me imaginé mil veces navegando trastornado por su efervescencia lúdica, por los sismos de sus carnes, devorándole hasta el mismo pensamiento.

Allí, clavado como estatua de sal, la contemplé mientras estrujaba aquel invisible guante con las mismas manos que añoraban sus pechos inhiestos, sus pechos lácteos, sus pechos maternos, sus pechos cuyo molde fue el cuenco de mis manos. Y mientras más me aturdí los ruidos vanales del entorno, más añoraba ensordecirme entre sus muslos nacarados, como el buzo que se sumerge en las profundidades abisales del océano, en busca de la Atlántida perdida.

En el preciso instante que la vi, la bauticé y la maldije; jurándole a Zeus y a Afrodita hacerla mía. Pero esperaré... Esperaré con la calma de la fiera que observa su presa detrás de la maleza: la espalda en arco de pantera, los músculos tensos como cuerdas de violín, segregando adrenalina a borbotones, con la boca inundada de saliva y las ganas renacidas, a punto de reventar. Esperaré, mientras la cordura se declara en pugna contra la fuerza de la debilidad. Y en la espera, esbozaré una quieta sonrisa; porque nadie sospecha, nadie sospechó. Nadie jamás se ha asomado al paraíso de mis sombras, de mi lujuria teñida de añil; la lujuria impetuosa que me impulsará, en el segundo perfecto, a dar el salto mortal para postrarme, humilde y anhelante, ante sus aras de mujer.

Embeleso

La noche felina flota sobre el nenúfar.
Por las ventanas del tren se proyectan
difusos recuerdos en sepia.
Entre cigarro y relámpago,
cuestiono el origen de la luz de las luciérnagas,
el alfabeto de las señales de humo,
el silencio de la luna ante los aullidos del lobo.
Sin querer,
los dedos se me introducen en la boca,
despertando las papilas del deseo.
Morgana malévola sonrío,
de los conventos escapa la pureza en tacones,
se ruborizan las arpas en los bolsillos,
los elementales se disfrazan de carnaval,
y no encuentro las agujas para tejer en el pubis
un arco iris.

Ilurragia

Siento derramarse las gotas calientes que manan de la herida.
Parecen imparables...

Se deslizan lentas por mi piel en solemne procesión.
Se cuelgan un instante de los labios, dejando el poso de su
exquisita dulzura.
Siguen su curso en sutil caricia por la superficie de mis pechos,
que se erizan de recuerdos...

Me cruzan el vientre en despedida, se mezclan con la humedad
que provocabas en mi sexo, y languidamente recorren mis
muslos ensordecedores y mis largas piernas atenzantes, hasta
sembrarse en la tierra, bajo mis pies desnudos...

Y me asombro al ver que, donde cae cada gota, brota una her-
mosa, colorida y aromática flor...

Y me espanto al comprobar que ya he dejado un espléndido
jardín en mi estela...

¡Socorro!

Que alguien le ponga un torniquete a mi ilusión...

Concierto de acordeón

El punzante aroma de tu presencia llega hasta el rincón oscuro donde yace acurrucado. Soñoliento, respira suavemente los misterios de vuestro inminente encuentro. Sabe a qué vienes y comienzan a despertar sus sutiles deseos de complacerte. Sus ansias silenciosas saludan a tus ganas de poseerlo. Lo tomas entre tus suaves manos y sumiso se deja comprimir contra tus mullidos pechos, colgándose de tu cuello. Allí, empieza a sentir los latidos que le traspasan todo el calor de tu piel.

Con delicadeza, tus finos dedos se van colocando sobre cada uno de sus puntos neurálgicos, de sus teclas diminutas que sabrás pulsar, acariciar, y apretar en el justo momento y con la adecuada presión. Pero ambos saben que sin ella no pueden llegar a ser sonido que escala a concierto; sin ella no existen. Y con reverencia, abren los corazones y la llaman. Ella, tímida y sensual, lentamente accede a la unión.

Ambos piensan que les pertenece. Él cree que vive en su profunda cavidad dilatada y tú, impenitente, crees que pertenece al capricho de tu mente y el talento albergado en tu cuerpo. Pero ella es suya, princesa y odalisca, que se sabe deseada. Hoy se siente excitada y magnánima, accediendo grácilmente a otorgar favores y caprichos. Entonces, con su beneplácito y desnuda presencia, comienza el concierto en un unísono y delicado *ménage à trois*.

Pulsas, estiras, aprietas, comprimes; mientras él obedece: se abre y se pliega. Ella musa melódica, coqueta y pizpireta, se deja poseer por ambos. Se expande, se desliza, suspira... seducida por los suaves preludios que la mecen. Mientras tu energía palpita en *stacatto*, escalando *piano piano* hacia un *crescendo* en repetidas idas y vueltas, ella se embriaga por tu tacto, flotando por su fuelle, se evapora por los aires y viaja por las calles antiguas de París. Con los ojos cerrados, los tres se mecen, sienten, se saborean, se palpan, se confabulan, se tornan uno, eternos amantes, cómplices del apasionado concierto. Tú, él y ella, espantando pájaros de los árboles, abriendo las ventanas de los *voyeurs*, cerrando las de los reprimidos.

Y se escucha el *allegro forte*, *fortísimo*, camino al calderón de donde brota la fuga de jadeantes resonancias que los elevan, fundidos, hacia el triunfal acorde final.

Impotencia

Se me rajan las ingles de galopar sobre la impotencia.
Las uñas clavadas, forjan heridas en los apretados puños,
y me lamo la pálida sangre que, como leche cortada,
me agria la garganta, oxidándome el metal de voz.

A mi paso, se desentierran las raíces de los árboles
para flagelar mi maltrecho cuerpo con zarpazos crueles,
mientras las tintas de poemas antiguos se cuartejan
en los pergaminos secos, que se desintegran en nubes asfixiantes.

Veo mis sentimientos colgados en la tendedera de un patio ajeno
pero no alcanzo a rescatarlos y cabalgo desnuda de emoción,
tiesa y a horcajadas, bella y estéril, sin rumbo ni compás,
traspasando la invisible frialdad de un fantasma que ríe...

Julie De Grandy

Cuba, 1956

<http://www.juliedegrandy.com/>
cucusina@aol.com

Obra impresa individual:

“Enigma de pasiones”

“La generación puente”

“Sentimientos de almas vivas”

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada **“V Antología Internacional Sensibilidades”**

“Dama de terciopelo”

Guiones teatrales estrenados:

“Doble fondo” (Miami), **“La herencia”** (Miami), **“Casting”** (Miami), **“Conexión sin hilo”** (México DF), **“La mala pasada”** (Miami), **“Volúmen descontrolado”** (Nueva York), **“Trampa mortal”** (Miami)

Guiones de televisión:

“A oscuras pero encendidos” (Telemundo), **“Teens”** (Telemundo)

Premios:

ACCA por **“Doble fondo”**, **ACCA** por **“La herencia”**, **ACRIN** por **“La herencia”** y **LETRAS DE ORO** por **“Trampa Mortal”**

LOLA **B**ERTRAND

Los niños no duermen

Los niños no duermen por las noches, yo lo sé bien, los escucho en cuanto el sol se oculta cantando en la plaza del pueblo...

Todos piensan que están durmiendo: sus padres, sus familiares. Los imaginan en sus camas, con esas caritas angelicales de "*yo soy virgen y puro...*" Pero... yo los escucho y me producen tal pavor, que soy incapaz de descerrar el visillo de mi ventana, y mirar. No sé cuántos ni quienes son, por eso, después de mis noches en vela, los observo a la luz del día para tratar de descubrir huellas de maldad o de insomnio en sus rostros...

¡Parecen tan ingenuos bajo la luz del sol!

Pero yo sé que fingen: hay algo maligno en el fondo de sus ojos.

¡Si pudiera confiarle a alguien lo que oigo y percibo!

Pero... ¿a quién?, mi esposo dice que todo son imaginaciones mías; que él no escucha nada. ¡Qué va a escuchar!, si duerme lo mismo que los troncos de la leñera; no se percató del terremoto de 5,4 grados que hubo hace tres años, ni se despertó el día en que su hermana aporreó la puerta en plena noche huyendo de su esposo que la maltrataba...

Él no me sirve: yo sé bien que los niños no duermen por la noche. Escucho sus cantos lúgubres y se me ponen los pelos de punta, pero no puedo dejar de escuchar; aunque me tape los oídos me traspasan sus voces cristalinas y de apariencia frágil, cantando las miserias que los rodean.

A veces sus cantos se transforman en aullidos, otras en "mantras" ininteligibles, palabras encadenadas que parecen no tener sentido, sin embargo a mi se me clavan en la piel como si fueran dardos...

Los niños no duermen por las noches, y por su culpa, yo, tampoco. Me ha dicho el ginecólogo que la semana que viene, a más tardar, me tendrá que operar...

-Después de cuatro abortos seguidos, pienso que, lo mejor es que te sometás a una histerectomía total*; el próximo embarazo podría ser mortal para ti, -me aconsejó...

-Lo pensaré, -contesté-, mi máxima aspiración es llegar a ser madre...

Un parto doloroso

(para él...)

Abrió sus piernas
y brotaste tú...
Fue un parto triste
que le robó la sangre.

(estás tan cerca de mis pechos, que mi leche se derrama sin ti)

Ahora
mece el dolor
dentro de su cuna de niño muerto.
Amarle es desterrarse de si misma
y acariciar la calavera de los días ocres
mientras el amor se pudre.

(estás tan lejos de mi piel, que he olvidado el camino hacia tu tumba)

Abrió sus piernas
dilatando el ansia al infinito,
parió sin anestesia
una locura de negros coágulos
enraizados en su útero azul
tras la virtual cópula sombría.

(estás tan dentro-fuera que te sueño mío...)

Quería escribir un poema para ti

Traga, traga la bilis y el acíbar y el vinagre, mientras los ojos le sangran lunas...

**(Ella se acurrucó en su almohada
especulando pócimas sin sentido)**

Arráncate a tiras la piel, huérfana de calor y huellas...

**(Ella molía en silencio palabras sin sentido
dentro de un almirez esculpido en la roca)**

Cósete los labios a la noche para que no supuren sollozos asfixiados...

(Ella gritaba: ¡aquí estoy!, en el íntimo palpitar de su sangre)

Vacíate los ojos hasta que desaparezca de tus pupilas su faz...

**(Ella se confesó histérica,
inútil e incompetente para escalar sus muros)**

Lánzate al vacío, desnuda, sin pudor, y que te acoja el aire...

**(Ella se cortó las venas con las letras de su nombre,
para sentirlo morir entre sus labios)**

Quería escribir un poema para ti...

Pero...
tan sólo brotó una lágrima...

"Él supo siempre que sólo el tiempo marcaba la distancia entre los besos perdidos y los besos ignorados.

Conoció el futuro de las palabras que duelen, y el pasado de las caricias que dejan huellas encarnadas.

Venteó lágrimas y sonrisas, y gritos sin voz, y voces en susurros, para alertar camaleones trasfigurados en tinieblas...

El silencio fue su coraza de esencias malditas: y nunca supo dónde esconder todo el potencial de amores que le habían concedido..."

(Luis E. Prieto Vázquez)

Ceniza y barro

La mujer se detiene ante si misma para saber si existe. Hay ceniza y barro en la punta del pincel con que intenta colorear sus días.

Va superponiendo ausencias, unas sobre otras, como capas de pintura abstracta...

¡Hay tanta lluvia por dentro cómo por fuera!

Cada dos segundos exactos se borra el paisaje y la hojarasca se interpone entre sus ojos y el mañana...

¿Quién apagó la luz interior...? con qué derecho...?

La mujer enciende mil velas, las va colocando en todos los rincones, como un rosario de luciérnagas malditas. Un viento de ceniza las apaga...

Sabe que la rodean mil colores, pero...; no puede verlos!

Tan solo ella conoce el ácido corrosivo que transita sus horas.

¿Me ves...? ¡existo!

La mujer se siente sanguijuela, microbio audaz, inútil-impotente-idiota-desequilibrada... Paradoja exhibida en una urna de cristal; mofa-burla-indiferencia-molestia, y sólo sabe llorar y...llora...

Y se le introduce el dolor en la carne como si fueran huesos de plástico. Y la sangre se le vuelve humo y silencio, y se enrosca en sus médulas donde no la encuentre nadie...

Y todo por amar. Por buscar las respuestas más allá del espejo...

La mujer ha engendrado un feto de barro en sus entrañas, y solamente espera el tiempo necesario para morir en el parto...

Una guitarra suena...lejos-cerca-alrededor-dentro...

Una nana de sangre

Entre los dedos entrelaza la nada,
el paisaje se incinera
al contacto de sus ojos,
las plantas de sus pies
rompen colores.

Verde,

azul,

blanco,

rojizo,

no es el arco-iris,

es su pupila-reloj invirtiendo los minutos,
su piel desnudándose de cadenas y herrumbre,
su garganta expulsando los gritos de la luna.

Saca hilos de su propio dogal
es libro de arcanos

en el interior del óvulo,
crece cuanto más se hunde,
cuanto más la hunden...

Desea levantarse, le duelen las rodillas,
hace siglos que las sirenas cantan dentro de su útero
una nana de sangre.

(Caminará descalza durante décadas...)

Lola Bertrand Mira

España, 1950

[http://www.paginasdeniebla.no-ip.com/
lbertrand@telecable.es](http://www.paginasdeniebla.no-ip.com/lbertrand@telecable.es)

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada **"II Antología Internacional Sensibilidades"**

Autora invitada **"V Antología Internacional Sensibilidades"**

"Círculo de lectores: Historias de un mundo mejor"

"I Antología Internacional Sensibilidades"

"III Antología Internacional Sensibilidades"

"IV Antología Internacional Sensibilidades"

LOLA DÍAZ - AMBRONA

El concierto

Cuando los aplausos amainaron, me senté ante el piano. Entrelacé los dedos por el envés y los articulé. Tosí con gravedad, cerré los ojos y los volví a abrir definitivamente para mirar al infinito: los solistas miramos al infinito durante nuestras actuaciones, pero en ese buscar el infinito, mis ojos, de soslayo, cayeron sobre el teclado color marfil del Steinway; sólo color marfil, porque las teclas negras habían desaparecido. Un sudor frío recorrió mi cuerpo bajo el frac negro. Miré al público: todos esperaban mi música, una sonrisa de placer iniciada en sus rostros bobalicones de fervientes melómanos. ¡Mi fama! ¡Ay, mi fama! Si no salía airoso del trance, se echaría a perder. Me pesaba mi fama, la fama que tan feliz me hiciera antes, la que me embriagara.

Cerré de nuevo los ojos como entrando en éxtasis, aunque lo que en realidad intentaba era encontrar una pieza en *la menor*, sin teclas negras, triste, sencilla; ya me encargaría yo de darle fuerza con mi genial interpretación. Pero, ¿quién ha compuesto algo tan elemental?

Ahora eran algunos espectadores los que tosían discretamente, instándome a que comenzase el recital. ¡No puedo! No podía despertar música de aquellas escalas incompletas.

Coloco bien la cola de mi disfraz de concertista famoso sobre la banqueta para darle tiempo al tiempo y solución a lo imposible. Un silbido desde la platea desencadena una cadencia de silbidos. "¡No sabe tocar!", grita un señor. Yo, sonreí, como si lo tomase a broma y busqué de nuevo las teclas negras. No, no estaban. Nunca estaban y, presentía, nunca esa noche iban a estar. Las cosas no aparecen así porque así.

Como quiera que barruntaba cierto encrespamiento en el ánimo colectivo, decidí tomar la tangente que fuga: me eché mano a la frente inclinando la cabeza en fingido malestar y me derrumbé sobre el piano. Un "cluster" cacofónico, atonal, atacado por el peso de mi cuerpo supuestamente desfallecido, fue toda mi ejecución artística. Pude advertir el murmullo de susto y admiración entre la audiencia, poco antes de que me sacaran del escenario. Ya en la ambulancia, tuve a bien volver en mí por si las cosas iban a mayores. "¡Vuelve en sí!", dijo el enfermero. "Sí", dije débilmente, y el episodio concluyó tras un protocolo médico rutinario.

Los titulares de la revista *Scherzando* glosaron mi sensibilidad. Otras revistas, no tan especializadas, escribieron algo sobre "*la enajenación transitoria del artista*", y eso me gustó menos, pero es que este mundo del arte está lleno de envidias que revierten en nosotros, los grandes intérpretes. Y también hubo, todo hay que decirlo, los que hablaron de mi inestabilidad emocional; me pregunto qué estabilidad emocional no se ve alterada ante una catástrofe así, a la hora de dar un concierto. Pero algo que realmente me extrañó, es que nadie mencionase lo que en verdad había ocurrido: aquellas teclas negras que desaparecieron; y el caso es que no han vuelto a aparecer. Todos los días, antes de tomar la medicación, levanto la tapa de mi *Yamaha*: siguen sin venir.

Lo que traen los vientos (el levante)

No me gustaba el viento de levante. Cuando venía, se confabulaba con el mar para asustar a niños y hombres. A veces, los ahogaban. La playa se creía desierto: flechas de arena en remolinos envanecidos...

...Se me clava el viento en la piel. "Vámonos". ¿Por qué todos miran callados hacia algún sitio?

Papá está en la ventana con los prismáticos, hace aspavientos con sus manos pequeñas y nerviosas: "¡volved, hay resaca!"

¿De qué infiernos procede este viento? No sé de vientos ni de sitios en la tierra, pero dicen que levante es por donde sale el sol; nunca lo veo salir, ni quiero ver los antros perversos que lo albergan en la noche.

Una lancha navega deprisa, pero vuelve consternada: creo que no es capaz de llegar hasta el peligro. Otra lancha mayor dice que va ella. Apenas se distingue el punto al que mira la gente: ha traspasado las barreras de los azules, no se puede regresar del último azul. Yo sé lo que siente ese hombre en el último azul: pena. Ni siquiera miedo, ni curiosidad por saber cómo es ahogarse. Y si te salvas, también tienes pena... yo lo sé: aquel día, yo había agarrado a Luis con mi brazo derecho, como el héroe de la película que vimos cuando mamá nos llevó al Cine Gades. Había braceado con el izquierdo, hacia la orilla, pensaba, pero el mar insistía en llevarnos hasta el horizonte, ¡si no era más que una broma eso de que yo quiero ver lo que hay detrás del horizonte! Luis desaparecía entre agua negra y espuma, apenas un momento me dejaban ver su rostro: él quería llorar, pero las olas le hacían el llanto. ¡Mi niño, mi hermano! Hoy no midió sus juegos y el mar no estaba para juegos, qué iba a saber él de enojos entre vientos y mares.

La lancha ha llegado hasta el último azul, todos miran callados desde la orilla. No saben si podrán volver.

- *¡Por favor, señor, por favor!* -gritó alguien. Un hombre muy alto, de rostro benéfico, sonriente, anduvo olas adentro, caminó sobre la superficie como un apóstol incrédulo; nos cargó a ambos, a horcajadas, sobre sus caderas fuertes de hombre que salva. Nos salvó, nos devolvió a los rizos de arena. Luis lloraba para fuera, yo tragaba sales distintas, la de mis lágrimas secas y la sal traidora.

- *¡Zalvadora, zalvadora!* -me gritaba Rafita. Yo fingía no sé qué. Me daba miedo haber tenido miedo, me avergonzaba haber intentado salvar a Luis de tan poderoso enemigo. Era incapaz de asumir que casi nos morimos.

- *Pero entonces, ¿cómo ocurrió?* -papá recolocando los cubiertos sobre el mantel, como siempre que estaba nervioso o enfadado.

- *Agua, ¿me sirves agua?* -le pedí a Dorita: necesitaba que mi faringe se descongestionase, aún estaba anudada, me dolía como si tuviera unas amígdalas purulentas. Todavía hoy, veo el rostro de mi hermano: "*me ahogo*", quería decirme entre agua bruna. Confiaba en mí, somos carne de células iguales, somos carne de nuestra carne.

- *¡Zalvadora, ere una zalvadora!*"

Odié a Rafita mucho tiempo, no quería que me dijera eso. No quería que el mar hubiese querido tragarnos.

Ese fantasma se ha quedado conmigo, se ha acomodado entre otros más pequeños, pero es que... ¡no podía llorar!..y hoy, tampoco puedo llorar y el mar se está tragando a un hombre que ha traspasado los azules.

La lancha valiente vuelve triunfante a la orilla. El hombre está mojado, yo creo que es sudor. No mira a nadie, camina escoltado por los de salvamento, por lo guardias municipales. Le sigue una comitiva de curiosos que quieren ver si lleva algún trozo de muerte adherido a la piel. Creo que él tampoco puede llorar, como yo, aquel día.

Menú alternativo

Se cogen unos cuantos pensamientos frescos -no es necesario trepanarse, siempre se escapan algunos-. Se lavan al chorro de suspiros fríos, por si amargasen un poco -¡a veces esa pena...!-. No se cuecen, pues pierden sustancia. Se razonan ligeramente sin profundizar y se sirven fríos, envueltos en sueños tiernos.

De segundo plato suele ir una carne, lo sé, pero hay demasiado vegetariano suelto, así que sugiero unos filetes de alma. El subconsciente es la parte más sabrosa, aunque también la más rica en colesterol y ácido úrico por encontrarse entre vísceras. Hemos de pedir al psiquiatra que lo corte finito. No se debe razonar ni condimentar. Doramos a fuego lento hasta que lo recóndito aflore.

Como guarnición, dos alegorías maduras: se separan en metáforas y se colocan formando un círculo vicioso. Media docena de retruécanos pequeños y cien gramos de hipérbole, cortada en juliana que herviremos durante cinco instantes y medio. Se ha de tener cuidado de que no rebose: la hipérbole suele crecer con la cocción y sin la cocción. Si los comensales gustasen de sabores fuertes, podemos añadir una pizca de neurosis molida.

Para postre, son delicia las carantoñas con ralladura de descoco y salsa de libertad -en su defecto, la libertad puede sustituirse por una cucharada rasa de esperanza o mentira a medias-. Y ¡cómo no! Un buen zumo de entelequia, ayuda a la digestión.

En cuanto a vinos, aconsejaría un reserva que guardo como paño en oro: "*Lágrimas de Ninfa*". Es blanco, pero ya que carne no hay, poco importa: entra bien con los filetes de alma. Y sobre todo, que tuve que recorrer cinco tercios del mundo y luchar contra sátiros mudos para conseguirlo, aunque mereció la pena, porque el refrigerio, lo prometo, es estimulante.

Quedan invitados.

De mi bestiario

1. HEAUTONTIMORUMENOS

Él mismo pide estar encerrado. Tras los barrotes, se hostiga y demanda sufrimiento. Si la ración diaria de dolor no es bastante, se autolesiona. Clava las uñas félicas en su cuerpo peludo, sangra. Aúlla en doloroso placer hasta caer extenuado, mas para no gozar de sosiego alguno, abre los ojos redondos, vehementes; se levanta sobre dos de sus tres pies, dentellea el tercero que ya es lujo que no merece, sangra de nuevo y suplica: quienes lo queremos le propiciamos tortura y él nos ama. Con mi daga vacío sus entrañas que siempre vuelven a crecer. Inventa pesadumbres, imagina amarguras. Se abstiene de condumios. Nunca muere porque de suplicios vive. Es el atormentador de sí mismo.

2. PARÁSITO

No es tan importante el aspecto de mi bestia como lo son sus estragos. Sanguijuela inmunda, libadora cruel, observa mi ánima y, si de buen talante la intuye, allí perfora. Entonces, siento un mal en el corazón, un vacío, y veo cómo se marcha satisfecha con su botín; viscosa, grande, cambiante en su forma según el tipo de ingesta: si de dicha amorosa se nutre, tomará aspecto de fauno lascivo. Si de ilusión, saltará convulsa dejando una estela de babas. Si de triunfo, su altivez hace que camine como un gusano con ínfulas de serpiente.

El bicho engorda, medra, metaboliza mi sentir y construye su propio cuerpo. No hay repelente que lo aleje. Me roba lo mejor de mi esencia. Tan sólo me queda reciclar sus detritus. Con ellos abono mis plantas. Están radiantes.

Lola Díaz-Ambrona de Llera

España, 1952

lady_jaquecas@hotmail.com

Obra impresa individual:

“Gato y otros 19”

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada “V Antología Internacional Sensibilidades”

MARÍA LUISA LAZZARO

La pluma como la escoba

Ella toma la pluma como la escoba. Autómata, levanta las alfombras, llega a los rincones más ocultos. Limpia o ensucia, sin saber qué tanto va quedando o va saliendo. Se aleja unos metros, toma distancia: todo brilla. Se acerca con lupa crítica y uno que otro residuo afea las esquinas todavía.

Entonces vuelve a tomar la pluma barriendo.

Caida de la mata

El marido de misia margarita es tan noble, que cuando me ve mojándome los labios con la lengua me da unos centavos para que me compre un refresco. El otro día me le paré enfrente con la blusita esa que apenas termina en mis pechos, dejando al descubierto el ombligo, y me pasó a su casa para darme uno reales para la tela que falta en la blusa. Igual lo hizo el día que desde la empalizada me vio con la minifalda. Cuando sí lo vi caído de la mata fue el domingo. No había más nadie ni en su casa ni en la mía. Se me ocurrió bañarme desnuda en el patio, y él, prefirió seguir con la cabeza enterrada en el crucigrama que pasarme un paño.

Días después, supe que estaba con el azúcar baja y me ofrecí acompañarlo mientras misia Margarita buscaba las medicinas en la ciudad, a media hora de camino. Estaba tan frío, tan jipato, que me dio lástima, y como estaba de espalda me le monté encima y empecé a masajearla. Le di y le di hasta que empezó a coger calorcito. Por delante no le quise dar porque si me le monto en caballete y le empiezo a dar por el corazón, no vaya a ser que por ahí esté su dolencia y se me quede tieso y sin respiro. Pero al menos recuperó el calor, y hasta sudó grueso; síntoma de que estaba vivo todavía.

Lo último que supe del marido de Margarita fue -porque se mudaron intempestivamente del pueblo-que recuperó bastante el apetito y los colores. Parece que la temperatura de allá le favorece más para la salud.

Miniguerra

Ella, furiosa, le acomoda los codos en su pecho, le acuesta sus antebrazos. Con las manos en puño comienza a golpearlo. Él, para defenderse, cruza los brazos por su espalda, inmovilizándola con las manos sobre sus hombros desnudos; desfalleciendo los dos.

Diligentes todavía las piernas

Estoy sentada en esta arena cernida, blanca marfil, como harina de trigo por leudar. El sonido del mar vivo me hace sentir la música de mis piernas, diligentes todavía. Me gustan, son firmes, macizas. Me deleita este bikini azul fosforescente con bordes melocotón, pueden broncearse más espacios geográficos, hasta los más confinados en las telas. Me gustaría saber qué tanto de magma guardan aún en su carne, venida a menos por inactividad volcánica. Un poco de aceite de coco, con zumo de zanahoria y canela, preparado por las nativas, podría ser un buen comienzo. Antes, tengo que buscar un punto de oxígeno incandescente para disparar la función ígnea. Las manos, a manera de parasol sobre la frente: por eso de la mucha luz o la mucha sombra que no nos deja ver. ¡A babor! ¡A estribor! Ya. Justamente demasiado cerca, espero que no sea miope porque en la playa nadie usa sus gafas. Son bien ciertas las magias de las coincidencias que pregona James Redfield. Cuando la alumna está preparada aparece el maestro. Me gusta, tiene algo así como ímpetu en la mirada, y... muy importante: buenas manos, poderosas. La panza le resbala un poco por encima del traje de baño negro con fileteado de truenos naranja. Me está mirando, buena señal. Está levantando su caipiriña, le correspondo con mi piña colada y esa sonrisa mía de niña pescada en falta. A ellos les encantan esos rasgos de timidez, así que entorno los ojos y no lo vuelvo a mirar.

Ahora sí puedo comenzar a untarme el aceite de coco y especias. A ver si me acuerdo cómo lo hace Dorotty Phizer, en Anexo al convento. Subo una pierna a media asta y pongo los dedos de bailarina, en punta; un poco ladeada hacia el objetivo central. Me muero por mirarlo, pero ellos necesitan sentir que llevan el timón... El próximo año me traeré un espejo de odontólogos con palito largo.

Diosito si es lindo: Santana está a todo dar con su Corazón espinado. Y en el bohío se aglutinan a bailar. Qué buena idea quedarme cerca. Lo que falta es que este papachongo me saque a bailar. Los dos con las piernas desnudas y aceitadas ya, rozándonos sabroso, y que me apriete la espalda con sus manazas, así, rico; con todo ese frenesí que le huelo desde lejos. Eso

de las coincidencias son de verdad milagros; ahí viene, y sin miedo, como debe ser. Porque para miedo basta el de una. Me toma, en silencio, como si fuera cosa suya. Y el corazón sigue espinado y ¡qué empinado! "Cómo duele el corazón ah ah ah, cómo duele el amor". ¿Por qué será que duele... y en las piernas, que se vuelven temblecas? "Esa mujer me está matando... me ha espinado el corazón, por más que trato de olvidarla, mi alma, no da razón, mi corazón aplastado, dolido y abandonao.... Ah ah ah cómo me duele el amor, como duele el corazón cuando uno es bien entregado... Ah ah ah...". ¡Qué delicia! Y yo perdiéndome de tener el corazón, aunque sea espinado. Seguramente que después me va a decir: Acompáñame a la habitación que quiero mostrarte mi álbum familiar. ¿Será que a eso le llaman ahora álbum? Cosas que una se va perdiendo por desactualizarse. De seguro que en la habitación me dirá: Siéntate en la cama que es más cómodo. Y... sus manos en mis piernas. Menos mal que las tengo hidratadas, resbalosas. Sus manos en mis cabellos, mis hombros, en mi cara, recorriendo mis labios... como en las películas.

Tengo que hacerme la dura, la que No. Es que a ellos no les gusta nada fácil. Necesitan sentir que suben y bajan todas las cuestas y los precipicios, venciendo los siete obstáculos capitales. Y nosotras necesitamos, por seguridad de estado, que nos insistan mínimo siete veces por siete. Nada se puede hacer, es una cuestión de naturaleza, de genes. Tal vez la culpa la tenga la caza y la pesca; y, el tal inconsciente colectivo.

¡Qué caldera son las piernas, y las rodillas! Inyectores de lava fluida. ¿Será que ahí comienza la orden para los latidos? De seguro que en ellas hay tejido cardíaco por ese montón de extrasístoles, suprasístoles, francasístoles. Puro vértigo de luces de discoteca caliente. ¿Será que el amor no es amor sino vértigo de sístoles articulares? Y este Santana, con su "Flor de luna": vino francés concentrado en las venas... embriagando.

-¡Abuela, abuela!, cógete de la andadera que te tiemblan las rodillas. ¿Ves?, te volviste a caer. Cerca del bohío está tu silla de ruedas, voy a traerla.

Santidad o locura

Desde niña siempre ensimismada. La cabeza gacha sobre mis manos es lo que más recuerdo de mí. Seguramente estarían en un hacer permanente, inquietas, o simplemente friccionándose dedo con dedo, desgarrando uñas y pieles ungueales, nerviosa, atribulada. Sólo levantaba la cabeza cuando escuchaba una "injusticia" o cuando la veía de reojo... Entonces todos sabían de la potencia de mi voz y de la pujanza de mis palabras; e incluso, de mis acciones en esos tiempos: extremas.

Mis energías se menguaban más por el afuera que por el adentro, pero bien pronto el adentro comenzó a fallar como los transformadores en cortos-circuitos: de las uñas no quedaban más que hilos ensangrentados de cutículas levantadas al ras de las injusticias...

Una tarde padre e hijo rugieron como tigres al acecho, se citaron para resolver diferencias. Yo sabía que las casas tenían paredes transparentes y los cuerpos sangraban con facilidad, pero lo que más me apesadumbraba eran las llagas purulentas que quedaban manando, por muchos años, entre las neuronas y el corazón. Así que, sin pensarlo un segundo siquiera, abrí la portezuela del auto y me fui con ellos al lugar convenido, agazapada en el asiento trasero. El auto se estremecía por la altisonancia de las palabras. Cuando calculé el lugar de barrancos a los lados de la carretera, abrí y me lancé. Rodé varios metros (no muchos, los ángeles siempre han sido buenos conmigo), mi piel se fue rasgando entre las zarzas y bellotas venenosas. Un árbol, generoso anciano, me recibió con su tronco espeso, abrazándome. Allí me quedé hasta que vinieron por mí.

Mi padre y mi hermano olvidaron sus diferencias para siempre mientras se turnaban para limpiarme las heridas y masajearme los chichones. Yo, sonreía feliz, mi corazón abarcaba toda la habitación, se salía por la ventana y se hermanaba con todos los indigentes, los enfermos, los desempleados, los sin nada; pero también con los agresivos, los inconscientes, los neuróticos, los enajenados, los asesinos, los diabólicos, los maquiavélicos, los crueles. No sabía por qué abarcaba el bien y el mal al mismo tiempo... Tal vez sean caras de una misma moneda.

Lo demás es tarea de los cuerpos

El ascensor es tan cuadrilátero gigante. Estamos esquina a esquina.
¡Si entrara un tumulto de personas y nos encimara pecho a pecho!
Lo demás es tarea de los cuerpos. Ellos sabrán frotarse para el fuego.

María Luisa Lázzaro

Venezuela, 1950

<http://www.escriitoresmerida.com/marial.htm>

marial_lazaro@cantv.net

Obra impresa individual:

Poemarios y Antologías poéticas: “**Poemas de agua**”, “**Fuego de tierra**”, “**Árbol fuerte que silba y arrasa o últimos boleros**”, “**Nanas a mi hombre para que no se duerma**”, “**Escarcha o centella, bebe conmigo**”, “**Antología de agua, fuego, árbol y ángel**”.

Novela: “**Tantos Juanes o la venganza de la sota**”, “**Habitantes de tiempo subterráneo**”

Ensayo literario: “**Viaje inverso: sacralización de la sal**”, “**La inquietud de la memoria en el caos familiar**”

Literatura infantil y juvenil: “**Marigüendi y la jaula dorada**”, “**Mamá, cuéntame un cuento que no tenga lobo**”, , “**El niño, el pichón y el ciruelo**”, , “**Parece cuento de Navidad**”, “**Para qué sirven los versos**”, “**Una mazorca soñadora**”, “**Un pajarito, una pajarita y la casualidad**”, “**La almohada muñeca**”, “**Antología de agua, fuego, árbol y ángel**”, “**El loro de la infancia**”, “**Epaminonda, entre recuerdos y olvidos**”, .

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada “**II Antología Internacional Sensibilidades**”

Autora invitada “**V Antología Internacional Sensibilidades**”

Antologías: “**Letras femeninas**”, “**Poemas Quietos**”, “**La infancia en la poesía venezolana**”, “**Flor y canto: 25 años de poesía venezolana**”, “**El cuento feminista latinoamericano**”, “**Andina**”, “**Poesía en el espejo**”, “**Escritura y desafío, narradoras venezolanas del siglo XX**”, “**Habitantes de tiempo subterráneo**”, “**Modernidad y Alteridad**”, “**Antología venezolana del poema en prosa**”, “**Coloquio Latinoamericano de Literatura**”, “**Antología de Poetas Venezolanos, nacidos entre 1930 y 1960**”, “**La poesía en Mérida**”, III y IV “**Antología Internacional Sensibilidades**”, “**Eñe, Antología Internacional de escritores en castellano**”

Integrada en el equipo creador de la novela colectiva “**La Memoria de los triángulos**”

Marial Lazzaro es uno de los exponentes más importantes de la literatura venezolana, en particular, y Latinoamericana, en general. A lo largo de su amplia trayectoria, entre otros, ha obtenido el **Premio “Alfonsina Storni”** (Argentina, 1.978), **Mención “Concurso de cuentos El Nacional”** (1.981), **Premio narrativa “APULA”** (1.983), **Premio “El cuento feminista latinoamericano”** (1.988), **Finalista Concurso de novela Planeta Latinoam. “Miguel Otero Silva”** (1.990), **Premio “Canción Inédita”**(2.000), **Premio Certámen internacional “Milena,de cartas de amor y desamor”** (2.002).

 **MARIANA**  **ESTRE**

“In-Sensibilidad”

Sentada en un sofá, con un cigarrillo que se está
consumiendo
entre sus dedos sin darle tan siquiera una bocanada...
La mirada
perdida hacia arriba, cual si buscara respuestas en el
techo, en las
paredes, en el silencio...
Vaciando la mente de todo lo que en ese momento pesa y
lacera...Vaciándose de emociones y sentimientos,
buscando... buscando
respuestas en la nada...

V Antología Internacional Sensibilidades

Cansada, harta, sin ganas de reír, ni llorar... mucho
menos de
hablar y soñar...
Piensa poéticamente: sementeras... azules...
horizontes... y
sonríe... se burla... se burla de sí misma. ¡Ingenua!
Como si los sueños logran reanimar ilusiones
ahítas, a punto de separarse
del frágil hilo que las sostiene, a punto de soltarse,
de caer, de
romperse...
Sus fantasmas aprovechan su momento de total desamparo
para
torturarlo.
Ella, presta, con una mano los detiene, los empuja,
los ahuyenta
de su lado.
Se contempla en el cristal y se pregunta:
¿Quién es ésta estúpida que me devuelve el espejo?
El cigarrillo se ha consumido por completo, le ha
quemado los
dedos, no lo siente...

Hilachas

Encendió un cigarrillo.
Se sentó en la antesala de silencios compartidos.
Lloró hombro con hombro.
Escuchó los vacíos en forma triste y callada...
Creyó escuchar su nombre por el alta-voz...
No respondió...

El reloj agonizó sus últimos segundos.
El sueño y la pesadilla habían concluido.
Todo perdió sentido ante sus ojos, y sin embargo,
habría que continuar... sonreír... restañar heridas ajenas...
como
si nada...

Cada vez que intentaba alcanzar el horizonte, éste se alejaba.
Comprendió al fin, que jamás lo lograría.
Y aquel sueño, se fue desvaneciendo lentamente...
De nuevo, una vieja lágrima, tímida, silenciosa,
recorría con
discreción su rostro, era su último recorrido a pesar
de que las
ilusiones se astillaron...
¿El dolor?... Ya ni siquiera existía...
Y empatando una vez más el día con la noche, siendo pillada
de nuevo por el alba, se preguntó:
¿Qué tanto valía la pena morir un poquito cada día en
aquel
lugar?

Imposible aceptar el papel del libreto.
No sirvo para actriz.
Tampoco podré asistir al estreno de tu obra.
Por si no me conoces:
Nunca he sido parte de las farsas,
ni aplaudidora de las mismas.

Indiferencia

Vuelven los fantasmas,
aquellos que no reflejan los espejos.

Danzas nocturnas
mágicas,
alegres,
tristes.

Conjuros de todos tipos:
ángeles...
demonios...
pasado..,
presente.

Avalancha de recuerdos:
batallas perdidas...
¡Guerra ganada!

Los recorro
y los despido
uno a uno
lentamente...
¡Huyen!

Miro alrededor:
en el jardín hay aromas extraños...
Sombras...
Luz.

Cierro los ojos
cediendo indiferente al sueño.

Fuga

Cual rosario de misterios dolorosos:
hoy retornan.

Los recorro uno a uno.
Se apoderan de mi mente.
Amenazas nocturnas.

Descomunal danza de sombras:
fantasmas...
miedos...

Cual gacela escapo del lecho
en mitad de la noche.

Enciendo las velas,
(un viento frío las apaga inclemente...)

Abro la ventana,
no hay estrellas ni luna...

Imperceptible,
me escondo entre los versos;
y entre un café cargado
y música estridente
el alba, -una vez más-,
me ha encontrado
aturdiendo los sentidos...

Desnudos

Desnudos,
desnudos se quedaron los sueños ante tus ojos

Los recorres lentamente,
los estudias con cuidado
entre ascos e ilusiones.

Enmudeces...
Un nudo se te atora en la garganta
impidiendo sacar el grito
y recobrar aliento...

Te ahogas
entre el calor de los títeres
que iluminan las farsas insomnes.

Pero callas, y sonríes...
Y acaricias...
y besas...
ocultando desencantos.

Mariana Mestre

México, 1959

id_mariana@yahoo.com

Participación en publicaciones colectivas:

Autora invitada “**V Antología Internacional Sensibilidades**”

“**II Antología Internacional Sensibilidades**”

“**III Antología Internacional Sensibilidades**”

“**IV Antología Internacional Sensibilidades**”



El bebedor

(a Claude Tardif)

Una nota sonora acompaña el gesto preciso que libera al tapón de su cintura esmeralda. Vapores y aromas apresados invaden la sala con elixires profanos. Olfateas con técnica apurada y das tu primer veredicto, inspeccionada la huella rojo-sangre del corcho, sobre el crudo que me ofreces. Te acercas al cuello con delicadeza y, sin rozarlo con la nariz, sigues el análisis de maestro catador. Invitas a la botella a una danza sutil que la voltea amorosamente y, con un giro tanguero de la muñeca, le robas las primeras lágrimas. La copa de cristal cincelada espera la visita, paciente.

Apenas la llenas de líquido intemporal, se retuerce y gime entre tus manos huesudas que la acarician levemente. A ritmo de sus caderas, su contenido recoge el oxígeno del aire y levanta olas de fragancias. Llega tu beso a sus labios transparentes y te llena la boca de misterios de años y roble. Corazón en vilo. Silencio que se rompe inesperadamente con los vaivenes del líquido entre tus carrillos y el trago que se desliza como torrente por tu garganta. El aire se queda quieto hasta que el resuello de tus palabras lo quiebran con elogios de frutas del bosque y de maderas nobles.

Entonces, lánguidamente, viertes en mi copa el sabor de tu cultura ancestral y el aroma de los bosques donde te gusta perderte y bebemos, mano a mano, todos tus suspiros y todas mis melancolías.

Acuarela de verano

Un rayo de sol y la punta de una nube me han bastado para colorear el cielo. Una rama de romero verde para figurar un bosque frondoso donde perderse. La lágrima de una mariposa libre me ha servido para trazar un río que, serpenteado entre musgos y brotes de hierba tierna, se sale casi de la hoja. Un poco de tiza olvidada en la pizarra del cuarto de los niños, blanquea una aldea que sestea.

Una gota de agua azul se ha escapado del vaso, se desliza por el pincel y es ahora mar inmenso por donde navega una barquichuela de juncos ocres. Pedí prestado un guijarro solitario al monte y ahora es una isla distante, sin sombra de palmeras.

*Descongelé los cubitos de tus silencios
guardados en la nevera.*

*Así, no me sorprenderán tus palabras de adiós
ni se precipitará el crudo invierno en el cuadro.*

*A cada una de tus indiferencias,
les puse música de colores:*

*ya no atormenten las antiguas penas de amor
mecidas por adagios melancólicos...*

Ya ves. Pincelada a pincelada, acabo la obra y firmo el lienzo. Te ofrezco esta acuarela en tonos de olvido: un paisaje de verano y de luz.

De mi otoño a tus lluvias

(a A. A. B.)

*"Rain has fallen all the day
O, come among the laden trees.
The leaves lie thick upon the way
Of memories." (James Joyce : "Poesías completas")*

Poseo recuerdos que queman como ascuas.

Recuerdos de octubres cálidos y aterciopelados. El otoño ofrecía entonces su amarillo a los macizos y desnudaba las ramas a los robles rumbosos cuyas hojas, oro y cobre, tapizaban los caminos.

A menudo recuerdo aquellas horas gratas de cuando el bosque me hablaba... De cuando el cielo gimoteaba sobre mi impermeable y transformaba gotas de lluvia en perlas del edén que mi pelo mojado sorbía insaciable.

A menudo recuerdo tu brazo sobre mis hombros como una corona victoriosa de laureles aromáticos. Como una segunda piel hermanada a la mía cuyo olor se fundía con el olor de la tierra, acidulado y penetrante.

Bañada por la melancolía de la tarde que se desvanece me acordaré siempre de los instantes de ternura, indiferente a cuanto pasa y te hablaré en voz baja, sin importarme el qué dirán, cada vez que retome el paseo hacia los árboles.

Cobijada por la paz profunda del tilo amigo, el corazón rebosante de adagios de nostalgia y los ojos perdidos en la lejanía, evocaré tu rostro sonriéndome bajo la llovizna.

Y bajo ese tilo mecido por los fantasmas que arrastra el viento y que vela su alma dormida, en medio de las hojas pardas que visten los parterres de su morada, con mis manos cargadas de palabras de amor, te sajaré las heridas que te hicieran las penas y extirparé soles de donde ahora sólo habitan las tinieblas.

Poseo recuerdos que queman como ascuas
y que aplacan su sed
en los aguaceros de mi alma...

Yo no soy

Yo no soy el frío...

El frío es tan sólo un aliado
para prevenirme de tu hoguera
que amenaza con llama vivaz
mis rastros de otras cosechas.

Yo no soy la noche...

La noche es tan sólo una mansión
para esconderme de tus furores
que activan con su premura
mis recuerdos de otros brazos...

Yo no soy el llanto...

El llanto es sólo el maquillaje
que perfila mis ojos azules
con lápiz carbonilla- aflicción
y sombra dolencia-amoratada...

Yo no soy el olvido...

El olvido es un espejo leal
donde tu imagen se desdibuja
y se derrama por las esquirlas
agrietas de mi cristal nebuloso...

**Pero sí soy el frío de tu temblor
la noche de tu cuadro al óleo
el llanto de tu balada nostálgica
y el olvido que enardeces a gritos...**

Réquiem... para un amor solitario

(para A. A. B)

Monstruosas furias agazapadas en el silencio,
veloz crepitar de juventudes en llamas,
tartamudeos imprecisos a la hora de las oraciones
sin que campana alguna interrumpa el retintín
de sus solitarias letanías a los amores difuntos.

*Ninguna voz llorará al compás de mi propia voz.
Nadie encenderá el cirio en mi último viaje hacia el frío...*

Palidez de la frente cuando el sudario níveo la cubra.
Palidez de las flores y en los pensamientos secretos, palidez.
Cada atardecer que llega cierra otro balcón
a los besos prisioneros en un pecho que se apaga lentamente
y a las manos que se obstinan en asirse a la esperanza hasta el final.

*Ningún abrazo acunará mi mundo que se desmigaja.
Nadie susurrará al violín mi plañido de dolor...*

Cuando el sueño eterno me recubra de siemprevivas,
la voz del crepúsculo, triste, invadirá las riberas de mi mar.
Sin dolor ya en mis carnes y vestida de olas,
bañaré tus pies que dormitan mañanas que no llegan
y diluiré las sombras del recuerdo para que no te habiten.

*Ninguna gaviota acompañará mi vuelo hacia tu olvido.
Nadie, con su aliento, te soplará al oído el eco de mi coraje.*

Cuando la muerte llegue en convidada sorpresa,
como el hada que se olvida en cada real banquete
entonces, enlazaré mis brazos alrededor de mis hombros,
me cogeré de la mano y caminaré, libre al fin,
hacia nuestras largas tardes de invierno.

Qué quieren de mí los niños

¿Qué quieren de mí los niños cuando me miran ávidamente dentro del aula?

Los contemplo con uno deje de tristeza porque no saben aún hacia dónde van con esa hambre de viento, con esa sed de camino y con esos sueños de arco iris.

Aguijada por los cuatro costados, quisiera gritarles:

- ¡Caminad libres! Amad... Grafitad las paredes de vuestros universos con la palabra SABIDURIA. Romped, si es preciso, con este mundo hasta descubrir una tierra impúber, un horizonte hermanado con vuestra imagen de ternura...

No tener sueños es igual que fenecer.

Marisa Bermúdez Malagón

España, 1955

<http://www.angelfire.com/ak/sarima/mbermud2@pie.xtec.es>

Obra impresa individual:
“Monólogos de la casada”

Participación en publicaciones colectivas:
Autora invitada **“II Antología Internacional Sensibilidades”**
“Callejón de Palabras”
“I Antología Internacional Sensibilidades”
“III Antología Internacional Sensibilidades”
“IV Antología Internacional Sensibilidades”
Autora invitada **“V Antología Internacional Sensibilidades”**

OPHIR ALVÁREZ

Marisma

Los meandros de mis ganas desembocan
más allá de epidermis o distancias:

me bifurcan

me conducen

me erosionan

me desvelan

Percibo el lento andar, las grietas que demuelen,
la sangre que golpea transmutando detritus en sinergia.

Circunvoluciones crueles las de ésta tarde propia cargada de deseos.
Soliloquios mudos que brincan, impulsándome a tu ciénaga.
Dudas a merced de sueños; marionetas y estampidas.
Ecos de un sin fin de antojos que se abandonan al delta.
Estigma en veloz galope que a su paso doma épocas;
suplicados argumentos, mandalas de ayer y siempre,
rincones de sed y bríos que conducen a tu lengua...

Los meandros de mi carne desembocan:
impaciencia.

Ítaca

Mi denso errar
ha de llevarme
a Itaca.

No en vano,
la diatriba de un clamor
danza fiera aquí en el pecho:

¡Vuelve!

Reverbera un eco lánguido
y mi barco ya zozobra;
no sucumbo,
sólo caen desventuras y
leyendas...

¡Vuelvo!

Tu ribera me hace barro,
me hace greda, fango dócil.

¿Serás torno?

¿Alfarero...?

"Tri-ángulo"

Lo escaleno de mi triángulo me gobierna.
Todo es distinto, nada afín,
sólo un vértice y Tales que redunda
en paralelos.

Un mundo, dos, más.
Fango entre mis manos.
Figuras que hago,
que arruino,
que sustento.

Dibujos lacónicos delirados,
bordados de quimeras.

Presencias en esbozos, -en susurros-,
convergiendo un mismo tiempo.

Geometría no analítica empeñada
en dar respuestas.
Y una suma que esclaviza -que domina-
advirtiendo conjunciones y hasta nexos

(En rincones agudos refugiaré mi obra,
desharé vínculos imposibles,
sólo rectas quiero construir)

Metamorfosis

Salpicada de utopías
y de miedos mudos
se pierde en los resquicios de la tarde,
diluye pensamientos en promesas,
se sumerge en las arenas del desierto
y anda.

A solas rebusca:
se zambulle, se estremece,
se ensortija...
y entre sístoles y diástoles
depura sangre vicio
con sensaciones nuevas,
exuda naufragios y reveses;
y lágrimas y amores...

Evoca la teoría,
la descarta,
y hinchida de universo
se acurruca en los confines de
sus párpados, destiñendo las creencias
que se extinguen a su andar.

*(Hay una oruga en nacimiento
que recién emerge de su pupa
e invertebrada, emprende vuelo)*

*(No has de tocarla
sólo así remozará sus alas)*

Inevitable

Colgada del trapecio de tus ojos,
me lanzo inerme a sus profundidades.

Navego en el tiempo y su vorágine,
irrumpo en lo perfecto de tu pecho
y con la calma ancestral de los cometas,
me mojo en los rincones de tu boca,
esa boca, insondable manantial, pócima cruel,
que esclaviza y que me embriaga.

Transida, imploro hasta Adrastea
la mejor de su ardides.
Caigo.

Una y otra vez cabalgo fiera
la candela de la sangre.
Vibro.

He de temblar, ¿cómo no hacerlo?

Columpio anhelos y furias
en la concavidad de tu espalda,
esparzo piecitas de relojes
en párpados, pestañas
y salpicada de desvelos,
me yergo inevitable sobre caderas,
pies, orgasmos.

(La Ninfa escuchó mi súplica:
imperioso ahora el desenlace)

Evolución

Vertebrada
percibo las voces de cada uno de mis huesos.
Oigo el rumor:
quejido sin tiempo que recuerda, que promueve;
no hay escrúpulos.
Angustias aliñadas de tormentos, aliteraciones viles,
melindrosas dudas.
Pálidas imágenes suplicando sangre limpia o quizás,
solo el fluir de aquella añeja.

Mustias audacias subsistiendo.
Epidermis, caparazón;
avestruz que emerge
y pica ausencias...

Hienas dichosas al desgarrar mi cuero.
Ecos de fauces grotescas -que acusan y azotan- cual verdugo cercenado
y un qué ocurrió adosado a jirones de piel mal tatuada
donde pende el lastre de esos sueños de ayer
hoy manchados de inquina y vestidos al bies...

(Transmutaría en ameba con tal de no escuchar
el susurro de lo cierto:
invertebrada)

Ophir Alviárez

Venezuela, 1970

ophir_alviarez@yahoo.com

Obra impresa individual:
“Escaleno el triángulo”

Participación en publicaciones colectivas:
Autora invitada “V Antología Internacional Sensibilidades”
“II Antología de la Asoc. Casildense de Escritores”

RICARDO **IRIBARREN**

La levedad del General

Aquella mañana de julio de 1948, el General Juan Domingo Perón convocó a los miembros de la producción en el salón principal de la Unión Industrial Argentina. Los mozos de la confitería El Molino sirvieron un delicioso refrigerio con canapés agridulces; el Jefe de Estado insistió en acompañarlos con mate en vez del clásico champaña que sugiriera la Comisión de Protocolo Presidencial. Los representantes de la industria escucharon con atención su charla amena y tranquila, mientras el sol de invierno entraba por el ventanal que daba al sur de la ciudad. Desde el rincón norte del cuarto, el equipo de Sucesos Argentinos filmaba la histórica reunión utilizando spots a queroseno. El Líder explicó a los presentes el

trato que merecían los obreros: los patrones debían frecuentar las modestas viviendas de sus empleados, acariciar y besar a sus hijos y visitar castamente a sus esposas, durante las ausencias diarias de los trabajadores. En fechas claves como el 1° de Mayo, o el 17 de Octubre, los agasajarían con ricos asados, y con palmadas en la espalda, aprovechando para frotar con disimulo los puntos de sumisión que estableciera un viejo médico chino radicado en Buenos Aires. Asimismo, los industriales, de tanto en tanto, besarían con unción las mejillas de sus obreros, noblemente traspiradas por el trabajo honesto.

De pronto, el General sin dejar sus palabras despreocupadas y su sonrisa plácida flotó a pocos centímetros de su silla y siguió elevándose. El director de cámaras de Sucesos Argentinos dio órdenes febriles al operador para que continúe rodando. En tanto, el Presidente seguía explicando la importancia de mantener las mejores relaciones con los asalariados; desarrollaba la teoría por la cual los gremios eran la columna vertebral del peronismo y los obreros la médula. Ya en el aire, por encima de la mesa, cruzó una pierna sobre la otra. Después del primer momento de estupor, los representantes de la industria del vidrio y de la madera, lo tomaron de los tobillos e intentaron tirar hacia abajo, pero era tal la fuerza con que el líder ascendía que los arrastró consigo. A su vez, los representantes de las industrias químicas y metalúrgicas tomaron a sus colegas, pero fueron levantados por la fuerza de Perón que seguía hablando con voz pausada; de tanto en tanto, acariciaba las cabezas de los que estaban cerca suyo. Algunos técnicos de Sucesos Argentinos intentaron ayudar, pero fueron severamente amonestados por su director que procuraba la filmación más fiel posible.

En tanto, al ver aquello, el amanuense se comunicó a la quinta de Olivos y llamó a la compañera Evita, quien no tardó en llegar al salón llevada por el veloz automóvil presidencial. En tanto, el general había llegado al techo y rebotaba contra el cielo raso como un globo de helio. Las cámaras de Sucesos Argentinos se volvieron hacia la Abanderada de los Humildes y tomaron un primer plano de su hermoso rostro; ella, al ver a su águila flotando, pasó del asombro al fastidio y a la furia. Su voz resonó en medio de los industriales. *¡Juan! ¿Qué carajo estás haciendo ahí arriba con esos señores?*

¡Haceme el favor de bajar! El General Perón al escuchar la voz de su compañera, se interrumpió y su cuerpo bajó varios centímetros. ¡Te digo que bajas de una vez...! Obedeciendo la voz firme de su amada, el presidente cayó de golpe sobre la mesa, y quienes seguían abrazados a sus tobillos, sufrieron lesiones importantes en sus cabezas y en sus miembros. La compañera Eva llamó a su cuerpo de enfermería privado y cantando con dulce voz, los curó uno por uno. Después se volvió hacia Perón y dijo sus memorables palabras: Recuerda bien este momento, Juan. Recuerda que cuando un hombre vuela demasiado, la mujer siempre lo hace bajar, ya sea suave o súbitamente. El águila siempre necesita un ancla, sino su afán de elevarse puede llevarla a perderse entre las nubes. Y recuerda también que "mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar". El vuelo te lleva a decir y prometer; es necesario estar en el llano, en la tierra para ejercitar la escultura del hacer y del realizar.

El resplandor de la víctima

En la época de Perón hubo en las calles de Buenos Aires un feroz asesino de mujeres. Se dedicaba a matar prostitutas y en aquel momento por su saña y ferocidad, se lo comparaba con Jack el Destripador. La Asociación de Mujeres Peronistas, formada por Evita le pidió a la Abanderada de los Humildes que intervenga personalmente en la aprehensión del asesino. Ella, luego de profundas y serenas reflexiones decidió vestirse de prostituta a fin de atraparlo. Estrenó un vestido laminado que ajustaba su precioso cuerpo, generando una sensualidad sin límites. Siempre a través de contactos secretos de sus hombres de confianza, Evita trazó una calle para ella, en la que se ofrecía haciendo asomar su hermosa pierna por el tajo de su falda. Para disimular su identidad usó una hermosa peluca negra y rizada. El resultado fue devastador. De los cien barrios porteños llegaron bigotitos de catorce líneas, sobretodos de catorce ojales, polainas, patillas peinadas con fijador Glostora y guantes patito... Evita se ingeniaba para rechazarlos, ya sea pidiendo un precio excesivo o simplemente negándose. Esperaba al asesino y estaba segura de reconocerlo apenas lo viera.

Quando estaba por amanecer y ya todos se habían retirado, llegó él: alto, moreno; originario de Santiago del Estero. A pesar del verano vestía un sobretodo negro que le daba un aspecto siniestro. *Sé quien eres, percanta* - dijo a Evita. Ella lo miró un momento a los ojos y luego bajó a sus manos: las vio enormes, gigantescas en relación a su cuerpo, y por ellas advirtió que se trataba del asesino. *Quién soy? Tú me dirás* - preguntó a su vez. *Eres la Abanderada de los Humildes, la Reina de los Cabecitas Negras, la dulce Evita. Ahora vendrás conmigo y yo derramaré tu sangre en la tierra. De allí brotarán las ciudades del futuro* Evita lo miró durante unos segundos. Estaba más hermosa que nunca, y una luz muy tenue rodeó todo su cuerpo. *Bien, deberemos ir. Supongo que escucharás a la tierra clamar por mi sangre.* El asesino la tomó del brazo con su mano enorme, y caminaron por la zona de Pompeya. En aquel entonces no estaba el cordón industrial sino que permanecían aún los terrenos anegados cantados por Homero Manzi. Llegaron a un descampado donde la tierra se abría redonda a la noche de verano. *Este es el lugar de mi sacrificio* - dijo Evita mientras se desabotonaba el vestido laminado y lo dejaba caer, quedando desnuda a merced del asesino. *He sabido de tus crímenes. Sé que te destacas por los detalles macabros. Sé que mutilas a tus víctimas. Que al cuerpo de una de ellas lo convertiste en una enorme cara usando sus pezones como ojos. Ahora podrás hacer lo mismo conmigo. Nadie en el país podrá decir que la Abanderada de los Humildes se ha negado al deseo de uno de sus hijos.* El hombre, por primera vez en su carrera de asesino, vaciló ante la mirada firme de Evita. Tomó su cuchillo de hoja cavada y se acercó a ella: empezaría abriendo su delicado vientre y seguiría hacia arriba hasta destrozar su esternón y su pecho. Acercó la hoja que brilló bajo la luz de la luna de verano, y en ese momento se detuvo: el mango del facón ardía en su mano. Intentó sostenerlo con la otra, pero el calor era insoportable y debió tirar el arma. Del cuerpo desnudo de Evita surgieron rayos pequeños e intensos que la hicieron parecer una virgen o una iluminada. El asesino sintió un temor reverencial y cayó de rodillas a sus pies. La Abanderada de los Humildes acarició su cabeza. *En el fondo tú también eres un Cabecita Negra, mi Cabecita Negra. Ahora vete. No matarás más mujeres y recordarás dos cosas: irás todos los días de casa al trabajo y del trabajo a casa y sabrás que Perón cumple y Evita dignifica.*

La desnudez del General

Entre sus propiedades, el General Perón tenía un piso con terraza en la zona de Retiro; aquel día, se asomó afuera y aspiró el aire de una ciudad sin polución. Buscó con la mirada la cercana estación de trenes a la que llegaban felices trabajadores de las provincias del norte, a laborar en la populosa Buenos Aires. El sol, intenso, enorme, brillaba en el gran mediodía despejado.

El General volvió a su cuarto y miró a su alrededor: el mobiliario era de fines del siglo pasado; un empleado rengu y silencioso, seguía lustrando la caoba que ya brillaba como un diamante.

De pronto, encima de una suntuosa cómoda, Perón advirtió algo blanco que se movía; al principio le pareció un insecto extraño, pero al mirarlo con atención, se vio a sí mismo en una versión de pocos centímetros, vestido con su uniforme de General. Aunque el Líder de los Trabajadores no temía al peligro, al ver aquello se sintió inquieto y retrocedió. Estuvo tentado de avisar a Asdrúbal, el mucamo, quien en ese momento le daba la espalda, pasando Brasso a una estatua de bronce, pero sintió que debía afrontar aquello, ya que no debía desmerecer su fama de ser el hombre más viril de la República. *Asdrúbal, haga el favor de irse que debo meditar* - pidió con tono amable, y el criado se retiró rápidamente sin advertir la presencia del extraño ser. Perón se acercó a él y el enano lo detuvo con un gesto. *No hay nada que temer, Juan Domingo. Soy tú mismo, y no te harías daño a ti mismo. Además, considerando mi estatura, para deshacerte de mí te bastaría aplastarme con una presión de tu pulgar y todo seguiría como está* El General sintió curiosidad. *¿A qué has venido?* -preguntó - *Vine a recordarte días pasados, años anteriores. ¿Recuerdas cuando estuviste en Italia; aquella noche en que paseaste abrazado con Benito por las riberas del Po?. Llegando al Coliseo se detuvieron a ver el amanecer y luego Benito te invitó a su casa...* Perón lo detuvo con un gesto de fastidio *No es conveniente que eso se haga público* - dijo - *Los enemigos del Justicialismo pueden usarlo en mi contra...* La figura lo interrumpió con un ademán castrense *Si te dije que soy tú mismo, con eso es suficiente: es sólo ilusión si estás pensando que hablas con alguien separado de ti. A lo que quiero lle-*

gar es al momento en que tú y Benito estaban solos en su departamento con vista a la Vía Rímini. El se quitó lentamente la ropa y quedó desnudo. Con un gesto te invitó a hacer lo mismo y tú obedeciste. ¿Recuerdas entonces la plenitud con la que mostraste tu cuerpo? ¿Recuerdas la mirada de admiración de Benito al ver tu torso atlético, tu cintura estrecha? Bien, Juan Domingo: ahora te lo ordeno: deberás salir desnudo afuera y expresar tu grito de guerra no sólo con tu voz, sino con tu cuerpo. Ahora mismo te quitarás toda la ropa frente a mí que soy tú mismo, y luego saldrás a la terraza. Los habitantes de Buenos Aires y tus Cabecitas Negras comprenderán tu gesto. Ellos te apreciarán más y quedarás en la historia como el presidente y el militar que se animó a exhibir su desnudez... El Líder de los Trabajadores se quitó entonces su ropa de paisano y cuando llegó a los calzoncillos y dejó su sexo al descubierto, la pequeña réplica de sí mismo desapareció. Entonces el General salió a la terraza, en medio del asombro de los vecinos que lo veían desde las casas cercanas y lanzó su grito de guerra: ¡Viva Perón, carajo...!

Los tres textos incluidos son fragmentos de la obra: "El ángel y las cucarachas", escritos para lo que el mismo autor define como: "una biografía imaginaria de Perón y Evita".

Ricardo Iribarren

Argentina, 1949

rik_2710@cantv.net

Participación en publicaciones colectivas:

Autor invitado "**V Antología Internacional Sensibilidades**"

"Letras de la conjura"

"La vida está aquí"

Texto seleccionado en la "**IV Antología Internacional Sensibilidades**"

SERGIO **P**ALOMO

Ausencia

Con el corazón en un estanque, las lágrimas sufridas a truenos, se hacen sombras de las raíces sin esperas. Lo profundo, lo hondo, siempre está manchado de sangre...

El tremendo hueco del pecho, las imposibles carnes, muertas de blanco, son las esquinas intransitables de cabeza, el inmenso nudo de la angustia enredada en los ojos. Por adentro del llanto, agonía sin remedio...

No hay nadie que se quiebre las sienas por tu sombra, ninguna pupila que gimiera preñada la esperanza de tus labios. Al margen de un torrente de abrazos, te mueres de escarcha, de ti...

¿Qué tengo que nadie quiere?

Pupila crujiente

A sombra de montaña se derrumban los ecos del hombre, ansias despeñadas en círculos de cobre sediento, en entrañas de hueso y tierra...

No hay mañana sin sangre en las lombrices, sin llagas ni grietas azotando las cinturas mármol. El alba huye, como un hierro que se oxida, de los ojos imposibles de verde, de las sienes dentadas con hambre y arena.

El cielo se cae de aspás y ahogo, mientras los animales que hablan acuchillan los laureles de su futuro de piedras.

Pensamientos

La esperanza muere, el instinto no.

Huir, la mejor manera de sentir que la sangre no pesa. Huir. No quiero que me ensucien el corazón con más indiferencia. ¡Quiero saberme vivo en los demás! ¡Vivo!

Muro. Nudo.

Te conformas con ser las sobras de los labios y los brazos ajenos. Te has empeñado en creer que sólo el amor engarzado con ansias de ti es el válido. Te incomodan aquellos que sólo miran para follarte.

La felicidad del resto es la cruz en tu espera que no termina.

La vida no es fácil, pero te has esforzado en hacerla imposible.

Te odias.

La pena negra, para tres voces

I

Arpas de espuma
anuncian a brotes
tu final de llanto.

¡Ay!

II

Tu hueco araña las horas
en esperas descosidas.

No.

Tu hueco es la ausencia
terrible de las noches.

No.

Tu hueco hinca sus uñas
en la sangre que huye.

¡Ay!

III

Los clarines del mar
Cuerda y arco
lloran tu eco de elefante
a coro líquido de sueño.
que punzan.

Tu corazón, llaga verde
de la pena sin fondo,
espina lejana,

Amor

anida el ansia honda

V Antología Internacional Sensibilidades

de tu soledad sin remedio.
que lastima.

No cabe esperanza para tu cariño,
ni consuelo en tus brazos para muertos.

¡Ay!

IV

Rota de llanto y esquina,
tu voz de cardo y arena
Sombra
gime la verdad espigada
insomne.
de tu pena sin descanso.

Nadie

El hombre ansía verse
en los corazones ajenos.

*(Necesidad de ancla,
realidad de acuarela)*

No hay nadie que aguante tanto,
ni certeza con raíces de elefante.

(Condena de esbozo y olvido)

Escena I

ELLO 1: Yo, contigo.
ELLO 2: Espejos de carne.
AMBOS: ¿Qué eres?

V Antología Internacional Sensibilidades

*(Los ojos cierran la tierra:
el hombre se mece de entrañas)*

ELLO 1: Sombra...

ELLO 2: Hueco...

AMBOS: ¿Por qué me diluyo?

*(Los dedos del ansia
anhelan cimientos
en la última esfera)*

AMBOS: ¡No!

(Grito)

Aislamiento

La multitud vive sin peso de agua,
aniquilando a pico de carne el sueño.

(Mi voz es sorda y opaca)

Sus metales de cien lenguas y retorno
fijan el suspiro en el hueco sin ansia.

(Mis luces sumergidas de silencio)

La gente es un río de sangre que no moja,
y mi ojo, único, sin posible cruz de eco.

Nocturno del hueco

En los rincones sin sodios ni luna, en el eco inmenso de lo oscuro, harapos de niños sin recuerdos vierten sus miedos de escarcha.

(Taladros se angustias verticales recorren nuestras raíces de insecto)

En la arista de una escalera, esperan espacios de fondo imposible o amenazas sin forma manchadas de mi carne.

(Anidamos voces enfermas en los insomnios)

Silencio de muerto grande: hueco.

Sergio Palomo Nevado

España,

<http://usuarios.lycos.es/vidavacia/>
vidavacia@yahoo.es

Participación en publicaciones colectivas:

Autor invitado "**V Antología Internacional Sensibilidades**"

Texto seleccionado en la "**IV Antología Internacional Sensibilidades**"

SONIA **R** **F**IDES

Damnificados

Me sorprendo una vez más buscándote entre la muchedumbre de los bares vacíos. Derramo una cascada, cálida e interna, sobre los butacones rojos de los cines y teatros que ya no están en pie. Empapo de talco tus huellas, perdidas por los callejones, por ver si retomo tu rumbo y siento el furioso envite de dos bocas que abrigan fríos externos.

Encuentro en mi búsqueda, el lugar apropiado que me gustaría amueblar con el eco de nuestra última conversación. Regueros de humeante café preceden mis miradas y pensamientos... huyo hasta tu casa y me imagino sentada, como tantas otras veces, frente a esa luz que sólo tú sabías imprimirle a un día cualquiera. ¡Ojalá pudieras hoy cambiarle la fisonomía a

esta revuelta tarde del otoño madrileño!... Estás a punto de rozar mi mano, cuando el estridente claxon de un utilitario verde, me saca de mi abstracción. Tenía que ser verde... ¡Qué cruel el destino! Arrancarte de mis pensamientos con el color de la esperanza, con la esperanza de éste y otros viajes a mi lado, sintiendo la caricia de tu aliento abrigando mi cuello..... El humo de mi taza de café forma una película de vaho sobre los cristales de este pequeño recinto con nombre de bolero. "Si tú me dices ven"... Pero no puedo articular palabra alguna. Mi dedo anular, que aún está prisionero por el anillo de oro blanco que compraste para mí en París, cuando aún todavía me amabas, se apresura a escribir tu nombre sobre el húmedo vapor que empaña mis ensoñaciones. Se derrumban, cuando el silbato de un guardia urbano resquebraja el sueño de encuentro. .. El camarero me mira embelesado, como tú en aquellos primeros compases de nuestra melodía. Regresa a la mesa cuando le hago un gesto con la mano para que venga con la cuenta. La trae, me sonrío, y quiero que seas tú... pero no tiene rostro el recuerdo, ni la evocación. Me pregunta si deseo tomar algo más, pero yo no contesto, ni le miro. Me anuncia su ausencia el ruido metálico de las monedas que chocan contra el platillo.

Se está haciendo muy tarde para cumplir el plan que me ha llevado hasta esta céntrica calle de Madrid. Me gustaría pensar que tú estarás ahí sujetando mi fría mano, pero sé también que, pese a que vivas a la vuelta de la esquina, habitas muy lejos.

Me sitúo ante mi punto de referencia, pero está distinto, un damnificado más de la sinrazón urbana, del desastroso alcalde de mi ciudad. ¿Por qué ha decidido precisamente esta semana levantar un muro entre los desesperados y la libertad?

Sólo me queda ya alzar el vuelo, lanzarme al vacío...

Tangos apaches

(A mi madre, por ser valiente y olvidar también los moratones de su alma.)

Tangos apaches
trenzados
en los cavernosos aposentos de una memoria
temprana y sentimental.

Sátiros que arrancan corazones y
succionan voluntades
a timoratas féminas a carboncillo.

Valentinos de saldo
con carrocerías de lujo
que liban el almíbar
de cogollos en flor.

Sátrapas indignos
que descomponen carnes
estampando puños
como relámpagos a medianoche.

Filos de navajas
invisibles para el amor
que surcan la ilusión de un arco iris
estampado
sobre velos de tul y veinte años...

Cuando llegue a ti

*"Sobre la arena trazo con mis dedos una doble línea
como señal de la infinita duración de este sueño."*

(José Ángel Valente)

Abro para ti
esta noche,
los cuartos oscuros
donde prohibida el ansia pernoctó.

Empapelo su paredes rancias
con cheques en blanco, a favor de tu manos, de tus besos de piel rosa.

Un "SÍ" dorado, mayúsculo, inhabilita mi boca para disentir del deseo.

En esta madrugada libre
olvidaré la señal de la cruz,
decaparé mis ojos de pecados escritos
por damas azul azafata.

Seré linterna audaz en busca de grutas
que alfombraré estrenando el nuevo ritmo de mi cuerpo...

Cuando llegue a ti,
no querré trovadores que glosen la batalla.

Sólo querré silencios

SÓLO ruinas

(A Julie De Grandy, por enseñarme a agitar las alas en el cielo de la poesía)

Entrañas abiertas sobre las blancas aguas
de la ciudad de ensueño,
absorbieron tus huellas en inviernos noctívagos.

Borbotones de efervescencia y azúcar
manaban de tus botas,
mientras
atravesaba mi cuerpo el enquistado agujijón de la melancolía.

Sediento,
sobre la férvida pizarra de los tejados ebrios,
humedecía mi cuerpo el delirio ámbar de tus ojos de miel.

Te anhelé acorralada contra paredes rosas,
colina arriba,
engarzada a mis manos como piedra preciosa sobre oro.

Pero sólo utopía fue tu boca.

Haz realidad mi último deseo y
prende fuego a esta metrópoli doliente
que se desploma, sin el peso de tu cuerpo...

Cuando lleve al tinte los suspiros

(Para TI)

En la mañana,
cuando haya llevado al tinte los suspiros,
tamizaré orgasmos sentimentales
atravesando sábanas festoneadas con adverbios de tiempo.

Ya no tendré tus ojos,
pero habitará su recuerdo, titilándole al porvenir,
atrapado entre días y silencios.

Suspendida sobre castillos de naipes,
trastrochará esa sonrisa tuya
que juega a terremoto con mis párpados,
reuniendo lágrimas, si pierde pie el "As" de corazones.

¿Tiene tiempos verbales el deseo?

¡Ojalá pudiera conjugar bocas y eternidades
como conjugo el predicado de tu aroma!

Sonia R. Fides

España, 1969

mariannemalivert@wanadoo.es

Participación en publicaciones colectivas:

Autor invitado "V Antología Internacional Sensibilidades"

TEXTOS SELECCIONADOS

PROSA

Índice de autores y textos de esta sección

El **Comité de selección editorial** de esta V Antología Internacional eligió, de entre los cerca de 40.000 mails remitidos al foro de **Agosto a Diciembre del 2003**, un total de **DIECISÉIS** textos, de otros tantos autores, para esta sección.

- “Dile a Celia que me escriba”* **Iris Alfonso (Cuba)**
“Nieve negra” **Walter Darío Mega (Argentina)**
“Fechas para hibernar” **Belén Pérez de Prado (Navarra)**
“Mi abuela era un cojín” **Begoña (España)**
“Grito agudo, ¿dolor, júbilo o socorro” **José Álvarez Arnal (España)**
“La próstata” **Juan A. de Román (Catalunya)**
“El estanque” **Luís A. Alcocer (España)**
“No hubo respuesta” **Francesca Garrido (España)**
“Polifonía del silencio y la voz” **M^a A. Seguí Collar (España)**
“Cuando el otoño asoma” **Tomás Martín (España)**
“El chinito” **José L. Álvarez (Uruguay-Suiza)**
“Soñando con Platero” **Pilar Moreno (España-Holanda)**
“Casta diva” **Victor Iravedra (USA)**
“La envidia” **Mercedes “Alondra” (España)**
“La noche en que salí contigo” **Laura Aracil (España)**
“Kheir, el lenguaje de los pájaros” **Xabier González (Galicia)**

DILE A CELIA QUE ME ESCRIBA

*Redimir a los que han pasado, y transformar todo 'fue' en un 'así lo quise'
- ¡sólo eso sería para mí redención!(Friedrich Nietzsche)*

Antonio se revolvió en el camastro, mientras atravesaba el sueño que lo mantuvo vivo durante tantos años: era mayo, y las frutas despedían el olor de su madurez, en la terraza en donde Celia mecía una cuna. Recostado a una baranda, un hombre aspiraba la certeza del momento, sosteniendo la ilusión con que se amasa la dicha.

Abrió los ojos y se encontró con un sábado disimulado por la rutina de la cárcel. El guardia se acercó a su celda y, al tiempo que descorría los cerrojos, hizo una irónica reverencia con su pierna derecha que Antonio ignoró. El patio se mostraba, como todos los días, repleto de hombres angostos y sin futuro. Desde una celda alejada, alguien gritaba improperios a las cucarachas.

Había llegado al penal con veinte años de reclusión por el asesinato de su esposa, pero su abogado logró reducir la condena a quince años, luego de una defensa encarnizada y brillante.

Antonio, quien desde los primeros momentos se mostró introvertido y reticente, sólo se declaró libre de culpa, sin que pudiera escuchársele otra argumentación, ni siquiera para demostrar su inocencia. En cambio con su abogado estableció un especial vínculo, que años más tardes devendría en una sólida e inusual amistad, como atenuante de la razón profesional que los hizo coincidir.

Rafael García era un talentoso abogado, en la treintena de su vida, con una salud maltrecha por las constantes obstrucciones de sus arterias coronarias, que muchas veces lo obligaba a permanecer hospitalizado, y todo el tiempo a mantenerse pendiente de medicamentos y limitaciones.

Fue asignado al caso como abogado de oficio y aún cuando su trabajo debió finalizar, luego de que los médicos determinaran su incapacidad física para proseguir con el mismo, no dejó de visitar a su defendido, por un recíproco bienestar que la amistad surgida entre ambos había logrado establecer.

Antonio sostenía criterios - acertados o equívocos - que dieron un sentido diferente a las percepciones de Rafael hasta ese momento, y que éste no se hubiera atrevido siquiera a rozar en el descanso de sus malas noches de enfermo: "*Nietzsche decía, Rafael, que el pensamiento del suicidio es un poderoso medio de consuelo; y decía, que la demencia es algo raro en los individuos. Pero en los grupos, los partidos, los pueblos, las épocas, constituye la regla.*

Esa mañana supimos que una neoplasia en fase terminal había aniquilado el cuerpo de Celia. Me condenaron por propiciarle a mi esposa la posibilidad de decidir sobre sí misma. Por regalarle el derecho de

una muerte elegida. Pero soy un asesino, un loco, por arrebatarme al puto destino su jugada a destiempo. Yo, un individuo criminalmente raro.

Recuerda a Nietzsche, amigo, porque los abogados de un criminal pocas veces son lo bastante artistas para volver a favor del reo lo que de hermosamente horrible hay en su acto.

Sólo me ha quedado un deseo insalvable de volver a saber de ella. Una especie de melancolía en el momento mismo de su muerte, como esos mensajes que se escriben en las tinieblas y que sabes que nunca llegarán a ser leídos porque desaparecerán con las primeras luces del día, o serán borrados por las aguas de un mundo al que no correspondes".

Durante mucho tiempo, todo empeño de Rafael por convencer a Antonio para que solicitara los servicios de otro abogado, se vio aniquilado por la rotunda negativa del reo. Antonio se declaró en una huelga de hambre que tan sólo quebrantó el retorno de su amigo a la defensa. No obstante, en los primeros cinco años de su condena, burlando la férrea seguridad de la cárcel, Antonio logró escapar en dos ocasiones. La primera vez regresó bajo un torrencial aguacero, ante la mirada sorprendida de todos. Entró por la puerta principal sin ofrecer resistencia alguna, disfrazando las lágrimas gracias a la providencia del mal tiempo. En su segunda fuga fue sorprendido en la baranda del puente Boca Ciega, único destino de sus huidas, según confesó más tarde a las autoridades: "sólo trataba de hacerlo a mi manera, pero no me dieron tiempo".

En esta ocasión, y a pesar de los esfuerzos de Rafael por demostrar la inconsciencia en su conducta, Antonio fue recluido en una celda de máxima seguridad, no sin antes permitírsele un alegato en su propia defensa que, por primera vez, expresó frente a todos: "*Un ser humano tiene el derecho de decidir hasta su propia muerte. Somos responsables de nuestras vidas, y los actos que de ellas se deriven deben coincidir, en mayor o menor medida, con el engranaje que la sociedad - y no el individuo propiamente dicho - dispone para su funcionamiento. Para gozar de tal privilegio, sólo debes ser un buen ciudadano, y para dejar de serlo, basta con asumir el papel que, tarde o temprano, representará el azar, en una manifestación total y absoluta de prerrogativa.*

Yo maté a Celia porque así lo habíamos decidido: éramos jóvenes y felices hasta el día fatal en que la sorpresa nos reveló que estaba enferma y sin remedio. Caminamos durante horas sin entender el porqué de una suerte así para nosotros, con un dolor indescriptible cercenándonos las palabras. Nos detuvimos junto al puente y ella asintió, con la mirada vuelta una súplica. Sólo ejecuté lo que ya el destino había escrito deliberadamente: la alcé para dejarla caer en el río de aguas infinitas.

Somos responsables y dueños de todos nuestros actos, hasta de la muerte inapelable que se nos otorga al nacer, por el mismo derecho que nos obliga a vivir cuando vale la pena estar vivo".

Una semana después de la declaración de Antonio, el cadáver de Rafael García, su abogado, fue hallado flotando en las aguas del río Boca Ciega. En el bolsillo izquierdo de su chaleco llevaba una nota indeleble: "*díle a Celia que me escriba*".

Antonio Roy terminó sus días en la cárcel, atrapado por los eslabones de una cadena que la vida quiso perpetuar, y que sólo la muerte rompió, a los ochenta y cinco años de edad, en un gesto desafiante del destino.

NIEVE GRIS

No se podía ver hacia fuera desde donde yo estaba ubicada. El tren redoblaba la marcha, y el humo quedaba detrás, junto con el Ghetto.

Yo, sola, con dieciocho años, sin conocer a nadie, y con mi familia en manos de la SS, temía, desde mi inocencia, con un destino en Austwich: las historias eran muchas y horribles, aunque me costaba creer en ellas.

La vida en el Ghetto era difícil y triste, pero nada se asemejaba a los relatos del campo. Bajé despacio del tren mirando hacia todos lados: a la izquierda, una construcción con una gran chimenea que, encendida, emanaba un hediondo humo negro; a la derecha, los distintos asentamientos donde, según decían, viviríamos hacinados; delante, los guardias: y detrás, las vías del tren y el resto de personas que habían bajado después de mí.

- Está nevando gris - dije sorprendida en voz baja

Nos ordenaron formarnos en fila. Separaron a los hombres de las mujeres y, a estas, de los niños. A menos de un metro de donde yo estaba mataron a una mujer embarazada por no querer desprenderse de su hijo; un poco más lejos, a un muchacho que se quiso escapar corriendo. Por todos lados se repetían estas escenas propias de la más terrible obra de horror que comenzaba a mostrarse ante mis ojos.

Nos hicieron desnudar. ¡Qué vergüenza me daba! Me dejé puesta la ropa interior, no podía desnudarme por completo, no quería hacerlo, no lograba entender que, con solo una palabra, me quitaran también eso, y, a pesar de mi incomprensión a sus mandatos, me dieron un golpe en la espalda, un soldado repitió la orden, y obedecí, quedando ahí, sin poder cubrirme, humillada ante los ojos de los perversos guardias que se reían de mi delgada desnudez, y, sin tener otra posibilidad más que la de permitir que me vieran y se rieran por ello, no dije nada, pues la sangre de la mujer embarazada aún teñía de rojo la nieve, y, para mí, eso era suficiente advertencia. Por miedo o por terror les permití todo, y todo hicieron, me rodearon, me tocaron, me golpearon y me volvieron a tocar; creo que no buscaban en ello satisfacción carnal, sino que lo hacían con la única intención de someterme, de degradarme, de robarme todo; más aún se rieron cuando mi himen no resistió la presión del mango de aquel cuchillo entre mis piernas, doblegándome por completo ante mi virginidad destruida.

Despojada de todo, y, ante sus risas, no pude siquiera derramar una lágrima; aunque sentí que me conducían de la mano a la mayor ignominia, el mayor ultraje... que

acepté en silencio, y que siguieron haciendo por un largo rato. Me raparon, me lastimaron aún más, y, para finalizar, uno de ellos me escupió los pechos, justo en los pezones, y, luego de jurarme que no servirían para amamantar, me ordenó volver a la fila, para después irse riendo.

Desnuda, humillada y sola, volví la vista para ver que una fila de más de doscientos niños, también desnudos, eran llevados hacia la chimenea, mientras que las madres, desde sus prisiones, exclamaban silenciosas suplicas de piedad. Los niños se transformaban en humo y las lágrimas de esas mujeres en la hiel más amarga.

A pesar del frío, recién después de largo rato nos revisaron, para separarnos en dos filas, creo, que en una iban los más fuertes, y en otra los más débiles. Recién entonces nos permitieron vestirnos, y nos condujeron a un galpón; siempre en fila, siempre custodiados por brutales guardias sin sentido de piedad.

Nos obligaron esperar de pie, y, cuando se fueron, lloré mi humillación, hasta que una anciana me consoló con un abrazo, pues todos habían visto todo; otra mujer me tomó la mano, y, otra, me acarició el rostro. Todos compartieron, entre lagrimas, mi dolor como si fuera de ellos mismos, pues me entendían a pesar de las evidentes aberraciones que ya habían sufrido.

De un golpe seco abrieron la puerta, entraron varios guardias y dos hombres de blanco, volvieron a ordenarnos que nos desvistiéramos. Esta vez ya no me costó tanto, aunque no pude evitar volver a sentirme vencida por mi desnudez, propia de la desprotección y sometimiento al que estábamos expuestos.

Otra vez en fila, y comenzaron a revisarnos la boca, para que en un balde de metal retumbara, con un replicar agudo, el choque de los dientes de oro que, a la fuerza, les quitaban a los todos: ancianos y jóvenes.

Después nos ordenaron salir, y nos formaron uno detrás del otro. El frío era inmenso, y la nieve gris continuaba inundando las calles y nuestro camino.

- La nieve no es fría - le dije a la anciana que me había abrazado dentro. Sólo una mirada de tristeza, una caricia y un rezo en voz baja que me pidió que continuara fue la respuesta que no entendí.

Caminamos lentamente hacia la chimenea, hacía frío. Nos hicieron esperar, algunos lloraban, yo, cerré los ojos y dejé que la nieve me cubriera el rostro.

- La nieve es tibia - susurré, tratando de abrigar mi cuerpo desnudo.

Pasaron varios minutos hasta que la espera terminó; y nos ordenaron que entremos, el frío se apago en calor, y nevó gris.

FECHAS PARA HIBERNAR (serie "Nadedad")

Las fechas madrugan más cada año. Desempolvan el circo de sus bombillas, y profanas, se cuelgan de cada escaparate, crucifican almas en cada farola.

Las fechas iluminan irreverentes, burlonas, el camino a los abismos del recuerdo.

Las fechas son imbuidas, se infiltran como lavativa en el calendario, se hacen las tontas y a gordo bombo y platillo ataviadas de presuntas buenas intenciones, esconden a la espalda desafectos colaterales: bullicio de monólogos internos, mesas con patas serradas, cansinos soliloquios de pies.

Mil historias se hacen paréntesis, dan un rodeo para arrastran la sombra de sus huesos a los alcantarillados, con un único deseo remanente: Hibernar mientras dura el temporal.

... se siente frente al televisor, parlanchín deslenguado. Profecía de resaca en su semblante. Las manos tiritan vacilantes antes de aferrar, de un bofetón, la botella por el gaznate y virar con velocidad de la luz su tapón. No pensar, parar, parar los ruidos. Caer junto a la catarata del chorro, repicar hielos contra las orillas de la pecera.

Un objetivo claro: No soltar al vaso niño de la mano, perseguir el escalofrío de un hormigueo, ese picazón de calor. Allá en la trasera del frente, una insultante felicidad explota con cada cohete.

Disparos indiscriminados que cruzan y atinan en su herencia de destierro. Tiene ansia de algo, sed de antes y traga, zampa litros de agua de mar.

Dos cascarones de vidrio flotan en la inmensa alfombra, su silueta vacilante canta con los cinco sin sentidos, hasta que ya sólo sus ojos cerrados sobresalen órbitas, entre los cojines del sofá.

... allá, asoma su cara en el saquito de la noche, pez globo lleno de pegajoso olvido. Aspira bises hasta los carcañales, se nubla la niebla, se amansan las luces, se ralentiza por entero y la rueda de la vida, travestida en noria, parece invitarle a subir y reír sin parar. Aproxima su pellejo a un alguien pequeñito, otro gemelo fotocopia que sin saber nadar, bucea olores de color toffee en el fuelle de su odre de papel. Se apila junto a otros desheredados en fetal encogido, caen sus párpados entre chispitas de nubes templadas.

Deben saber a chocolate, colonia y a colores de caricia, al paseo por la via en rosa que se le arrebató antes de nacer.

-Y ésta para el tiroides... ¿Os habéis lavado las manos? ¡A la mesa entonces!. Están todos allí en zapatillas, míralos. ¿No ves el inmenso hueco de su sonrisa a la cabecera de la mesa? ¿Los laterales atiborrados de ausencia de sillas? Mira, allí a la derecha, escucha el eco del discurso del mayor, las dos medianas disputando el sitio más cercana los abuelos, los pequeños tirando del mismo bollo de pan.

-Y blanca tornillo, con rayita al medio, para la tensión...

Están todos, la sopa bulle, se mastica el olor de asado en el horno.

Las bolas reflejan sonidos redondos de ayer.

-¿Dónde iba? La verde es para levantarme, no, esa ahora no, la azul... ¿para la memoria?, esa la olvido, me la salto, su color amargo seco se apalanca en la garganta, ¿la rosa? Creo que para dormir.

Hoy es una fecha especial, en su honor se tomará dos.

-Los conozco. Llamarán mañana, seguro... ¡menudos son!

Hoy daría la vida que te llevaste al elegir, cambiaría sin dudar un segundo el tiempo sin ti que tanto me resta, por volver a vestir ese traje que tanto odiaba para ir a cumplir con tu familia, a casa de tu mamá.

Hoy, pegaría saltos que darían con mi cocorota en el techo, colgaría espumillón alrededor de mi cuello y con serpentinas y villancicos, con la zambomba en mano; sería el alma de la fiesta, me los comería a besos a todos, con tal de verme paseando el camino junto a ti.

Hoy pagaría con gusto el enorme peso de tu ausencia en oro, por escuchar las reposiciones de los mismos chistes y las mismas historias, por ver al otro lado de la mesa tu inclinar de cabeza encendiendo ese cigarro en los postres con cuyo humo poder atosigar mis ojos. Hoy lo haría, te lo juro, lo haría... hoy es una fecha especial.

*Nana para mi niño,
nanita, nana,
Tú duermes, mi cariño,
mamá te abraza...*

Atareada, clareada en canas, tardecidos sus tacones, rebusca en el bolso su paciente pañuelo de hilo, el que lleva taladrado en una esquina esa despintada flor. Echa espiro en mármol, frota, exhala, frota. El viento escupe recuerdos que alborotan los bajos de su abrigo. Una de sus manos huecas acaricia en braille la superficie de su fotografía, aferra con la otra la escarcha en sus tripas.

Inútil evitar el desplome, las capas de cebolla en ella hace tiempo que secaron su deshojar.

*Nana para mi niño,
nanita, nana,
tu duermes mi cariño,
y mamá no es nada...*

MI ABUELA ERA UN COJÍN

Al final de su vida, mi abuela tenía los huesos de cristal.

La recuerdo por las tardes repantigada en sus enormes cojines inundados de colores alegres y vistosos. Algunos tenían dibujadas rosas rojas como la sangre abrazadas por la hiedra más verde y reluciente que jamás haya visto ojo alguno. Sin embargo, mis preferidos eran los cojines de los colibríes color turquesa. Sus picos amarillos y largos llenaban toda la habitación.

Y aunque decían que mi abuela andaba, yo nunca lo vi.

Por las tardes, cuando regresaba de la escuela, me acercaba despacio a su cama y me alzaba de puntillas. Colocaba el oído derecho encima de su boca para comprobar su respiración mientras observaba sus ojos cerrados. Después la daba un beso y me restregaba en su blandura. Entonces ella, abría un ojo. Sólo uno.

- ¿Te has hecho las manos? -me preguntaba-
- No abuela, son las mías. Las de siempre.
- Parecen de cera -decía-

A mi abuela le gustaba pasar horas y horas acariciando mis manos. Y yo cansada, las escondía detrás e intentaba levantarme. En ese instante, ella abría el otro ojo. Era un camión con las luces largas.

- Tu abuelo decía que cuando fueras mayor, serías pianista.
- Es una academia de maquina, abuela. No hago música, sólo escribo palabras.
- ¿Te das cuenta? Tu abuelo era un sabio.

Entonces yo le decía a todo que sí, aunque en realidad lo que quería, era salir corriendo y bajar al patio para jugar con Mariví y Carmina. Tan sólo quería eso. Pero ella, necesitaba compañía.

A veces, cuando pasaba por delante de su habitación veía los colores brillantes. Ese era el momento en que miraba a la abuela mullida y buscaba entre todos los cojines el de los colibríes turquesa. Y si los picos excesivamente largos rozaban su cuello, entonces, con un manotazo rápido retiraba el cojín procurando así que apuntasen a las paredes.

Algunas tardes jugábamos a pinto pinto y después de darme el pellizco, dejaba su mano reposando unos instantes sobre las mías. Las acariciaba despacio para que yo no lo notase. Pero la sentía. Sentía sus dedos helados sobre mis manos pintadas de bolígrafo y me gustaba.

Pero esa tarde al regresar a casa y abrir la puerta de la habitación, los cojines no brillaron. Entonces, me acerqué despacio a su cama y me puse de puntillas para comprobar su respiración, la besé y me restregué en lo mullido de su blandura. Y aunque respiraba, no abrió un ojo. Ni el otro.

Rocé sus huesudas y blancas manos, pero apenas las movió. Las di la vuelta para recorrer con mi dedo las líneas de su palma, sin embargo, ese último día la M estaba difuminada. En ese instante, mi abuela abrió un ojo. Solo uno.

- ¿Te has hecho las manos, hija?.
- No abuela, son las mías. Las de siempre.

Lo dijo bajito, apenas con aliento para rescatar una de sus manos de entre las mías y buscar bajo los cojines.

Parecen de cera dijo acariciando mis manos mientras colocaba el anillo de su boda en mi dedo corazón. Y cuando las tomó entre las suyas, yo no las escondí, ni intenté levantarme. Ni quería bajar al patio a jugar con Mariví y Carmina. Sentía sus caricias de dedos fríos y me dejaba.

Fue en ese momento cuando cerró los ojos y no volví a ver más al camión de las luces largas.

- El abuelo era sabio -dije-
- Ya lo creo, hija. Ya lo creo....

Su voz se iba apagando mientras apretaba mis manos con autoridad pero sin energía. Recobró su fuerza antigua y estiraba de ellas hacia su pecho para acariciarlas. Cada poco descansaba para volver a estirar y una vez más me acariciaba. Casi sentí el momento en que se marchó.

GRITO AGUDO, ¿dolor, júbilo o socorro?

*"La ninfa Calipso amó y retuvo junto a sí
a Ulises llegando a pensar en hacerlo inmortal"*

Sí. Ítaca existe.

Todas las preguntas sobre la Ítaca que nos vio partir, desconciertan.

¿No nos hará perder el recuerdo, las relaciones secretas?. ¿Todos los jeroglíficos esculpidos en el obelisco de nuestras existencias señalan inexorable nuestro destino? Yo creo que la vida es un laberinto, al parecer cerrado, pero existe una puerta de salida. Hay que encontrarla a pesar de los banquetes que nos ofrece la realidad. Su comida está llena de alimentos mortales. Menos mal que las estrellas marcan la dirección del viento, y podemos aprender a leer en los sueños. Soñando y soñando en el estrecho sendero de la vida cotidiana, morimos. Las ideas amorosas no tienen fronteras, pero el límite existe.

El amor está preso. ¿No habéis notado que los deseos de amar, como arenas del desierto, se amontonan en dunas de indiferencia?

Los perversos deseos de amar poseen sus razones, y los más puros, están vacíos. Todos los amores muertos esperan en el Paraíso, para que, de su sagrado silencio, nazcan racimos de jóvenes estrellas, que atrapen la lluvia de las pasiones perdidas. No volverán a ser como las de hasta ahora, serán un horizonte de luz y alegría, rechazando los amores que nacieron del error de amar sin misterio.

Yo no sé de amores turbios, pero los he deseado. No soy hombre de engaños, pero al escribir he aprendido a mentir. ¡Estoy conociendo la infidelidad de los sueños! La realidad y los sueños se mezclan. Si no quiero ver realidad, enciendo una fantasía. Resulta terrible que los sueños de amor se quemem en el infierno de lo imposible.

¿Qué deberíamos ser: estatuas o juncos? Sombras que se entrelazan y se hunden en la niebla de la locura. ¿Dónde está la frontera?

El poeta quisiera que todo fuera un sueño, y yo, que fuera realidad.

Este viento que viene de Monteperdido, nevado impoluto, acaricia mi rostro. Me dice: *"Estás siempre en la realidad y tendrás que conformarte"*. El ruido de la máquina quitanieves me confirma que es verdad: yo pertenezco a la fuerza de la realidad. ¡El exceso de fantasía enloquece; el de la realidad, también!

¡Basta!

No quiero saber si Penélope me espera en Ítaca. Ahora estoy con la bella Circe.

LA PRÓSTATA

La próstata despertó a Braulio; cada noche, bebiera poco o mucho, sobre las cuatro de la madrugada tenía que levantarse a orinar. Aquella noche con más razón, puesto que había bebido algunas cervezas de más debido a que su hijo pernoctaba en casa con su mujer, se acababan de casar y estaban allí de paso, rumbo al norte de la península. Braulio hacía tiempo que no veía a su hijo, no había podido ir a la boda, al celebrarse ésta en Canarias, lugar donde su economía y la mala salud de Angustias, su mujer, le habían privado de asistir a la boda de Paco.

Una vez se hubo aliviado, abrió la ventana del baño. Respiró el mar de Cádiz, la humedad del Atlántico adormecido en aquella noche de luna llena. Arrastrando los pies, intentando hacer el menos ruido posible se encaminaba de nuevo a su habitación cuando oyó algo, aguzó el oído y distinguió el crujir de una cama cuando una pareja está dándose un "revolcón". El sonido provenía del dormitorio de al lado, además totalmente identificado ahora al tener la luz encendida. Braulio se encontraba en un dilema: si quería volver a su cuarto no le quedaba más remedio que pasar por delante de donde se encontraba su hijo "haciendo muñequitos", eufemismo con el que Braulio siempre se refería al acto amoroso. Ahora, aparte del crujir, empezaba a oír los gemidos de su nuera, muy entrecortados, pero constantes, dejando alguna frase entrecortada, con aquel acento tan dulzón: ¡Ay mi amor! Así, así... Braulio estaba paralizado. Ni "palante ni atrás", pero de pronto siente una llamada en el bajo vientre, de la que hacía mucho tiempo que no tenía noticia, se palpa y nota su pene erecto, henchido, hinchado, como en los viejos tiempos. Sin darse cuenta, se aproxima y se asoma al quicio de la puerta de la habitación, entonces puede ver a su hijo extendido boca arriba, con la mujer sentada sobre él, dándole la espalda. No puede apartar la vista, ve como ella salta una y otra vez sobre el eje de su hijo. Braulio ve como oscilan los grandes pechos, el pelo negro enmarañado, los labios carnosos humedecidos por la lengua, las poderosas caderas ancladas sobre el hombre. Ella mantiene los ojos cerrados, cada vez va más deprisa, aunque a veces se para y permanece estática varios segundos, y así varias veces hasta que por fin inicia una cabalgada final que le lleva al orgasmo. Cuando ella para, el hijo de Braulio continúa empujando por espacio de varios segundos, hasta quedar los dos inertes. Ella no parece tener fuerzas para abandonar la postura; él le da unos cachetes suaves en el trasero.

Braulio se aparta y se pega a la pared, está muy excitado y se masturba rápidamente.

La curiosidad hace que se asome de nuevo, entonces ve a su hijo echado a un lado, como dormido, y a su nuera que se levanta para salir de la habitación. Braulio se queda petrificado, inmóvil, como si un rayo divino lo hubiera convertido en estatua. Al pasar junto a él ella no parece inmutarse, le mira fijamente y le guiña un ojo, antes de meterse en el cuarto de baño.

Braulio vuelve a su habitación, muy azorado intenta deslizarse lo más sigilosamente posible; cuando ya está en posición su mujer rueda y lo abraza, al hacerlo nota la humedad en el pijama de Braulio.

-Deberías ir al urólogo-dice ella- a que te mirara esa próstata. Casi te lo has hecho todo encima.

-Sí, cariño.

LUIS ALFREDO ALCOCER (Madrid) fatuorloxvi@yahoo.com

EL ESTANQUE

" ¡Cuánto tiempo sin venir a pasear por el parque! ¡Cómo sabes hacer lo que siempre me gusta! ¡Qué bien me conoces!"

(Apretó fuertemente su brazo, mientras seguían andando).

"Cualquier otro marido se hubiera quedado en casa viendo el fútbol o en el bar con los amigos, pero tú eres distinto. ¡Para que luego diga Mamá que todos sois iguales y que la mujer casada es una esclava! Tú siempre haces lo que yo quiero. Y es porque estás muy enamorado de mí, lo cual es muy lógico, que no sabes la suerte que has tenido; mira a las mujeres de tus amigos, todas viejas y gordas, parecen mis abuelas... Y, además, unas cotillas y unas antipáticas envidiosas".

(Le cogió la cabeza y comenzó a besarle repetidamente en un oído).

"Mira, el estanque. Que tranquilidad. Aquí solos los dos. Me gustaría poder detener el tiempo eternamente".

(Él solo tuvo que empujarla. El ruido del cuerpo contra el agua quebró levemente el silencio. Luego, un chapoteo, unos segundos y un manto de paz se extendió por el parque).

(Se dirigió hacia la salida, procurando no pisar una fila de hormigas que volvían a casa llevando auestas una cucaracha muerta)

"Todavía llevo a tiempo. Hoy gana el Madrid, seguro, y el Barsa fuera de la Copa de Europa".

NO HUBO RESPUESTA

-¿Dónde estabas?

Ni tan siquiera había cerrado la puerta de la entrada, cuando oyó la pregunta.

Silencio, no respondió.

- ¿No me oyes? ¿Dónde estabas?

El arrastrar de una silla y su sorda caída contra el piso, hicieron que ella (María) diese un pequeño respingo. Pudo sentir cómo se acercaban rápidamente unos pasos, los de él (Jorge)

Silencio, no respondió.

- ¿Has visto la hora que es?

Ella (María) continuaba al lado de la puerta. Desde el comedor apareció una figura; altiva, segura, inexpresiva, alterada, enfadada... Él (Jorge)

Con los ojos vacíos, con la mirada perdida, ella (María) miraba su voz, la voz; sin embargo a él (Jorge) no le veía.

- ¡Sabes que no me gusta que salgas de casa! Lo sabes... ¡Pero lo haces!

Gritaba al mismo tiempo que la zarandeaba. Cada vez oprimía sus brazos con más fuerza. Ella (María), le miró sonriente a los ojos, viéndole por primera vez en mucho tiempo. Con energía se deshizo de aquel abrazo inexistente, intenso y cruel. Continuó sonriendo.

- Sí, tienes razón. Es tarde, lo es. Pero es que simplemente he venido para despedirme.

Un disparo. Él (Jorge) cae lentamente mientras una mezcla de dolor y sorpresa atraviesa su rostro.

Un segundo disparo. Sonriente y feliz, cae ella (María)

Silencio, no hubo respuesta.

POLIFONÍA DEL SILENCIO Y LA VOZ

I- LA PIEDRA Y EL MAR

Siglos de abandono le dieron la calidad de la indiferencia. Compactada en gris. Brillante cuando amatista o lapislázuli. Si jade, oculta . Mate en calizas.

Ausente de sí misma. Inocente en mineralogías diseminadas para el aniquilamiento. Ni siquiera eco.

Pleamar y bajamar. Rumor en gotas. Ascenso y descenso. Intervalo.

Más, la piedra cautiva de sombra no conoce el mar.

Y el mar germina. Vedlo. Rodeando. Lamiendo. Destilando. Semen en deseo. Gotea esperma en espuma de verdes.

¡Oh cántico del agua ya nota!... umbral del latido. Besando la piedra. Viola grietas de inocencia. Fecunda. Y libera.

Encuentro en Do. La piedra se rompe.

El primer sonido.

II. La Tierra y el Viento

Roja de sangre llovida si volcán. Gris si ceniza. Parda si agrietada, Ausente de lluvias. Alba si nieve. Translaticia. Cuerpo. Manto. Receptora.

Oh quietud de tu vientre... Te rodea : en vuelo . Desliz de átomos a su paso. Breve si brisa. Danza si rumor. Longitud. Murmullo. Tal amante. Temblor. Giro. Forma hacia volumen. Ausencia y regreso.

Fundando intervalo. Tempo. Eco. Si calla amanece silencio. Melodía.

Re. Dúo.

Inicio del canto.

III- EL MUSGO Y LA CASCADA.

Verdín. Licor destilado. Sombra. Agónico anudamiento. Aferrarse en suicidio de hojas. Ni ramaje será. Ni futuro. Oculto. Rodeado ya para su propia muerte.

Desciende. Crepita. Voltereta del aire. Luminosidad en Mí. Poseyendo hueco. Cristal. Espejo. Se enarbola en espiral cantando claridades. Y ya es la Luz, la luz sola. Trío. Musgo, cascada, ritmo.

IV -EL BARRO Y EL GRANIZO.

Diluido. Fruto indirecto de argamasas. Ni siquiera propio de sí mismo. Húmedo de otros. Receptor de detritus. Más, si en huella convertido, tintinea. Anuncia rumor. Inadvertido de la melodía.

Y llega. Golpeando su rostro en salvaje caída libre. Horadando. Para renacerlo. Repique. Repique. Repique. Campana o caballo. Broncíneo. Hundirá su mascarilla y la tornará esponja: cuando licue, ya derretido, en cuerpo abierto, Fa, barro, granizo, agua, cuarteto. Sonata.

V- EL LIQUEN Y LA LLUVIA

Poroso, abre en capas verdinegras hojas inverosímiles. Distante del cielo. Presagio cadavérico en agonía. Hilos cortados de vida ausente. Abortado proyecto en intento inútil. Más, lo rodean. Calado en macilento sombrío.

Si anegado ya, vuelve a la tierra.

Desprendida, alboroto de ecos, punto, intervalo, punto. Vuelca ser en cortinaje y derrama notas.

Ambos, en amoroso abrazo. Sol. En cruz de canción ya.

VI- EL ÁRBOL Y EL PÁJARO

En pie. Vertical de luz y sombra. Y rumorea. Rumorea aire, suena lluvia, sueña granizo, cascada detiene, olas protege.

Pájaros cuida.

En pie. Espera alas, admite revoloteos, duerme picos.

Vienen, ya llegan las aves. Antes de la piedra invictas al silencio. En bandadas. Abiertas a la Voz.

A través del mar, navegantes sin tierra, soñadoras del musgo, huidoras del barro, victoriosas del liquen.

Cantan.

Y el árbol responde en concierto. La.

VII- EL SILENCIO Y LA VOZ,

Do, re, mí...

Fa, sol, la,

Sí...

Danza la voz su canción antigua, atraviesa espacio.

Intervalo espera su turno.

Paso a dos. Vuelta a empezar. Memoriosos, saludan claro oscuros, se elevan, descienden, se anudan...

Contrapunto. Alfabeto.

CUANDO EL OTOÑO ASOMA

*"Carta de un hombre cualquiera,
a una mujer cualquiera que ve como
el otoño llega a su vida"*

Mira, mujer, asómate a la ventana del mundo mientras se humedece tu rostro con lágrimas de rocío. Cántale a la mañana multicolor, que viste de ocre y amarillos el llegado otoño, y ríe... no dejes de reír. Abre tus brazos al viento y gira sobre ti, hasta que el vértigo dé con tu cuerpo sobre la fresca hierba. ¿Verdad que ves con los ojos cerrados? ¿Verdad que el cielo ya no parece tan gris? ¿Verdad que a tus oídos llega un trino alegre? Yo lo escucho --también con los ojos cerrados--, y también veo: te veo tendida sobre la fresca hierba... con los ojos cerrados.

Un rayo de sol, tímido, crepúsculo de amanecida, se asoma en el horizonte: es el rayo de la esperanza, de la luz... apenas quema, sólo ilumina tu mente perturbada. ¿Te sientes mejor? ¿Te trajo la aurora el sosiego? Todo es efímero: la vida, la dicha, el placer... y hasta la ilusión muerta renace de puro efímera. ¿Ya la recordaste? Vamos, levántate y camina... camina y grítale tu alegría a la vera del sendero que te vio pasar dubitativa.

Si, ya sé que has despertado de tu sueño, que estás frente al espejo descubriendo una nueva arruga (más tuviste en el corazón, recuérdalo); que te espera un duro día; que tienes que teñirte los cabellos plateados; que ese pecho -¡ay ese pecho!- se refugia tramposo en la copa del sujetador; que esos labios ya no sienten el sabor del beso que nublabo tus sentidos. ¿No me dijiste que guardaste besos robados bajo la luz de las estrellas? ¿Qué hiciste con ellos? ¿Los malgastaste? ¿No? Desentiérralos del recuerdo, son besos "bumerán" que retornan con sabor a cita clandestina, a portal oscuro, a cine de barrio, a susurro tembloroso, a un "te quiero" emocionado.

Perfúmate con unas gotitas de nostalgia y sal a la calle, y siéntete siempre joven, deseada, coqueta, femenina... Y no te olvides de que juegas con ventaja: a mi me gustan tus cabellos plateados, las arrugas de tus párpados y la flacidez de tu pecho. Pero lo que más me gusta es tu voz, tu mirada, la caricia de tu mano, tu calor, los besos "bumerán" ... y tu paciencia para conmigo, mujer.

Tuyo afectuoso.

EL CHINITO

A mi padre...

Sólo cuando el líquido se escurre y la superficie comienza a erizarse, caigo en la cuenta de que esa bola negra y gelatinosa que aflora es la cabeza. Pese a que el rostro no se ve aún, la parte del cráneo expuesta alcanza para sacarme un peso de encima: es redondo, no en punta como el de los egipcios y el mío. Su pelambreira es tupida y lisa como la de un lobo marino. Quiero decir algo, pero el miedo de descubrir el resto del cuerpo me paraliza. Los labios de la joven matrona se mueven en vano como en una película muda. Su voz, ni ningún otro ruido humano, sería capaz de franquear la batahola que mi sangre alborotada ha armado en mi cabeza, que retruena como el bombo del Sanctus de la *Misa criolla*.

Mi mirada se extravía sin causa en el enorme ventanal. A través del mismo veo cómo la bóveda gris, que desde hace casi un mes nos tiene sumidos en las tinieblas, comienza a resquebrajarse. Un cielo gélido pero azul al fin, se vislumbra entre las grietas. De pronto, un trozo de la bóveda se desmorona y el sol inunda la sala blanca, cegándonos a todos en el acto. Lo primero que hago cuando mi visión se restablece es buscar a Natasja, la Bolchevique, a quien el ser emergente ha relegado a un segundo plano de este cuadro esencial. Contemplo sus rodillas flexionadas, redondas y perfectas como la primera vez que las vi, hace ya diez años. En su rostro perlado de sudor destaca la sonrisa franca que siempre la ha acompañado, en las buenas y en las malas, y que, al igual que sus rodillas, ha sobrevivido a los embates despiadados del tiempo. No se queja. Soporta el dolor como siempre lo ha hecho: en silencio.

- *Pousse ! Pousse !* -grita la comadrona en tono enérgico y tierno a la vez.

Natasja cierra sus ojos de esmeralda, cuya belleza imposible sólo el titerote de Pierson ha osado desafiar, desde los confines de la galaxia. Respira hondo y empuja dos o tres veces hasta que la cabecita emerge por completo. Se escucha un "ploc" y el niño entero sale de ella como un flan que se despega del molde. Mis ojos buscan el reloj de la pared: son las tres en punto. Una hora apropiada para nacer.

La comadrona deposita el niño en una mesa acolchada. Su atención se centra en la placenta, que alza hacia el Sol como una ofrenda. Los destellos tornasolados que desprende me hacen pensar en una amatista, una medusa, un meteorito, en infinidad de objetos bellos y raros. Todo menos en una víscera humana.

- *C'est parfait !* -exclama la muchacha, y deposita la placenta en una bandeja. Vuelve la mirada hacia niño y agrega:
- *T'es bien pressé de venir au monde, hein, mon petit ange ?...*

Las maniobras que siguen son tan expeditivas que cuando quiero acordar me encuentro enfundado en una bata de cirujano, siguiendo los pasos de una enfermera vieja que ha irrumpido en la escena sin que me apercibiera. Entramos en la sala contigua, dominada por una gran pileta de acero inoxidable -me recuerda a los bebederos de mi escuela- llena de agua en movimiento. Advierto con espanto que la mujer me hace señas para que tome en brazos ese ente brillante y morado como un pulpo hervido. Pretende que sea yo quien le dé su primer baño. Por más que soy conciente de que se trata del momento más solemne de mi vida, no puedo evitar sentir asco al primer contacto con esa piel lisa y traslúcida como el vientre de los sapos que operaba cuando era niño. Hago de tripas corazón y remuevo un instante al niño en el agua -lo mínimo para cumplir con el ritual- antes de devolvérselo a la enfermera, arguyendo que se me puede escapar de las manos. La estupefacción de su rostro me india que ha adivinado mi vergonzante intención. Una doctora joven se une a nosotros. Entre ambas secan al niño, le aspiran el líquido de los pulmones y lo auscultan. Su piel se ha vuelto rosada y los cachetes se le han encendido como dos manzanas rojas. Ahora sí parece un niño de verdad.

Pese a que no me identifico con él -parece un chino por donde quiera que se lo mire, hasta tiene la característica mancha morada en la región lumbar- me han venido una ganas locas de apretarlo contra mi pecho, de escuchar el latido de su corazoncito, de besarlo y acariciarlo, de sentir su respiración en mi nariz. Pero nadie me lo ofrece, y yo no me atrevo a solicitarlo. Es mi justo castigo.

Cuando salgo ya es de noche y se ha puesto a nevar. La pesada puerta de madera se cierra sola detrás mío, silenciosa e inexpresiva como todo en esta tierra austera a la que he venido a parar. Me da la sensación de que han pasado años desde que crucé, en sentido inverso, el umbral de la Maternidad. Procuero ubicar con la mirada el coche, pero el manto de nieve que cubre los coches los ha vuelto irreconocibles. Recorro el parking con la nieve hasta las rodillas, en busca de mi vehículo. Cuando por fin lo encuentro y entro en él, constato que mis pies son dos bloques de hielo. No me fastidia demasiado, pues, al parecer, mi melancolía congénita se ha congelado también. La imagen del chinito se ha implantado en mi mente y no parece tener intención de partir. Tampoco me molesta. En realidad, me parece que lo he empezado a extrañar.

Al llegar a mi casa pongo un pescado a freír y me froto las manos de regocijo: me excita la idea de cenar en la cocina y solo, como en los viejos tiempos de soltería, idos, ahora sí, para siempre. Pero la nostalgia no tarda en presentarse y monopolizar mi pequeña fiesta. No recuerdo haber percibido nunca, de manera

tan clara y tan intensa, la lejanía de mis amigos de toda la vida, de mi viejo barrio, de mi pobre patria en ruinas...

Me encamino hacia el fogón para dar vuelta el pescado, pero el olor que emerge de la sartén me detiene como un muro invisible. Percibo, por el rabillo del ojo, un reflejo en la puerta reluciente del horno que acapara mi atención. No es la imagen del seductor en reserva con la que estoy acostumbrado lidiar cada día en el espejo. En ésta hay una pieza que no encaja, una pieza que, sin embargo, me resulta familiar. Me acerco con cautela, conocedor de lo ariscas que son estas apariciones. No cabe duda de que el hombre que me mira desde el interior oscuro del horno soy yo. Lo extraño es que el reflejo lleva un paño de cocina blanco alrededor de la cintura, mientras que el mío es a rayas verdes y amarillas. Además, su rostro no está de continuo ajustándose -como el mío- en busca del semblante más favorable. Pero lo más curioso es que me mira como si fuese él el sorprendido. Avanzo otro paso y entonces sí lo reconozco: es mi padre.

-¿Estás ahí? -le pregunto.

El olor me indica que el pescado se está quemando. Venzo con dificultad la fuerza que me frena y aparto la sartén del fuego. Cuando vuelvo a mi puesto de observación estoy seguro de que la aparición se ha ido. Pero me equivoqué: mi padre sigue ahí, bien instalado en mi rostro.

-¿Sos vos, papí? -le pregunto-. ¡Por Dios, viejo, contestame!... ¡Dame una prueba de que de veras estás ahí!...

Mi padre no me contesta, pero tampoco se escabulle en cuanto lo interpele, como lo hace de manera invariable en este tipo de ocasiones. Quizá esta vez ha venido para quedarse... O, a lo mejor, como tantas veces lo he pensado, nunca se ha ido del todo... Extiendo el paño de cocina sobre el encimero, abro una botella de cerveza y me siento a cenar sin sacarle la vista de encima a la figura del horno.

La melancolía que no vuelve; el olor a pescado frito, que llega cargado de imágenes del pasado; la mirada de mi padre que se instala en la mía... Es como si mis cinco sentidos -que yo consideraba atrofiados para siempre- estuvieran despertándose de un prolongado letargo. El mundo, "mi" mundo, que un buen día se puso en blanco y negro, ha vuelto a ser en colores. Es más lindo de lo que lo recordaba.

-Esto es obra del chinito... -le digo a mi padre-, ¿o acaso estarán confabulados, ustedes dos?...

Hago un esfuerzo por recordar el momento exacto en que se detuvo este engranaje de mi cabeza que ahora, como por milagro, se ha puesto de nuevo a funcionar.

SOÑANDO CON PLATERO

Cerca de casa hay un potrillo que sueña con conocer a Platero, ese burrito pequeño, aterciopelado y blando. Cada vez que salía a pasear me encontraba con él, marrón chocolate y azabache - también - en la mirada. Se me acercaba curioso, algo tímido y un puntito asustadizo, pero la curiosidad ganaba y dejaba la protección de su madre que, con cara indulgente, seguía atenta las cabriolas de su retoño. Pronto se acostumbró a mi voz cuando le llamaba para darle golosinas, y ahora, nada más verme aparecer, se acerca hasta mí con un torpe trotecillo de sus todavía débiles piernas. Empecé a sentir una ternura especial por aquel pequeño, que en un rectángulo de tierra acordonada, estaba destinado a ir viendo pasar los días, sólo con la compañía de su madre, sin compañeros de juegos, desafiando el tiempo - la mayoría de los días desapacibles - y con la amenaza del invierno.

Me acostumbré a saludarle. A decirle palabras para que sintiera el sonido de mi voz. Acudía presuroso, como un niño a la espera de su recompensa, y, como si pudiera comprenderme, le empecé a contar historias. Le hablé de otros campos donde el sol siempre hace más verde el verde de los prados, de otros espacios amplios y libres, de otros aires, del olor del mar, de la música de las cigarras, de pueblos pequeños y blancos. Le hice el confidente de mis recuerdos y nostalgias. También le hablé de ese borriquillo, peludo y suave, que, como él, siempre se dejaba acariciar, un borriquito dulce y soñador. Día tras día, mientras el tiempo nos dejaba, fui hablándole de aquel que podría haber sido su amigo. De su vida, de sus andanzas, de sus correrías por los campos andaluces llenos de flores, de paisajes luminosos, de noches increíbles de estrellas, de sus momentos alegres y tristes, tiernos, pero no quise hablarle de su muerte...no. Durante todo el verano no faltamos a nuestros encuentros. ¡Qué deseadas me parecían entonces aquellas escenas que desfilaban ante mis ojos!: Juegos al anochecer, El canario vuela, La carretilla, La arrulladora, Alegría, Los Reyes Magos, y más. En todas aparecía Platero, peludo, suave, sonriente o melancólico, por los campos y caminos del sur.

Era la ilusión de una cita concertada: la excitación del esperado momento, el contento del reconocimiento, la confianza de la amistad y, tras los saludos, seguir narrando una aventura más a mi pequeño amigo, hasta que llegaba cada despedida. Era dolorosa y siempre veía en la mirada del potrillo, la ilusión del sueño, y ese sentimiento de añoranza que yo conozco tan bien.

CASTA DIVA

Para Mandy, quien tiene lo peor de un hombre, y lo peor de una mujer.

Se maquilla. Se dibuja una mueca que evoque felicidad. Una línea que rasgue más el ojo. Las pestañas necesitan ser sustituidas, por otro par nuevo, se postergan, estas funcionan. Un poco más de base para maquillaje en el cuello. Hoy, el seno derecho no quiere levantar bien, el rizo, sobre el ojo izquierdo no tiene gracia, todo el cuerpo lo siente denso, como si la silicona se hubiera atrincherado en un solo rincón. Afuera, comienza a caer una llovizna casi helada, y las amarillentas luces de la esquina, se encienden como candilejas, anunciándole que el dominio de su elemento comienza: la noche. La parodia de una gloria fugitiva es lo que le permite vivir.

Siente algo raro, le molestan más que de costumbre, los esparadrapos que reducen su apéndice masculino, a un detalle mínimo. Como esos grandes dolores, que de tan insuperables se ignoran. Esas verdades absurdas, que por absurdas, no reducen para nada su naturaleza. Se mira en el espejo del tocador, y su rostro, nada tiene del glamour de una estrella presta a asimilar aplausos, los más acertados resortes, que le empujan a soportar el día siguiente. La imagen reflejada, es la de un niño, que recoge piedras de colores junto a un río. Una hermosa muchacha lo acompaña, la muchacha tiene cabellera de gitana, larga, negra...

Con un trapo en la cabeza, el niño se paseará en su habitación, sintiendo que tiene una cabellera de gitana, larga, negra...

Cualquier aguja hincada en el pecho para inflamarlo, duele menos que algún recuerdo. Pasa la mano por el espejo, para espantar los fantasmas que se han apostado en él. Toma un frasco de perfume, y expande algo del contenido por toda la médula espinal. Alguien le había dicho que la colonia en toda la médula espinal, ahuyenta dolores. Se hace tarde, tiene que salir; vestida de gloria, se esforzará en ser reina, delfín, hada, diva, diva; diva es la palabra que la salva. Tiene magia. Una magia capaz de componerlo todo, avalancha de lentejuelas, plumas, colores, hojalatas, terciopelos, teatro, público. Máscara.

Mis amigos me regalaron por mi cumpleaños un boleto para ver tu espectáculo, Casta Diva. Pensaron que me interesaría ver como te convertías en Rosita Fornés, la primera vedette cubana, y rodeada de fornidos muchachos, llegabas al escena-

rio columpiándote sobre una estrella de cartón. Nunca me han interesado las vedettes, ni mucho menos la Fornés. Cuando te ví, supe donde estribaba el secreto de tu fama. No imitabas, transformabas en materia la música.

Le tocó el turno a Maria Callas, ibas vestida de ocaso, no me importan las vedettes, pero sí las divas. Tu corona era de lata, tus diamantes de mentiras, tu entrega genuina. Allí estaba Norma, fuiste un ruego, una plegaria, una súplica....."casta diva che inargenti, queste sacre antiche... (casta diosa que con tu esplendor de plata..) Un cuerpo para el canto.

Trasasé el oropel bermellón de tus ropajes. Te descubrí herida y vulnerable. Tu orfandad me develó, el niño que sueña con cabellera de gitana. El amigo de la familia, que se brinda para llevarlo de paseo y al tomarlo de la mano la roza con su pellejo colgante, exigiendo que lo resucite con besitos, o el nombre de niña que escribe debajo de la almohada, o la mirada fija, y perdida del abuelo, porque nunca será un hombre de verdad.

Llegaste hasta mi mesa cumpleañosera. No te creí cuando tiraste de mi corbata y ofreciste el mejor regalo si te acompañaba al baño. Te pedí que te quitaras el guante de la mano izquierda. Preguntaste si iba a leerla. Se me ocurrió responder que sí. Cuando tu mano andrógina estuvo sobre la mía, mire tus ojos y nada fue suficiente para ocultar tu desamparo.

-¿ Qué puedes leer en mi mano?

- Confusión -respondí-

- No es nada nuevo.

- Lo sé.

- Soy como la Lola de Amodóvar. Tengo lo peor de un hombre y lo peor de una mujer.

Volviste a colocar el guante en su sitio. Me estampaste un beso en la frente y la huella del creyón labial, fue señal de unguimiento, por la sacerdotisa, que habías sido minutos antes. Seguiste el rocorrido por las mesas sin volverme a mirar en toda la noche. Me descongelaste tanto llanto Casta Diva. Me devolviste paisajes perdidos. Al salir del club, mis amigos me preguntaron cómo me sentía. Les respondí que estupendo. En casa, en la intimidad con quien conoce todas mis sendas, tuve que volver a responder la misma pregunta.

- ¿Cómo estás? Luces confundido.

- No, no confundido, conmovido.

- ¿Qué te ha conmovido tanto?

- La diva sin voz.

LA ENVIDIA

Una mirada es más que unos ojos. Es la ventana por la que vemos el interior de las personas, si es que sabemos mirar. Creo que aprendí a hacerlo mirando los ojos de mi padre, reclamándome cariño y ternura, o los de mi madre, siempre pidiéndome paciencia y comprensión. Sostener miradas ha sido tarea difícil. Algunas me han hecho mucho daño, porque a veces ves lo que no quisieras, y otras temes mostrarte tal como eres. Es un riesgo que se corre. Pero cuando se consigue establecer una comunicación profunda, ninguna palabra merece la pena ser pronunciada. Quiero contarte todo esto porque hoy, cuando me crucé contigo por la calle, y nuestras miradas se encontraron, volví a preguntarme por qué la vida se me muestra siempre más allá de lo que quisiera. Llevabas la misma gorra que hace dos años, cuando te vi por vez primera y, como ahora, tratabas de ocultar con ella la temprana calvicie provocada por la dichosa enfermedad. Aquel día me sorprendiste. Recuerdo que salías de una bocacalle de las que dan al mar. Tan alto, tan delgado y ese caminar cansado, apoyado en dos muletas. Ella iba a tu lado. Caminaba a tu ritmo, despacito y descansando cada dos o tres pasos. Ella era guapa, como tú lo hubieras sido si no fuera por esas ojeras que mostraban el dolor que llenaba tu cuerpo. Hacíais una bonita pareja. Recuerdo que os seguí durante un rato. Era dulce contigo y te hacía reír. Iba observando vuestra complicidad y al mismo tiempo la mirada compasiva de la mayoría de las personas que se cruzaban con vosotros. En la siguiente bocacalle os perdí. Os perdisteis hacia el mar, mientras os besabais en la boca. Aún recuerdo tu última mirada. Te envidié y tú te diste cuenta.

Por eso hoy, cuando te he visto, he vuelto a tropezarme con la injusticia de esta vida absurda. Tu cuerpo, más cansado aún, ya no se sostiene con muletas. Ahora una silla de motor te hace caminar. Tu cuerpo alto, atlético, ya casi no tiene vida. No iba contigo la chica guapa, ahora te acompaña un señor mayor, tal vez tu padre. Nos cruzamos las miradas, como hace dos años, y por unos segundos el interior de ambos se volvió a encontrar. Miré hacia otro lado porque el sentimiento de envidia que entonces me sorprendió, cuando te vi, aún feliz, se convertía, sin yo quererlo, en un sentimiento de compasión. Y me odié porque sé que lo leíste en mi mirada. Luego, pasados estos segundos mágicos, cada uno de nosotros siguió su camino.

LA NOCHE QUE SALÍ CONTIGO

Para el canalla al que le gustan los pájaros

Me falta el aliento cada vez que cortan tus ojos los aires del alba.

¿Recuerdas?

La noche se volvió caballo, y cabalgamos el alba sobre sus lomos.

La cerveza y nuestra sangre, las luces, la música, tus ojos, tus ojos.

Fuimos uno aunque nadie pudiera entenderlo. Nos faltó el tiempo y un millón de cafés con gotas; nos faltaron palabras, más chistes, más carcajadas, más reproches, más enfados, más perdones... y todo, todo lo juntamos en aquella noche.

Tu te liabas los porros con una sola mano, a mí me llegaba con olerte. Una rubia sideral te subía por la espalda, pero tus ojos le decían que esa noche ya tenías rubia. Nos perdimos en el humo y en los ritmos, nos deshicimos en el olor del tabaco y volvimos a reunirnos sobre las aceras. La música sonaba dentro, percutiendo en la piel, como para grabarse en la memoria. Alguien, que llevaba un cóctel en el agua de los ojos, nos propuso un trío. Casi nos parten la cara porque no pudimos evitar el ataque de risa. Ya sabes: en momentos así, no puedo aguantarme la ironía, supongo que fue eso, y tu forma de mirar, lo que me hizo correr de tu mano y ser perros callejeros. Nos lo bebimos todo, hasta el vapor que exudaban las paredes; todavía me queda alguna "china", que no es mía, en el bolso que llevaba aquel día. Aquella noche reunimos todas las risas. Aquella noche hicimos esperar la madrugada.

Subimos la escalera como si fuera la primera vez que coronáramos la azotea, a hurtadillas. Nunca entendí de dónde sacaste esa pericia para abrir puertas.

Madrid amanecía como siempre, con su gorra ladeada y volutas de humo sobre las terrazas, aunque Madrid ha tenido siempre una luz imprescindible, un brillo inexorable que me hace recordar la sonrisa de lo inhóspito, la ternura que se esconde en lo rebelde, la curiosidad que se extiende en lo incomprensible, porque Madrid ha sido para mí una incógnita siempre, como tú, que te muestras y te escondes al mismo tiempo, igual que un enigma sin resolver.

Me hablabas de Australia y solo nos quedaban dos pitillos, yo te sabía trastornado. El sol asomaba lánguido por los tejados, sin hambre. El ruido de los motores acudía "in crescendo" a ese lugar inconsciente del oído. Un pajarito cantó algo tímidamente y yo dije que cantaba un gorrión, pero tu dijiste que no, que era un mirlo y no me atreví a llevarle la contraria al señor de los pájaros. Porque tu siempre quisiste ser pájaro.

Te levantaste y ejerciste el suspiro más creíble que hube escuchado jamás, y con toda la determinación del mundo me dijiste:

- Voy a ser feliz.

Por alguna razón que nunca llegaré a comprender, quizá la fuerza con que lo dijiste, quizá el resplandor en tu mirada, no lo sé, te creí, a veces aún lo creo. Pero aún así no pude resistirme a la necesidad de responderte:

- Yo voy a ser.

Tu risa se perdió por los ribetes de Madrid, inflando los oxígenos de un aire nuevo, distinto, dándole una esperanza a la ciudad, entregándote a tus resoluciones con la alegría de un loco, y a mí me hizo feliz sentir tu risa por dentro, como un escalofrío, como un presentimiento.

Luego, ya sabes: la vuelta a casa, unos consejos para la resaca, los celos de la princesa y ese par de besos que siempre nos damos sin ganas, quizá porque tú y yo no nos hemos besado bien nunca, sin la abnegación y la entrega, que yo, al menos, le supongo a los besos, sin ese consumirse o acabarse en una piel para llegar más adentro, a las fronteras del alma.

Reírnos. Eso sí lo hemos hecho bien siempre, el uno en el otro, sin distracciones, sin confusiones, sabiéndonos, sin importarnos nada más que el contagio y la magia.

Antes de que te plegaras detrás de la puerta de la habitación pude oírte: tu no lo sabes, porque a veces yo te oigo cuando tu hablas para mí, aunque solo lo digas para ti mismo. Lo dijiste en voz baja, como un susurro construido para eso, para hacerse tenue, blando, y aquellas cuatro palabras penetraron en mí como la fibra de una certeza, porque si hay algo que sé, es que te pusieron en la tierra para que me dolieras como un tiro en la cabeza, como un silencio sostenido en las palabras del mundo, como una herida crónica.

Casi estaba cerrada la puerta cuando tus labios se pronunciaron:

- Voy a echarte de menos.

KHEIR, EL LENGUAJE DE LOS PÁJAROS

A mano, sin otro instrumento ni auxilio, escribí...

Escribí...

Escribí en un tiempo pasado, e incluso en este mismo presente que se me escapa de las manos, sin ansias ni necesidad de un futuro en el que "escribir"...

Hoy he buscado mis manos y las he encontrado en un rincón que ya olvidé. Sólo recuerdo que las miré de lejos, como si no fueran mías o estuviesen, amputadas, nadando en un frasco de formol.

No las sentí.

Ahora mismo, sobre la mesa, un hatillo recién liado trata de esbozar esa sonrisa tierna; algo que logre mitigar la inmediata amargura del regreso a la esencia de uno mismo... esa tristeza, no exenta de alegría, del que necesita dejar todo para volver a la tierra húmeda, a la hierba seca y la sombra de ese árbol que, sin dejar de alejarlo, acerca el horizonte como nadie lo ha hecho antes.

La última voluta del humo de ese cigarro que se apaga, consumido por apenas dos docenas de caladas, acompaña la escena; en realidad suplica una muerte rápida, que lo apaguen aplastándolo en el cenicero y lo olviden... que le dejen vivir un óbito tranquilo y merecido porque ya ha dado de sí cuanto tiene y, afortunadamente lúcido, no siente que le queden más que apagadas cenizas, sin una mínima brasa encendida, para ofrecer.

¡C'est la vie, mon ami!, así de cíclica y tenaz... unos folios apilados en el centro, con las últimas palabras que fue capaz de escribir la mano derecha mientras, como un fiel escudero sin soldada ni pan, la izquierda sujetaba el papel para evitar que, como muchos otros, se lo llevara el viento hacia países donde el "nunca" hace de pregonero para anunciar la inminente llegada del "jamás"...

Con el alma en llamas, leen mis ojos lo que mis amanuenses manos han escrito quizás, sólo quizás, para que la mente recuerde algún día lo que ella mismo ha dictado... reflexiones de cansancio, vino dulce y pastel de azúcar amargo, amarte o no ser... preguntas de trigo verde y respuestas de pan ácimo colgando como uvas en cientos de racimos impávidos, que ven como el tren de la vida pasa sin detenerse, sin que cese jamás el *tic-tac*.

Leen mis ojos para escuchar el torbellino de ideas que han escrito mis obedientes manos; suena una música de carrusel, el climax y la mística no han hecho más que empezar...

"Te dicen diestra por ser la derecha y en tu fuero interno te percibes tan torpe y dubitativa que me estremezco sólo de pensarlo. No, no es fácil vivir con la sensación a cuestras de ser, apenas, mano de obra barata; casi la misma que debe de sentir un inmigrante ilegal cuando vive, muriendo, lejos de su país y tratando desesperadamente de encontrar esa identidad propia que la "identidad colectiva" le concede desde la negativa a dársela e, hipócritamente, con la pompa y el boato necesarios para que la estética oculte la realidad tangible de la práctica.

Te dicen diestra porque estás justo al lado opuesto de aquel en que late el corazón... ellos no saben, ni se imaginan, que siempre soñaste con ser mano izquierda y tener la habilidad y la astucia de resolver las situaciones más difíciles o las relaciones más complicadas.

¡Sí, ¡lo sé!, a veces te sientes blanda, a veces dura... y hay otras en las que quisieras ser "mano de jabón" para lavar toda la ropa sucia y renacerte en la blancura de diez o doce sábanas tendidas, perezosa y resignadamente, al sol de la luna y al cielo del mar en que vuelas tus amar a-mares. Pero no sufras ni te obsesiones, nadie mejor que tú sabe leer tu palma y las otras lecturas son tan sólo una verdad a medias de la quinta parte de ti que, en contadas ocasiones, dejas asomar a la ventana y que la vean aquellos que habitan el jardín..."

Me he sentido mano tantas veces que ya he perdido la cuenta o, quizás, he decidido dejar de contar...

Y sé que se me han caído libros y amores, de las manos; que, en algún momento de la vida, los he visto como *cambiaban de mano* y, con la mano en el corazón, me he quedado mirando como mis *manos vacías* se llenaban otra vez, dejando siempre un lugar reservado a todo lo que, aún sin estar, sigue existiendo y en el que nada ha muerto porque sabe que siempre le recordarán. Y esas mismas manos, que no eran yo aunque eran mías, me las he frotado de esperanza y de frío... me las he llevado, feliz o aterrado, a la cabeza... las he pedido gratis... las he levantado para protestar y se me han congelado hasta llenarse de sabañones y, ¡como no!, las he puesto en el fuego hasta quemarme la piel...

No, no conozco nada como la palma de mis manos y, sin embargo, he llegado a comprender.

A comprender...

A escribir...

Quizás por ello y en este preciso instante me siento "*kheir*"; me percibo "*mano*", flotando libre sin un cuerpo que la ate ni la domine... sin el oficio de escribir al dictado lo que otra parte de mi decide sin preguntarme, siquiera una vez, lo que realmente necesito para vivir. Dicen que es la vida, tejedora tenaz de ciclos; se equi-

vocan, es todo más simple: *la mano que meció la pluma se ha cansado de escribir realidades que parecen sueños y se ha dormido...* ella aún no lo sabe, pero busca soñar una realidad que se pinte en el rostro y no necesite estar escrita en papel para que otros sepan que, sin serlo del todo, es feliz.

Hoy he mirado frente a a frente a mis manos...
Hoy he sabido que ninguna de ellas tiene ya nada más que añadir...

Sin embargo, queda esa leve esperanza que jamás se pierde... inscrita en noches alternas... habitante nómada, que convierte en "*tiempo de estar*" todo el tiempo del mundo que quisiera emplear en "*existir*".

Sin querer, veo una nube, que se ha detenido sin pedirle permiso al sol; en la aldea, le llaman la "*la nube de la noche*" porque se convierte en lluvia cada vez que ve amanecer. Te cuento, en cortito

Estoy...

Estoy pensando en ti y concluyendo que, en mi, hay un niño que aún no ha nacido; un niño-pajarillo aterido, agazapándose detrás de las matas y resistiéndose a asomarse al mundo porque teme ser o no ser feliz.

Estoy "*reflexionándote*" con mis pupilas, aguardando insomne la llegada del país del agua... imaginando con la piel todos los sueños que el alma no puede soñar...

Estoy escuchando tus palabras escritas como si leyera tu voz:

"Entre tu y yo, me emociona estar a tu lado compartiendo un espacio tan especial... Gracias... Así y todo, ¿sabes? pecaré de vanidosa, pero dime... ¿alguien te habrá leído con más sentimiento y mejor?. No, creo que no... es mi regalo para ti, desde el fondo de mi alma, amor mío..."

Estoy convirtiéndome en mirada, en novela escrita en el aire, en poema pintado en la tierra, en surco de espuma, en el azul de tu mar...

Estoy queriendo desnudarte al compás de un tuteo y hablarte, simbólicamente, de usted..

¿Me cree?

¿No?

¡Te lo demostraré!

La necesito a **usted** entre mis brazos
y no **te** creas que esa necesidad es algo que regale...

Te deseo, precisamente a **usted**, entre mis sábanas
y no se crea que ese desear es algo que regale...

La quiero, concretamente a **ti**, porque es mi locura...
... mis silencios
... mi vida
... ese concepto de feliz que en usted me nace
y no **se** crea que ese querer *a-mares* es algo que regale.

Escuche...

Quiero comerme **tu** piel y beberle **su** mirada,
quiero llorar contigo todas las sonrisas
que construyan nuestras tardes...
quiero querer que me quiera y no te vayas;
quiero **sus** ojos dormidos,
sus hombros desnudos,
tus pies descalzos...

La adoro a **usted** porque sólo sé rezar a ángeles,
porque tengo memoria de nuestros días
y revivo a cada instante nuestras madrugadas...

Pero, ahora mismo, **te** echo de menos
con intensidad nostálgica...

Y no te creas **tú**, ni se crea **usted**, que todo lo que acabo de decir-
te es algo que regale...

Sí, lo sé...

Estoy donde, aún siendo, no estás... atrapado
entre cajitas de alambre y buscando, para ti y para usted, el **LENGUAJE DE LOS**
PÁJAROS

TEXTOS SELECCIONADOS

P OESÍA

Índice de autores y textos de esta sección

El **Comité de selección editorial** de esta V Antología Internacional eligió, de entre los cerca de 40.000 mails remitidos al foro de **Agosto a Diciembre del 2003**, un total de **TRECE** textos, de otros tantos autores, para esta sección.

- “Algunas colecciones”* **Luis E. Prieto (España)**
“De nuestros versos desechados” **Araceli Garcia (España)**
“Sabor a incienso” **Olga Muñoz (España)**
“Sin rabia” **Carmen Amaralis (Puerto Rico)**
“Ya no vendrá más” **Marila López (España)**
“En los ojos de la serpiente” **Mary Ortí (España)**
“Quiero ser ella” **Daniela Floridia (Argentina)**
“Vestido quebrado” **Victoria Pereira (España)**
“Cuando tu voz penetre en mí” **Carlos Guerrero (España)**
“Una vez en alta mar” **F.Xavier García (México)**
“Paramnesia” **Rowena Rizo-Patrón (Perú)**
“Noche con sabor a algas” **Maria del Mar Gil (España)**
“Sin tiempo” **Luci Garcés (España)**

ALGUNAS COLECCIONES

(dedicado)

Colecciono sombrillas
para desembalar sorpresas;
susurros de verano,
fuentes sin agua,
lápices que dibujen firmamentos
con soles persistentes;
arrullos
acunados en besos imposibles,
huecos de voz
para llenarlos con tus ojos,
peces sin colores
para que me los pintes de amarillo...

Y cuando las rebase, cuando los alfileres de mi colección inanimada se rompan en conjuros de silencios de luna, saberme prisionero de miradas clandestinas, en el límite conciso de la búsqueda peremne.

(Había lluvia meona y campo, pero faltó la chimenea con fuego para alimentar rescoldos incipientes. Y las luces tenues que dibujaran aventuras en papel y alma.

Hubo nieve, miradas cómplices y complacientes, tactos robados al enigma de sentimientos difusos, difícilmente confesables, como no fuera detrás de unos ojos que chisporroteaban palabras de nubes grises.

Y las piedras que se buscaban sin encontrarse, en lugares donde las sonrisas y las anécdotas acaudalaban misterios de coca-cola y riojas elegidos)

Estoy atesorando
dudas ataviadas de silencios,
mensajes sin botellas
y sin mares,
edades de Lulú
a contrapelo de las canas
y del sexo de los ángeles.
Conjueros
de anacoreta estéril,
imposibles demandas de alquitrán
para burkas perdidos sin querer
en los recuerdos sin límite.
Niñas
con ratones sin dientes ni altavoces,
versos
olografiados entre copas,
imposibles azules...

Y cuando los rebase, cuando convenza al tiempo de que no es tiempo de
atesoros, cuando me sangren imposibles en la garganta y en las
manos, -como estigmas descubiertos-, volveré, con mi macuto y mis
zapatos, y mis grasas encubiertas de viejo burgués visionario, a
rebuscar misterios detrás de unos ojos, limpios y duros,
tremendamente evocadores.

*(La química, quizás, estuvo siempre por encima de la física.
Y la lluvia, por debajo de los besos huidos...)*

DE NUESTROS VERSOS DESECHADOS

Embozadas bajo mi piel guardo tus caricias cálidas. Arrancas de mí el agri-dulce poso de mis entrañas; trémolo profundo, fuego en mis labios, lluvia... en tu boca.

Enterrado en mí, consuelas y te entregas hasta el desenlace.

Me pierdo en tus tempestades. Pulso entresijos esotéricos y caes de nuevo en el ardiente surco: no me quedo nada, tortura exquisita, tan solo un latido... y esa niebla roja de mis sentidos.

*En el aire se mecen
integridad y locura,
flotan, a la deriva, y yo,
las absorbo en el aire...*

Sabor a clavo, exquisita especia picante. Tatuaje de pasión en el borde de tu ombligo. Ahí, como hechizo, erguida y volátil, la oscuridad me apadrina y vuelo, nihilista e innoble, corriente de placer que tu mente exalta.

Oscilo entre el reclamo de un cuerpo ardiendo sin llamas y el abatido temblor de tus ojos.

Hay una violencia obscena en el pulso de mi arteria cabal. Abismo rijoso donde libas mi veneno.

Trashumante y difusa, comparsa de suspiros, me borro, para serte húmeda envoltura.

*Somos
fragmentos invertidos,
condescendientes con nuestra
exaltación, mística y feroz.*

SABOR A INCIENSO

He pisado las hojas sepias que has puesto en el camino.
Se ha llenado de murmullos la mañana. Un gato me saluda...
Es invierno...

Despiertan rojos los arbustos. Y la hierba bebe pequeñas gotas de rocío.

Es invierno...

Tras el cristal, la lluvia amiga: esa que guarda en cada gota un nombre,
una palabra y un "se puede" azul, que deja con cuidado en las aceras.

Es invierno...

Hay bolsillos que lleno y que vacío, que revuelvo y ordeno.
Hay papeles que borro y luego leo y...,
hay lágrimas grises, con sabor a incienso.

Amanece...,

Y descubro un suave olor a musgo oculto entre las sábanas.

SIN RABIA

Sigilosa escalo montañas
para encontrar el verde fresco de tus horas.
Ansiosa traspaso los umbrales.
No presto atención al vértigo
que causan los recuerdos.
Pido al espíritu del amor
que me acompañe.
Sobre el altar espero.
Ofrezco un cáliz rebosante
donde libar en embelezo
la dicha dolorosa de la entrega .
Por la mirada se cuele un adagio
vertiéndose sobre las sombras
donde oculto cicatrices.
Los caminos se bifurcan ante el odio.
Me permito decidir,
no creo en el discurso de la rabia

YA NO VENDRÁ MÁS

Desde la ventana de la impaciencia
recuento las horas inciertas de la noche.

Murciélagos con bocas verdes
y risas irónicas,
vuelan en círculo
mientras clavan sus burlones ojos en mi.

La madrugada misteriosa
extiende su manto etéreo
ocultando el guiño titilante de las estrellas.

Entonces los pequeños gnomos
salen de sus setas de colores;
van en busca del hada,
pero el hada esta noche no ha salido,
se ha quedado tejiendo su cuarto creciente.

Ellos ríen,
me rodean y me gritan:
¡No vendrá, no vendrá nunca más!,

y yo,
con los ojos de mar llenos,
he cerrado el libro de la esperanza,
y en el arcón donde guardo
mis tristes rosas,
recuerdos nostálgicos,
y heridas de olvidos;
he dejado mi surtido de caricias.

Y en el alba,
desde la ventana de la impaciencia
recuento las horas inciertas de la noche
que se mueren en mis labios.

EN LOS OJOS DE LA SERPIENTE

De vez en cuando
me miro en los ojos de la serpiente...
para descubrir la falsedad de los sueños,
y ese frío que se me atenaza en las venas
dejándome a merced de la oscuridad.

*(Dispara... al centro del abismo,
allí donde se siente la viscosidad de una voz muerta.)*

De vez en cuando
me siento rastrera entre un firmamento sin memorias...
porque mis manos dejaron de ser amaneceres,
y este olvido de la piel encallada
me naufraga en un mar ausente y sin viento.

*(Dispara... al centro del abismo,
allí donde se sienten resbalar las palabras de un llanto.)*

De vez en cuando
me mudo el cuerpo en los deseos...
pero soy de nuevo mirada en vacío
en los ojos de la serpiente.

*(... y se me enrosca en la lengua
inyectando su veneno en mi silencio.)*

GEMIDOS

Me ofreciste
un laberinto de palabras ambiguas
que repetían el ritual de sombras crecidas en mi memoria
cuando creía en vos,
cuando te esperaba...
Mi piel arrugada hacia adentro, mutilada de ausencias,
sintió el roce fantasma de tu regreso
avistando cómo sorbías el sopor del abandono...
El boceto de mi alma gritó sin sonidos:

*"recórreme,
reescíbeme,
redibújame..."*

Gemí impotencia ,entre dientes :
sos el holograma, lo intangible
; todo virtual !, menos la agonía...
la agonía del arrullo incierto de tu abrazo,
de mi sed condenada a ésta espera:

*" repetida,
inmutable,
ilógica..."*

Decido cubrirme, negarme,
hasta que comprendas por fin quién soy
y avances recortando cautelas
sin penumbras ni laberintos.

VESTIDO QUEBRADO

Entre un tropezón y una palabra
puede descansar un verso

¿Por qué saben los días a incienso,
a fruta sin exprimir y descompuesta?
No es grato el tono que pinta ausencias
donde quiera que el ocaso presume.

Cuando el desamor acompaña los pasos
llega un duermevela a lo imposible,
un turbio gesto al rezo,
una piedra fundamental a la amnesia.

La fatalidad se reviste de duda y artificio,
imagen insomne para cruzar por el pecho.
La melancolía se lanza con sombrero de campana.
Adiós dice el eco que presiona sin vocales.
Sonámbula sigo, jamás otro traje resultó tan terrible.

¿Y el amor es eso, un vestido que rompe y apresa,
una calle que no mira frente a frente,
un hilar por el camino que no llega a ningún sitio?

¿De dónde saldrá un disfraz dibujado y perfecto
que el paso de las horas no desgaste?
Sólo abismos, rompientes quebradas en enjambre de avispas,
causas de dolor al filo de la histeria.

CUANDO TU VOZ PENETRE EN MÍ

Cuando tu voz penetre en mí y escarbe
hasta dentro de mi sombra, y rescate inacabada
esa otra voz que clama entre los deshabitados corazones,
y el despistado amor procee en la lejanía,
enarbole la bandera de la libertad de estar,
de amarnos,
de sabernos,
y permita que la noche cubra el exceso de los dos...

Cuando mi risa ocupe su lugar para cantarte
sin palabras,
sin regaños,
sin amargos desatinos,
lo duro que ha sido el tiempo de no estar
resbalando en tu búsqueda por las laderas del pudo ser,
engañándome con caras inconcisas
de mirada inconsistente,
mientras en la lejanía sabía que eras tú...

Cuando tu rostro se desvanezca entre las sombras
que bordean el jardín del turno nuevo
y haga nacer la quimera que nunca estuvo,
para que ocupe toda la latitud de mi melancolía...

Cuando navegue, sereno,
sobre la mar de usada faz inútil de sentirse,
de mostrarse en las sosegadas aguas de mis días,
entonces sentirás como el amor escala hasta tu lecho,
acaricia tu piel de hada convencida,
se asienta entre tu pelo revuelto de esperanzas
y penetra en tus senos para sentirme tuyo eternamente.

F. XAVIER GARCÍA, "Falcoz" (México) poetagn@hotmail.com

UNA VEZ EN ALTA MAR

Reconozco el secreto que brota de ti, destruido,
ola que se cimbra mientras duermes,
cuando tus párpados se enlazan a su membrana oscura de nostalgia.

(Soy un pez ebrio que se transporta detrás de ti, tambaleándose.
Cresco al amparo de tu navegación salvaje,
donde tus brazos derrotan con estoicismo la resistencia de los
puertos,
mirada que trasciende su carabela ambigua).

Así moldeo la carne que confirma tus caderas,
las que emergen como flotación de seres alados
a su estanque de clamor y luz.
No existe el tiempo en ese hábitat oculto,
adelfas esperando una señal, claro matiz
en su constitución acuosa,
tu cabello conspirando contra el halito en alta mar,
el arrecife que soporta la blancura y su vaivén
enardecido en zozobra de buque.
¿Qué nos depara éste volumen en el globo,
en donde estuvimos juntos
que la respiración retiene la simbiosis
en el cubo, en la inercia que nos traslada
a una nueva incursión en el sonido de la plataforma auriazul?

De nuevo, detrás tuyo, tambaleándome
en el espacio entre tu iris,
entre mi nariz y el liquido que gotea tu garganta de triple cascada,
ahí donde la supone mi ojo de pez somnoliento.

PARAMNESIA

Tendría que cortar las falanges de mis manos,
atravesar cien estrellas desnudas ante el frío,
hundir grietas que ortiguen más mi rostro
y gemir junto a los cardos insomnes,
antes de perder en crisálida mi nave.

Soy marca sin dominios y cadencias,
viejo pez inmerso en su burbuja:
nado de espaldas al cielo,
arropo pesadillas en anzuelos de seda
y busco mi fantasma más indócil,
perdido entre vísperas amargas.

No, no me cambien el rumbo...
Cargo un par de esmeraldas extintas,
cegadas por la melodía de una gaita triste
y voy en pos del brillo que merecen:
como el ciego busca recónditos otoños
anclados dentro de sus perlas negras.

M.MAR GIL ACEVEDO (Alicante) tiplacere@hotmail.com

NOCHE CON SABOR A ALGAS

(En una noche con sabor a algas, te he conocido)

Cae sobre la cama la ingenuidad,
y acaricias mi virginidad entre las ondulaciones de mi falda.

Mis fluidos en el cristal se empapan de amor como el primer día,
y te sorprende que mis pupilas se adelanten a mis yemas,
para sacudir de aloe hasta los hilvanes de tus costuras.

No he pedido azogue
que sellara mis labios
para confundir a las gasas de satén
que amamantan nuestra vigilia,
ni a la vergüenza que asomara con luz tenue
en la roja lengua de esta aurora,
para que ni la inocencia en un desdén de luna y miel,
se cubriera de margaritas el rostro...
porque aún con ello, no se percibe con claridad la mentira.

Y me he dejado llevar...

Tu aliento pasea sonámbulo
y se detiene en la cuenca oscura del deseo.
No hay luz,
pero tampoco hay miedo en su resquicio.

Son mis manos las que advierten a tu espalda,
- en un azote de caliente exudación-
para que no se rechace el vientre

que se abre a tus latidos.
Y los ecos de esa misma liturgia
penetran los mismos susurros
que nos deambulan...

En el juego de terciopelos se amortiguan los devaneos abdominales
para no agotar todo el oxígeno de mi voz.
Y las cicatrices cosidas a la cama
se han disipado ante la humedad muda
cimentada entre tus músculos
y mis inquebrantables senos.

Cuando tu iris toque mi rostro de mujer,
y la tarea de tus besos haya disimulado el disfraz
de una máscara de antojo,
te fijarás que una acuarela sigue en la pared,
y una gran mujer, en su impiedad,
sigue difusa entre el contorno de la realidad,
y el páramo donde anida su locura.

SIN TIEMPO

La muerte y yo charlamos.
Ella se sienta cuidadosamente
al borde de mi almohada
y yo reposo mi cabeza en su regazo.
Nos entendemos.
Adoro la voluptuosidad plena
que en cierra y abarca
su frialdad cálida.
Envidio su carencia de tiempo,
la eternidad es existir
sin marcadores históricos,
sin relojes, sin brújulas.
La muerte es cínica,
con un beso me devuelve
intacta la memoria
y me roba toda
posibilidad de olvido.



TEXTOS SELECCIONADOS

 **EDICADO A...**

Índice de autores y textos de esta sección

En este *ejercicio de creatividad literaria*, abierto a la participación de los 176 escritores del foro, se pretendía combinar ironía y humor con un mensaje de fondo que tocara algún tema social y humano. El resultado son estos 21 textos, de muy variados estilos pero con el común denominador de un **DEDICADO A...**

	“Dedicado a ti”	Xabier González
“Dedicado a una semanita en el infierno”		Xabier G.-Toñi S.-L. Bertrand
	“Dedicado al ridiculum vitae”	Belén Pérez de Prado
	“Dedicado a los sofá-heridos”	M^a Antonia Seguí Collar
	“Dedicado al embarazo”	Julie De Grandy
“Dedicado a los des-conocidos de internet”		Lola Bertrand
	“Dedicado a los miedos”	Carmen Amaralis
“Dedicado a los amorosos cadáveres”		Luci Garcés
“Dedicado a los doméstico-maníacos”		Luis E. Prieto
	“Dedicado a la inseguridad”	Lola Díaz-Ambrona
	“Dedicado a los ilusionistas”	Mary Ortí Rallo
“Dedicado a la Virgen del Mocho”		Marisa Bermúdez
	“Dedicado a los Príncipes”	Issa Martínez
“Dedicado a los que buscan independizarse”		Araceli García
	“Dedicado a los cine-soñadores”	Olga Muñoz
	“Dedicado a la vecina del 69”	María Luisa Lázzaro
	“Dedicado a los dolores-ladrillo”	Sergio Palomo
	“Dedicado al macho inmune”	Elizabeth Quezada
	“Dedicado a la morbosa bestia”	Iris Alfonso Allegue
	“Dedicado al hombre piadoso”	Manuel Cubero
“Dedicado a los que lloran y maman”		Marila López

Dedicado a ti...

Xabier González (Galicia)

*Dedicado a quienes **no escriben pero sienten**, a quienes **no son buenos poetas pero hacen la mejor poesía**, a quienes caen sin aspavientos y vuelven a levantarse dignamente, a quienes sólo se valora cuando ya no están, a quienes son capaces de mirar de frente y a quienes creen que engañan a otros y sólo se engañan a si mismos...*

*Dedicado a las **palabras** vanas, a las huecas, a las sin sentido, a las palabras sueltas, a las que riman y a las que andan perdidas, a las que se dicen y a las que se callan, a la palabra hablada y a la escrita, a las de honor, a las de Dios, a las picantes y a las gruesas, a las obscenas y a las mágicas; a las palabras preñadas, a las de aire y a las de buena crianza, a las últimas y a las primeras, a las palabras mayores, a las palabras libres y a las de presente, a las insustanciales, a las medias y a las buenas palabras, a quien se las come y a quien no puede evitar beberse ciertas palabras, a quien dice la última y al que deja con la palabra en la boca, a quien las empeña, a los que tienen pocas, a quienes le faltan y a los que le sobran, a los que las malgastan y a quienes las mudan, enmudecen, coartan, esclavizan, manipulan, cercenan, venden, regalan, entregan, destruyen, malinterpretan...*

Dedicado a quienes, por las razones más diversas, quitan la palabra a unos para dársela a otros, a los que toman la palabra, a quienes la usurpan o las tuercen como si fueran de alambre, a los que las acarician y a quienes las maltratan...

Dedicado, también, a las palabras púrpura, a las de algodón o de albahaca, a las fresa y a las amargas, a las aprendidas y a las que aprehendemos porque nos llenan el alma; a las utilizadas y a las que no se dejan manejar, a las que escondemos creyendo que sólo son nuestras, a las que han nacido para ser plagiadas, a las que expresan ideas y a las que demuestran que la inteligencia es un bien escaso. A las palabras necias y a los oídos sordos, a las palabras táctiles y a las que huelen a honestidad, a las que condenan sin darse cuenta de que validan opciones e ideas tan legítimas como las condenadas, a las diplomáticas y a las que apenas son meros sonidos guturales... Dedicado a las palabras escritas con buena letra y a los garabatos, a las que llevan acentos visibles y a las que se acentúan cuando las lee el alma, a las que no admiten

V Antología Internacional Sensibilidades

corrección aunque tengan errores ortográficos, a las que terminan en vocal y a las que han obligado a terminar en consonante; a las palabras minúsculas que se escriben con mayúscula pretendiendo darles importancia, a las que dicen son verbos y a las que no pasan de ser artículos indeterminados...

**A veces pienso que las palabras se han vuelto oscuras,
del color de la nieve manchada...**

En ese momento irrumpes tú,

tierna,

dulce,

cálida;

**tus ojos me cuentan que me has echado de menos,
mientras dejas una lagrimilla de cristal sobre la mesa
y, sin palabras, me pides:**

- Dame palabras que sean sólo para mi...

*Dedicado a ti, matiz que convierte en sueños todo lo que toca... con hechos
y sin apenas palabras, con esa mirada que consigue significarme...*

Dedicado a una semanita en el infierno

Xabier González (Galicia)

María Antonia Seguí Collar (Madrid)

Lola Bertrand (Asturias)

Lunes,

llego a donde tenía que llegar. Lamentablemente nadie advierte que he llegado y eso, si soy sincero, no me apena. Es bueno pasar desapercibido; sobre todo para los que, aunque no quieran, tienen que afrontar la cruda realidad de ser "*uno más*"... que nadie nota si se convierte en "*uno menos*". Así que me limito a "*atterizar*" y a darme un baño de humildad porque, fuera de mi habitat o entorno natural, nadie se da cuenta de si he venido o si sigo estando tan lejos como siempre. No llueve pero amenaza seriamente con lloverme encima y llenar de charcos mis paseos por el atardecer. Que "*me llueva*" a mi es grave porque produce un efecto mariposa en todo mi alrededor. Parece una tontería pero es terriblemente cierto; unas gotas de agua sobre mi cabeza son una afrenta que pone en peligro la estabilidad de la humanidad y parte del extranjero...

Martes,

efectivamente, se ha puesto a llover con una sonrisa, horizontal y casi obscena, de esas burlonas cuyo sarcasmo se nota a las leguas. Con profundo pesar y preocupación, Me cuelgo del teléfono. Llamo al sur, al este, al norte y al oeste; en todos los sitios me dicen que luce un sol espléndido y yo trato de explicarle que a mi me llueve encima, que mis zapatos están mojados y que, si mis zapatos de cartón se mojan, puede que se avecine una tempestad de bíblicas consecuencias. Tratan de calmarme, incluso alguno de mis interlocutores me dice que el que me llueva a mi es, simplemente, un problema mío que en nada le afecta y que lo idóneo es que me compre un paraguas o, la otra opción, me quede a cubierto. Con el teléfono celular en la mano, dejo que la mirada se pierda a través del cristal de la puerta; reflexiono sobre lo poco que merece la pena tratar de explicarles a los demás que me está lloviendo encima, que las gotitas tienen ojos y me parecen insidiosas por exceso y por defecto. Decido salir a pasear en sandalias y que los pies se mojen por completo; pisaré todos los charcos, una y otra vez, no me detendré hasta que los demás se den cuenta de que pongo en peligro mi salud sólo por protegerles a ellos. Realmente hace frío... cuando mañana esté con cuarenta grados de fiebre, justo en la frontera de la agonía, seguro que les haré sentir culpables a todos los que no han escuchado mis advertencias.

Miércoles,

- ¡Atchiss...!, ¡cof, cof, cof!

Ya no llueve, mi sacrificio de ayer ha conseguido frenar la tempestad que nos amenazaba a todos. Tengo una gripe de mil demonios; pero eso es lo de menos porque mi abnegada entrega, enfrentándome a la lluvia temerariamente, ha conseguido que los demás estén a salvo...

Me pregunto hasta que punto la humanidad será consciente de mi valentía y del heroísmo que he protagonizado; compro los periódicos y busco en internet... ni una reseña, ni siquiera una mínima nota a pie de página... nadie se ha fijado, todos me ningunean y es tangible que la prensa me hace un boicot porque me teme.

Soy una persona humilde, la gloria que no pueda conseguir es gloria que no me interesa...

A propósito de Gloria, ¿dónde estará esa mujer que siempre se me pierde?.

- Oye, Gloria, ¿tu te has dado cuenta de que...?

- ¿De qué?

- Pues... ¡de lo que he hecho!

- Sí, las mismas "*estupi-dieces*" de siempre... creerte el ombligo del mundo, el eje y la fuerza elemental... hacer el payaso y ponerte sandalias cuando, más que llover, se desplomaba el cielo...

- ¿Por qué dices eso?

- Si quieres te miento... ¿te parece que te cante una canción o prefieres que escriba tu nombre en las paredes?

- ¡Mujer...!

- Mañana ya es jueves...

Jueves,

es el cumpleaños de Gloria; de mi hija pequeña, que la Gloria *grande* hace tiempo que no cumple ni años ni sagrados mandamientos.

La casa invadida de niños que se arremolinan a mi alrededor; y yo con gesto adusto y muy en el papel que de mi todos esperan, acaparando íntegramente la atención y en el centro de la escena.

Estoy tan contento que me duele la felicidad y noto maripositas en este estómago que, ladina y cruelmente, Gloria (la mayor) insiste en catalogar como "*vientre*".

Todo va bien, por fin se reconocen mis méritos y mis esfuerzos; los tres días anteriores ya son pura anécdota, ¡los he olvidado!, ¡no me interesan...!

- ¿Ves, cariño?, ¡estos sí que saben apreciar mis esfuerzos!

- Claro... ¡hay que ver lo que se consigue con una bolsa de caramelos!

Viernes,

nadie me entiende...

Sábado,

no ha salido el sol...

Ojalá mañana llueva para poder salir a pasear. La lluvia sí sabe apreciar mi valía... me presta atención y me valora... cae sobre mí hasta mojarme por completo... me regala catarros con dedicatoria y hace que el médico me preste toda la atención que el mundo me niega...

Domingo,

hace un sol espléndido... ¡maldita sea!

LA SEMANA CONTADA POR OTRO NARRADOR
QUE ESTÁ JUSTO EN LA VENTANA DE ENFRENTÉ

Lunes

Va a llover. X lleva mirando al cielo y diciendo que va a llover desde que ha aterrizado por aquí. Ha venido como siempre, sin paraguas, sin botas, sin nada... salvo con él mismo. Bueno, ya es bastante que aparezca. A veces desaparece y yo me pregunto si lo hará en una gota de esa lluvia que tanto le gusta.

Martes.

Está diluviando desde la madrugada. El cielo, encapotado, perla y amaranto, se ha roto sobre nosotros. Ha amanecido la ciudad en gris.

X se ha ido a la calle sin mediar palabra. Estoy viéndole alejarse, entre la lluvia, como si fuera un dibujo de Turner. Mira el cielo y se sonríe. Luego, le veo cruzar la plaza, y sentarse en un banco, saca un pitillo, y se queda allí, entre el agua, como un pájaro triste; me siento lejos, lejos de su lluvia, nunca podré competir con ella.

Miércoles

X tiene un catarro de mil demonios. No para de toser y decirme que le llueve encima. Que siempre le ha llovido encima. Que jamás dejará de lloverle la lluvia que le llueve. Se ha comprado dieciséis periódicos y los tiene abiertos por la página del pronóstico del tiempo.

Jueves

X se presenta el día del cumpleaños de Gloria con una tos propia de bronquitis y diez bolsas de caramelos. Los niños le rodean. X sonríe. Es la primera sonrisa que le veo en toda la semana.

Viernes

X está depre. Yo creo que es la fiebre. Ha dado en decir que nadie le entiende. Menos mal que está dejando de llover y mañana a lo mejor podemos dar un paseito tranquilo.

Sábado

Sigue plomizo el aire. X se enfada. Cuando tiene catarro se pone mimoso y luego se irrita. A los hombres no hay quien los entienda. Si se hubiera quedado en casa en vez de calarse hasta los huesos, esto no le pasaría, pero si se lo dices, se enfada más.

Domingo

Ha salido el sol y X está definitivamente triste.

LA MISMA SEMANA CONTADA POR UN TERCER NARRADOR,
DESDE UNA VENTANA QUE QUEDA LEJOS DE LAS OTRAS Y DA AL MAR

Lunes

Estoy harta de este verano, ha vuelto a amanecer con lluvia, pero lo tengo decidido: ¡voy a ir a la playa a bañarme!. A mi lo de ponerme morena me da igual, lo que me molesta son los apretujones de la gente por la arena cuando hace sol.

La playa esta solitaria, como me imaginaba... a pesar del frío, que corta el aliento, me meto en el agua hasta el cuello. Nadie me mira... bueno, miento... desde el muro, un

señor calvo, con cara de enojado y en sandalias, mira llover sobre el mar y supongo qué a mi también..

Martes

Veo en la televisión que en todas partes, menos aquí, hace un sol radiante; hoy es uno de esos días que la gente dice que son para quedarse en casita, pero yo soy una tozuda de mil pares de narices y además estoy de vacaciones así que por "*un par de gotitas de nada*" no voy a quedarme encerrada todo el día...

Vuelvo a la playa, y esta vez para provocar, llevo sombrilla y todo, de reojo veo que estoy sola, bueno... no... el señor calvo y en sandalias, con más cara de enojado que ayer, tiene los ojos brillantes o eso me parece captar, y la lluvia le resbala por todo el cuerpo. Será un inconformista como yo, me digo, mientras me baño...

Miércoles

No hay manera de cortar esto desde anoche no hago más que estornudar y moquear, para colmo de males me ha subido la fiebre...

En la consulta del médico me encuentro con el señor calvo que por la pinta está en las mismas que yo, cruzamos una mirada cómplice y sacamos sendos pañuelos para sonarnos a gusto...

Jueves

Mi sobrino, Saúl, me ha pedido que le lleve al cumpleaños de su amiga Gloria; mientras lo dejé allí y me estoy despidiendo de su amable mamá, miro de reojo dentro del salón. El señor calvo, orondo y enardecido, reparte globos y caramelos a los niños que se abanzan sobre él como si estuviera repartiendo lingotes de oro...

Esté exultante, será por la fiebre, pero... a la legua se nota que le gusta figurar...

Viernes

Hoy parece que el cielo empieza a despejarse, al mirar por la ventana veo pasar al señor calvo con cara de pocos amigos, tiene toda la pinta de ser un marginal...

Sábado

Sigue sin llover, pero está un día brumoso; el señor calvo debe de vivir cerca ya que se ha pasado toda la mañana, y parte de la tarde, calle arriba, calle abajo, mirando para el cielo...

¿Estará esperando la venida del espíritu santo...?

Domingo

Hace un sol radiante, del señor calvo ni rastro, voy a aprovechar este día para meterme en la cama a leer...

Dedicado al ridiculum vitae...

Belén Pérez de Prado (Navarra)

Es la hora.

Las tres desgracias, las tres marías entre un millón, tres existencias desdentadas se colocan sus dentaduras postizas. En el rabo arrastran todas las latas que les ha atado la vida.

Se abre la ventana. Por fin, noche de-función.

Sonríen iconos, suspiran láminas, gimen páginas, peinan ganas teñidas, cabalgan irrealidades desbocadas soltando a su jamelgo, -ya hecho corcel- Fantasía, de la brida.

Botas de siete leguas para pies recortados, galas de gangoso deseo con relleno de cereza, pack de algodón para el paquete, rubor, pellizcado en la cuerda de violín de las mejillas.

La danza de claqué repica en el teclado, voltea miserias.

El cuerno avisa: señoras, caballeros, hora de campar a sus anchas, sin cortapisas.

Abierta la veda en su coto privado de casa.

- ¿Y las distancias?

Cielo, estamos conectados en correo caliente.

- ¿Y las realidades?

¡Ni me las nombres!, no las quiero ver, luego no existen.

- ¿Y tu foto?

No tengo scanner...

- Te quiero, ¿me quieres?

- Por supuesto...

- Te deseo, coma, hummm, coma ¿me deseas?

- Con desesperación, coma, mi vida. Punto y aparte.

- Me voy... me estoy yendo... puntos... suspensivos

- ¡Uhhff!, coma, con hache intercalada, ya sabes, si corto es que viene

- ¡Buff!, coma, relincho más ahogado. Punto y seguido no te preocupes,

- Hoy hemos tardado poco, al principio nos costaba más.

- Si, coma, cielo coma, es la intimidad, vamos cogiendo confianza...

Y no son las doce todavía...

- Hola
- (Otra que me desea, ¡señor qué cruz!)
- ¿Cómo te llamas?
- (Para tí, inalcanzable, por mucho que insistas...)
- ¿Vienes mucho por aquí?
- (Cómo le digo que no me interesa el rollete que, evidentemente, sin duda me está ofreciendo, entrándome con ese descaro, la tengo en bandeja...)
- Bueno, eres poco hablador ¿no?,
- (¡No te joroba!;Encima me critica!, ¡poco hablador! lo que soy es un caballero, le tenía que haber dicho que no estoy para busconas en la primera respuesta, eso me pasa por discreto)
- Perdona si te he molestado. Hasta otra...
- (Eso, ahora te vas ofendida, después de darme la murga, ¿y los tres puntos suspensivos del final? anda que no tienen miga ni nada, ¡será Zeta-zeta Johns la tía! ¡es increíble el tipo de gentuza que anda por ahí suelta, y claro, vete tú y dile algo, me puede decir perfectamente que ella no ha dicho nada, ¡como que no se nota el "tonito"!;como se malinterpreta el interés genuino por las personas,!)

- ¿Se lo has dicho?
- ¡Que va... ni loca!. Me dijo que no le dijera nada.
- Ya... y oye, te puedo preguntar algo ¿quién te lo dijo sabe que sé?
- Creo que sí pero no te lo puedo decir, no es porque tenga miedo de que se lo digas ¿eh?, mejor no te digo hasta que te lo cuente, y cuando lo haga ¡no se te ocurra decirle que te lo dije yo!, que luego va y lo suelta... y queda una de lenguarona.
- Pues yo ya le diría alguna cosilla que me contaron... pero mejor me callo, mejor no dar que hablar, que al final va a pensar que soy yo quién lo dijo.
- ¿Así que tú también sabes más?
- Si, pero deja, deja, ya hablaremos
- Oye, te agradezco que me hayas avisado.
- Gracias por tu discreción, chuiki, chuiki
- En cuanto sepas algo me dices, ¿ok?
- Vale, pero ya sabes, si te preguntan, no sabes nada, tú como una tumba...

Dedicado a las relaciones que nacen, crecen, se masturban física y/o mentalmente, solas y/o en compañía y desembocan en formas licuosas, llamese mocos, llamese lagrimas y demás fluidos, en un bidé o en puñaditos de arrugas encogidas en rollos de celulosa, dedicados a ellos hundidos en las papeleras o desparramados sobre las mesas...

Dedicado a los ridiculum vitae. A las actitudes que no aportan más que tristes tristezas, a las intoxicaciones que sin darnos cuenta, como anhídrido carbónico, van empequeñeciéndonos, adormeciendo nuestras partes nobles, hasta que despertamos un día para descubrir que están castradas si no ya muertas.

Dedicado a las mentiras, a ver si se enteran de una vez de que no somos idiotas al verse descubiertas. Dedicado a los complejos a ver si se sienten aludidos y se cabrean lo suficiente como para salir a la calle, mirar alrededor y disfrutar de que viva la diferencia. A los ombliguitas, para ver si recordamos con algo más de frecuencia, el mínimo dato de que existe en el mundo un puñado de millones más de personas a parte de ese "uno" mismo, por muy uno que uno se sienta. Dedicado a las armas de doble filo, esas que matan por dos lados. A los juegos con cartas marcadas, a los chistes que se ríen de otros, a ver si nos ponen de protagonistas para calibrar la puñetera gracia que hacen. Dedicado a los metros de medir único, a los raseros, a las balanzas, a las pajas en ojo ajeno y las vigas en el propio. Dedicado a nuestras frustraciones, esperando que dejen de compararse con el vecino y pongan sus habilidades, sean las que sean, en marcha.

Dedicado a nuestras soledades, a ver si tocádoles las narices levantan un teléfono, cogen un tren y se acercan a un alguien con o sin maleta.

Dedicado al ridículo, mi declarado enemigo público número uno..

Dedicado a los sofá-heridos...

María Antonia Seguí Collar (Madrid)

No me lo cuente. No me venda la herida purulenta de su desamparo, deshonor, dramatis personae incluídos, su alma caducante en su armario de negritudes. Su encorsetada culpa de yo no quise hacerlo, yo no me merezco eso. No me lo cuente. No me almibare el hombro con tristezas de sala de estar, cafetito al lado, mientras la tarde se derrama de modo lírico para que su pena penita pena case mejor con las cortinas de mi salón. No me lo cuente. No me aquilate olvidos como paquidermos sobre mi espalda, nostalgias como hormigas en mis pies. No me lance bolas de nieve, estalactitas de miseria sobre los hombros, mientras repite, una y otra vez toda su angustia vital de marquetaría, de sábado sin nada que hacer, de recreación lírico-artística en su tristísimo caso. No me lo cuente. Vengo de un silencio y el pájaro solitario vuela solo y no canta.

Dedicado al embarazo...

Julie De Grandy (Cuba)

Qué maravillosa época vivimos las mujeres durante los nueve meses en que somos el recipiente de un nuevo ser humano. Desde el primer momento en que conocemos la noticia de nuestro estado de gestación, dejamos de ser nosotras mismas para ser la personificación del embarazo. No se nos permite olvidarlo ni un microsegundo. Las primeras mañanas abrimos los ojitos a una sensación de mareo y náusea y hacemos ejercicio corriendo al baño y flexionando los músculos en espasmos vomitivos. ¡Qué ilusión! Pero nos compensa el saber que no

somos las únicas, ya que todas nuestras amigas y parientes nos hablan de sus propias náuseas. En realidad todas las conversaciones con mujeres se convierten en una auténtica delicia monotemática donde cada cual quiere ser la heroína de las más grotescas anécdotas. Se compite por ver quién vomitó más, a quién le salieron más estrías, a quién le crecieron más las tetas, quién tuvo los mayores calambres nocturnos, el vientre más grande, el marido más hijo de puta, y el parto más cabrón.

El embarazo otorga licencias tácitas al manoseo de la gente. Todos nos tocan la barriga en vez de tocarse las narices. Nos piden que se mueva el bebé para que ellos lo palpén como si nosotros pudiésemos tirar de un cordelito para que el feto haga piruetas que deleiten a la concurrencia. Nos parece que el futuro bebé va a ser un cabroncito/a que hará su santísima voluntad pues basta que las manos se hayan levantado de nuestro vientre, o que nos querramos relajar, para que nos haga la puñeta con una danza acrobática donde nos clava las patitas en el vazo, el hígado, las costillas y hasta en órganos que no sabíamos que existían en el cuerpo humano.

Durante nuestro embarazo cambian muchos hábitos de vida. Nuestra lectura se hace muy amena. Nos tragamos todos los libros científicos del embarazo mirando embobecidas las fotos de los horrorosos fetos flotando en el líquido amniótico. Al principio parecen auténticos renacuajos y luego extraterrestres de ojos saltones. Y mirando esas fotos nos eternecemos imaginando el monstrito propio que crece en nuestras entrañas. También leemos todos los tratados psicológicos de cómo criar a los niños y ser una madre ideal. Nos hacemos promesas de seguir estas pautas al pie de la letra. (Años después usamos estos mismos libros para tirárselos por la cabeza a nuestros queridos hijitos cuando nos llevan al límite de las fuerzas humanas.)

Nuestras visitas al ginecólogo/obstetra se hacen más regulares. En la sala de espera, todas las mujeres barrigonas nos miramos de reojo y cuando adquirimos algo de confianza, empezamos a comparar síntomas en conversaciones muy intelectuales. Ay de la pobre primeriza que se encuentra con la del cuarto embarazo. Esa se empeña en desesitmar y superar todos los síntomas de la madre debutante contándole su letanía, paso por paso, con los embarazos de

Alejandrino, María Cristina, Manolito y el feto sin nombre. La primeriza, después del soliloquio de la madre-múltiple, jura venganza contra futuras primerizas si alguna vez llega al tercero o al cuarto (cosa que no le apetece nada en el fondo ni en la superficie.)

Después de una larga espera, nos pasan a la consulta de nuestro gine a quien le contamos en aburrido detalle todos nuestros males que no parecen impresionarle en lo más mínimo. El se limita a palparnos, meternos sus cariñosos deditos, enfundado en latex, en el recinto vaginal, hundir su huella digital en nuestra pierna a ver si retenemos líquido y tratar de no recetarnos muchos medicamentos que alivien nuestros malestares porque "no son buenos para el bebé" (nosotras a jodernos vivas, ole). Según el sabio doctor, a pesar de que nos sentimos muy mal, estamos muy bien. ¡Qué alegría!

En los cumpleaños, aniversarios y navidades nos damos cuenta que ya hemos dejado de ser mujer para ser pseudo-madre. No se nos hacen regalos, sino que nos regalan "preciosuras" para el bebé que no ha nacido, olvidándose que nosotras seguimos teniendo vanidad, ilusiones y apetencias femeninas. Y nosotras agradecemos los regalitos con exclamaciones onomatopéyicas como "Aaaay", "uuuu", "oooo" terminando en mohines de tierna maternidad. Es lo que se espera de nosotras y nosotras las mejores embarazadas de la historia.

Durante los nueve deliciosos meses, nos miramos desnudas al espejo más que nunca: de frente, de perfil, de medio perfil, de tres cuartos de perfil. Día a día vamos observando con asombro las mutaciones de nuestro cuerpo. Nuestros pezones pierden su tono rosa romántico para tornarse en negro chapapote, la piel se estira como un globo inflado, se nos hunden las nalgas, se nos bota el ombligo, nos desaparece la cintura, se nos van abriendo las piernas y nos crecen tanto los futuros recipientes lácteos que llegan a reposar sobre la barriga, dejando aún espacio para poner el plato sobre la meseta y comer de pie.

Aprendemos a caminar como los patos y a sentarnos y levantarnos con la gracia de un elefante bailando ballet. Jamás llegamos a encontrar la posición ideal para dormir. No se nos ocurren suficientes maneras de hacerle la puñeta a nuestro marido que eyaculó y se quedó tan pancho, dejándonos cada día más ancha y jodida, empañándose todavía en seguirnos "jodiendo" literalmente.

Casi todos los días pensamos en el climáctico momento del parto. Estamos llenas de incógnitas sobre el futuro. ¿Se nos romperá la fuente en medio del supermercado? ¿Nos acordaremos de todas las instrucciones y respiraciones de las clases del parto natural? ¿Cómo nos veremos con el chichi afeitado? ¿Se nos saldrán las hemorroides? ¿Nos darán muchos puntos por allí abajo? ¿Nos podremos volver a sentar? ¿Nos explotaran las tetas cuando nos suba la leche?

Ah, qué emocionante etapa la del embarazo. No nos deja ni un momento de aburrimiento ni de normalidad. ¡Qué privilegiadas somos las mujeres de poder pasar por esta inolvidable experiencia!

Dedicado a los *des-conocidos* de internet...

Lola Bertrand (Asturias)

Dedicado a... todas esas personas que pululan por Internet y que solamente sabes que existen por que un buen día recibiste un mensaje con su nombre, a esos fantasmas virtuales que en la mayoría de los casos son "voyeurs", que se escudan en la timidez o en mil excusas más como la falta de tiempo para no cooperar, participar, y dar su parte de energía para que un proyecto, un sueño compartido o una simple conversación puedan salir adelante.

Dedicado a los miles, millones de merodeadores que se nutren de los demás, espionando, copiando, en muchos casos enterándose de las vidas ajenas como si formaran parte de un colectivo de seres del más allá. A mi no me gustan, me incomodan, por eso les dedico este relato...

LOS SILENTES

El día en que llegue a Sensible de la Sierra, estaba más contenta que unas castañuelas ¡Por fin había aprobado unas oposiciones!

Sensible, -le llamaré así para abreviar-, era un pueblito desconocido para mi hasta entonces, ubicado en plena Sierra de Gata. No tendría más de novecientos habitantes y mi cometido allí, -sería auxiliar en el Ayuntamiento-, se me antojaba plácido y feliz...

El alcalde, hombre curtido y de buenas maneras, me recibió con gran cordialidad y me presentó al resto de la planilla, la secretaria y dos auxiliares más, de esta manera:

-Esta es Marina Bermejo que desde hoy ocuparé el puesto vacante en nuestro Ayuntamiento. Tengo pensado que lo mejor para todos es que se ocupe de la remodelación del censo, hay bastantes inexactitudes ahora mismo en él...

Me metí de lleno en mi trabajo y empecé a bucear en los archivos, nombres, fechas..., en fin en un montón de papeles sin cara y sin voz. En mis momentos libres me dedicaba a pasear por el pueblo para ir dándome a conocer. Ahí empezaron mis primeras sospechas: en la semana posterior a mi llegada ¡siempre veía las mismas caras!. Será casualidad, -pensé-, y traté de ser lo más cordial posible con todos los vecinos con los que me cruzaba, acabé sabiendo sus nombres y sus vidas, pero... algo me inquietaba y no me dejaba dormir. Éramos novecientos vecinos y, dos meses después de mi llegada, solamente había visto a unos ochenta (tuve la santa paciencia de contarlos)

¿Dónde estaban los demás...?

Esa pregunta me latía en las sienes, noche y día, como un hierro candente, pero no me atrevía a preguntarle a Don Luis, el alcalde, que pasaba con algo más de ochocientos vecinos, por qué el pueblo parecía un cementerio la mayoría de los días ¿qué había pasado con ellos?

¿De qué vivían?

No eran tenderos, ni campesinos, ni industriales, ni recibían pensión alguna del Ayuntamiento (lo comprobé)

Empecé a sentir un temor tremendo de aquellas personas; creo que hasta me volví malpensada y paranoica. Cuando pasaba por las calles los imaginaba expiándome detrás de sus visillos y especulando sobre mi persona, haciendo conjeturas y planes, copiando mis maneras, mis ropas, mis peinados...

Empecé a estudiar el censo con gran minuciosidad: nombres, fechas, países de procedencia y me di cuenta de que muchos de ellos eran inmigrantes de más allá del mar, no todos, pero sí la mayoría, ese dato me inquietó aún más, y volví a preguntarme:

¿De qué vivirán...?

¿Por qué habrán venido aquí?

Mi mente empezó a desvariar, lo reconozco, hasta se me ocurrió que eran vampiros síquicos, personas que se alimentaban de la fuerza y el trabajo de los demás...

Una mañana, Don Luis, nos dijo:

-Vamos a organizar una gran fiesta para que participe todo el pueblo. Redactaré un bando informando que, para el quince de agosto, se ruega, que todas las calles y casas del pueblo estén engalanadas y que la totalidad de los vecinos cooperen, ya que por la noche habrá cena de hermandad y baile en el casino del pueblo...

La perspectiva me llenó de júbilo: ¡al fin iba a conocer al resto de los habitantes de Sensible...!

Llevo dos años en Sensible de la Sierra, hemos hecho más de "*esas fiestas*", pero, les juro por mi padre y por mi madre, que ya están muertos, que nunca, ¡nunca!, en ninguna ocasión vi ni un solo rastro de esas personas. Confieso que me producen pánico. Yo les llamo "*los silentes*"... Y les puedo asegurar que están diseminados por todos los lugares de la tierra...

Dedicado a los miedos...

Carmen Amaralis (Puerto Rico)

Dedicado a los miedos, los apegos, las despedidas... máscaras de las distintas formas de la muerte: más ficticias que reales.

¿Quién se quedará con mis muñecas?

Me palpo el seno, si, estaba allí, no me cabía duda, esa pelotita maldita.

¿Porqué a mí, porque a *miiiiiiiiiiiiii*?

Un frío glacial me recoría el cuerpo, un dolor profundo en el alma, una angustia inaudita, una rabia contra todo y contra todos. Me quedé acostada mirando para el plafón de la habitación, pensando y repasando mi vida. Sintíendome cada vez más desamparada. No se lo diría a mi madre, como causarle ese dolor a mi pobre vieja inválida. ¿Quién cuidaría de ella si yo me iba primero? ¿Cómo decírselo a mi hermana, que siempre ha sido tan cobarde? Me lo callaré hasta la muerte. Morir poco a poco, que horror. No, mejor me tomo una pastilla de cianuro en mi laboratorio.

Comencé por hacer un recorrido por la habitación, miraba mis pinturas, esas de las que siempre me sentí tan orgullosa. De momento me parecieron ridículas, horribles, estúpidas. Eso haría, echarlas al zafacón. ¿Y que haría con mi colección de cucharitas?. Yo, que me pase toda la vida guardando cucharitas de todas partes del mundo, de casi todas las universidades de USA y Europa. De momento todo eso me pareció la forma más ridícula de haber perdido mi tiempo. ¿Quién cuidaría de mi perro, mi gato, mi tumba? No sé cuanto tiempo estuve en mi lecho maldiciendo, renegando, sintiéndome hundida en la más profunda pena.

La mañana me encontró bañada en un sudor frío y con una terrible jaqueca.

Sin ánimos me levanté lentamente, me arrastré hasta la cocina y me tomé un café con dos pastillas para el dolor de cabeza. Le preparé el desayuno a mi madre, le di un beso que le pareció extraño; no ere mi costumbre besarla en la mañana. Me acicalé un poco y cuando ya estaba a punto de salir hacia la universidad, recordé a mis muñecas.

¿Quién se encargaría de mis muñecas? Fui al armario y rescaté la más querida, la que lleva mi nombre. La senté a mi lado en el auto y me dirigí por la autopista al trabajo. Por el camino todo me parecía gris, aunque hacia un sol radiante y la mañana se despuntaba hermosa. No quería ver nada bello, sólo deseaba rego-

dearme en mi pena, mi dolor y mi rabia contenida. Creo que hasta la muñeca se burlaba de mí.

Esa mañana no deseaba darle los buenos días a nadie. Recorrí los pasillos del edificio de Química cargando los libros de mi clase en un brazo y la muñeca en el otro. Creo que algunos compañeros giraban la cabeza un tanto extrañados de mi rara actitud y apariencia. Al pasar por la oficina de María me detuve y en un arranque de generosidad, toqué a su puerta y sin que me contestara, entré y le di mi muñeca. Sorprendida me dijo:

- Amaralis, hoy no es mi cumpleaños. ¿A qué se debe este regalo?

Con lágrimas en los ojos le dije: *"creo que tú la cuidarás mejor que yo"* y salí corriendo, dejando su puerta abierta.

No habían pasado ni diez minutos cuando María apareció en mi oficina, me tomo de la mano y me encaró seriamente exigiendo que le explicara lo que me estaba pasando.

Le conté del cáncer. Me dejó que llorara amargamente y cuando ya me calmé un poco, dijo, pues arranca, que vamos al hospital para el examen.

Pasaron los cinco días de espera por los resultados de la biopsia, me parecieron un siglo. María me acompañó a buscarlos al laboratorio médico. Cuando la tecnóloga me entregó el sobre con los resultados, se me repitió aquel frío ancestral en el estomago.

No podía leer.

Se me había nublado la vista.

Le pasé el papel a María. Luego de leerlo dos veces para entender toda la explicación, mirándome con cara de burla, me dijo, *"Idiota, mil veces idiota, sólo es un mioma de grasa. Estúpida, me vas a matar de un susto, y ve a mi oficina para que te lles a Amaralis contigo, que yo detesto las muñecas"*

Dedicado a los amorosos cadáveres...

Luciana Garcés (Galicia)

Empujas la tarde contra mi
y ella tropieza y se desliza,
se apoya llorando en mi hombro.
Como cuchilladas por la espalda,
la noche apuntala los rescoldos
y puedes huir sin lastres de amor
hasta los confines desnudos
de tus sueños en eterno exilio interior.

Brillan fuegos fatuos sobre los muertos
que adornan los rincones de tu casa
Un cadáver moreno y sensual
recoge tus sandalias a la puerta.

Otro, de rizada melena,
extiende un mantel estrellado
sobre la mesa cosmogónica
donde, temblando de ansiedad,
harás el sacrificio vano,
el que abrirá caminos de sangre
para que regreses a tu cuna.

Aquel de más allá, fétido,
esconde la edad y las miserias
tras los hijos que no nacieron
y que incuba en el palomar.

Rodeando el trono cobarde,
del rey incestuoso y necrófilo,
una cohorte de mujeres rubias,

un enjambre de ángeles transparentes
con las alas en pose de combate
contra el peso asesino de la noche.
Y llueve el desastre en lágrimas
de la tarde, que se difumina
y regresa en sucio rojo
cuando la boca de los hombres
se convierte en géiser
al cortarles la voz envenenada.

Porque cuando el único valor del hombre
es su palabra, si ésta se corrompe,
el arcángel de flamígera espada
debe cortar lengua y mano.
Por eso algunos hombres no hablan,
no escriben, enmudecen su voz
para que nadie advierta su veneno.
Y usan el sexo como camino
hacia el fraude de la verdad,
acompañando a los ángeles negros,
a los demonios de la lujuria,
a los diablillos de la pasión.

Ven, miente conmigo,
veras otro amanecer
mis pechos en tu espalda
mis besos en tu nuca,
nuestras lenguas...
¡ay!
¿quién nos las cortó?

Dedicado a los *doméstico-maníacos*...

Luís E. Prieto Vázquez (Sierra de Madrid)

*Dedicado a los apasionados de los "domésticos" que,
como no pueden hablar,
nada dicen...*

Yo tenía una casa en el campo, y era razonablemente feliz...

En la casa había estanques (con agua, claro) que fui llenando de carpas de colores para que hicieran juego con los nenúfares importados de Kyoto, y porque molestaban más bien nada: de vez en cuando echarles unos pedacitos de comida prensada y liofilizada, espolvoreando la superficie del agua, y tutti contenti. También teníamos una inmensa jaula, en un rincón de la gran pradera verde, con loros, agapornis y periquitos que daban un toque exótico y cantarín al entorno, y aunque los condenados pájaros devoraban grandes cantidades de comida, habíamos encontrado un suministrador eficiente de pipas de girasol y de semillas de mijo, avena y alpiste al por mayor, que todas las semanas se acercaba por la casa con su cargamento necesario.

Cuatro ardillas autóctonas serranas, que habían anidado en los altos pinos de la finca y que correteaban por los caminos de flores y saltaban de rama en rama como saltimbanquis increíbles, completaban, más que suficientemente, la población no "humanita" de mi casa.

Y digo que era razonablemente feliz...

Pero un día una de mis hijas, en vez de quedarse embarazada, que hubiera sido lo naturalmente-natural, decidió comprarse un boxer y lo prohijó. Y entonces comenzó a armarse la "marimorena". El jardinero, sin ir más lejos, se negó a entrar en casa porque decía que el perro "le miraba con malos ojos", y había que introducirlo en la pista de tenis cada vez que el jardinero avisaba por teléfono que llegaba a casa para hacer su trabajo. Por supuesto, el buen boxer (¡angelito!), tardó poco más de media hora en comerse la estupenda red del campo de tenis, con lo que se acabaron los partidos con los amigos. ¡Todo fuera por mi hija y su cachorro! Porque, ¿de quién era la culpa de que, en vez de tener un bebé, como está mandado, mi hija tuviera un cachorro de boxer?

Aunque las desgracias casi nunca suelen venir solas, y, al poco, uno de mis nietos, llorando a pulmón batiente, reivindicó su deseo de tener dos patos con los

que jugar y a los que cuidar y alimentar. Y digo yo: ¿cómo iba a frustrar el deseo de la criatura? Compramos dos patos, y durante los cinco primeros días fue bonito verles chapotear en los estanques y observar a mi nieto dándoles de comer pan mojado y comida especial para anélidos (que nuestro suministrador habitual se empeñó en cambiar porque le pareció que era más fino lo de anélidos que lo de vulgares patos, y que nos traía ahora también en sacos de 15 kilos). Cierto que mi nieto se ocupó de los patos lo que duró la novedad, y que estos, cansados ya de bucear en los estanques, se recorrían el jardín a sus anchas, cagándose en todos los paseos, y que, desde luego, también decidieron bucear en mi impoluta piscina llenándola de plumones y excrementos, pero, ¿qué podía hacer con los patos?, sobre todo teniendo en cuenta que el pato a la naranja no es condimento muy apreciado en la familia.

Lo malo era cuando aparecía por casa mi hija y su cachorro, y sin acordarse de la existencia de los patos sueltos por el jardín, soltaba a su perro: entonces sí, entonces sonaban las sirenas y las alarmas y se organizaba un "zifostio de padre y muy señor mío", porque el pobrecito boxer pretendía engullirse de una tacada a los patos, y todos corríamos despavoridos para intentar evitarlo. ¡Toda una delicia, sin lugar a dudas!

Pero yo era razonablemente feliz...

Aunque no contentos con tamaña jerigonza, mi otro nieto, para no ser menos, me pidió un día, con cara de angelito desvalido, que le dejara tener dos gallinas en la casa. Me dijo:

- Yayo, es que no hacen nada.... Y podremos comer huevos frescos todos los días...

Y, a ver: ¿cómo me iba yo a negar a tal angelical petición? Hicimos un corralito en un extremo de la finca y metimos a las dos gallinas, con sus pajitas y todo para que estuviesen confortables, y con su pienso compuesto que volvimos a encargar a nuestro suministrador oficial, porque otra de mis hijas, master en ecología ella, sentenció que los animales domésticos deben alimentarse con pienso, y no con sobras de los alimentos de la casa, según los estudios de desarrollo sostenido.

Ahora, cuando viene mi hija con su cachorro pegado, montamos un zafarrancho de tres pares de narices, porque han decidido (mis hijas) que el "tartan" de la pista de tenis es profundamente lesivo para el perro (ya que sus almohadillas se perturban) y hay que hacer traslado a dicha pista de los patos (que perseguimos por toda la finca con unas varitas muy aparentes) y de las gallinas (porque una ha salido revolucionaria, y poner huevos no pone, pero todos los días pega un salto mortal y se sale fuera del corralito).

En fin, os decía que yo era razonablemente feliz, a pesar del boxer, de los patos, de las gallinas y de mis animales autóctonos y exóticos, pero es que mi casa se está complicando por momentos: hace unos días celebrábamos una fiesta en el jardín, luego de haber cumplido el ritual de la persecución, traslado y encierro de la fauna familiar, y, cuando más a gusto estábamos cayó, de una de las hiedras-enredaderas que cubren uno de los muros de la casa, una impresionante serpiente, a menos de un metro de algunos invitados. Fui raudo por un azadón para intentar sentenciarla, pero al tiempo que levantaba el instrumento mis cuatro hijas me gritaron al unísono:

- ¿Pero qué vas a hacer, papá?

- Espero cortarle la cabeza...

- ¡Ni se te ocurra!

- Es una serpiente peligrosa...

- Para nada. Es una "culebra de escalera" no venenosa, y este es su hábitat natural... Ni se te ocurra.

- Pero..

Me quedé paralizado. ¿Cómo iba yo a osar exterminar a una culebra de escalera, de más de cuatro metros de largo, de su hábitat natural? No, ni mucho menos...

Y digo que soy razonablemente feliz en mi casa de campo, aunque ya no puedo jugar al tenis, ni bañarme en la piscina, ni se me ocurre pasar cerca del hábitat natural de la culebra; aunque mis paseos sean un muestrario de cagadas diversas; aunque me gaste cada mes más de mil euros en piensos variados y comidas exóticas; aunque las ardillas autóctonas hayan desaparecido, y mi automóvil nuevo y resplandeciente parezca un urinario público de las marcas del pobrecito boxer...

Lo malo es que me han llegado noticias de que otra de mis hijas ha aceptado un regalo de un amigo que no sabía qué hacer con su viejo pony que ya no utilizaba su familia.

Y, bueno: al menos podré contemplar el zafarrancho animalístico a lomos del pony, aunque me temo que el cuadrúpedo se niegue a que mis casi cien kilos de peso lo cabalguen...

¿Y si me compro un elefante del Circo Mundial?

Dedicado a la inseguridad...

Lola Díaz-Ambroña (Galicia)

EL SUEÑO

Soñé que intentando ser genial dije una inconveniencia y X me miró de soslayo, logrando que me sintiera incómoda. Volví a decir otra inconveniencia. Los que me escuchaban no decían nada. Por sus rostros, parecían darse cuenta de mi estupidez, y querer ser discretos. Entonces me vi metida en una huída hacia delante: intentaba arreglar la situación con más y más incongruencias, buscando hacer resaltar ese punto genial que nadie pareció percibir, o quizá en busca del esperpento para camuflar la estupidez.

EL RELATO

Gertraud es alemana y toca el fagot. Siempre viene a casa los miércoles; nos reunimos gente que escribimos, músicos de verdad como ella y esnobistas variados. Tiene la costumbre de traer a Edda, la hija que tuvo de un andaluz vivalavirgen con quien nunca se casó.

Edda siempre me mira. Tiene la tez clara de Gerty y los ojos negros del andaluz. Al principio me daban ternura esos ojos tan negros perdidos en una piel tan blanca; pronto, comenzaron a obsesionarme. Son dos ráfagas que lastiman, dos delatores inflexibles que me analizan y juzgan y yo, no puedo evitar buscarlos de soslayo. En vano me digo lo estúpido que resulta que me afecte la mirada de una niña, pero así me ocurre. Esa niña es juez implacable, censor frío y despiadado. Me hace ver la necedad de mis palabras cuando, atacada por la euforia del ambiente, entro en disquisiciones y me pierdo en vaguedades dialécticas. Entonces, ella me mira desde su rincón donde simula jugar con una muñeca y sólo con sus ojos me dice "*qué genial te crees y qué simple eres*". Yo me hundo y no sé cómo terminar la frase. A veces me callo, y otro aprovecha para tomar la palabra. La miro de nuevo y sus ojos se ocultan en la muñeca: ya ha logrado hundirme.

Cuando leí mi soneto me juré que esquivaría su censura, pero en el segundo cuarteto, la compulsión me pudo y la miré; allí estaba, como siempre. ¿Sería la rima facilona? ¡Qué demonios iba a saber ella! Pero de cualquier forma, lo desaprobaba, o desaprobaba que lo leyera. La voz me tembló. Edda seguía observándome desde esos ojos

negros bonitos, odiosos, firmes. Estuve a punto de llorar. Hubiese sido ridículo: "¿por qué lloras?", "es que me mira la niña", "y ¿qué?", "me reprueba", "¿la niña?", "¿estás loca, debes ver a un psiquiatra!" No, no debía visitar a un psiquiatra. Solo necesitaba que esos ojos no me espieran a menos que fuesen más benevolentes.

Un día canté una canción. Pude leer en su rostro "eres grotesca". Al terminar, me sentí tan humillada que decidí regalarle la guitarra a alguien y no cantar nunca más. Para sobrellevar la decisión, me tomé una cerveza. Edda contempló cómo abría la lata y me la bebía. Su madre es abstemia; mi vicio, indudablemente, le parecía inapropiado, una vergüenza.

La verdad es que pude decirle a Gerty que la niña sobraba en las reuniones, pero eso era esquivar las críticas a mi comportamiento. También pensé en ganarme al pequeño juez obsequiándolo con algún relato infantil, pero si no acertaba, podría aniquilarme definitivamente con uno de sus certeros golpes de ojos negros.

Hoy es miércoles. Estoy nerviosa. Me amarga la situación y voy a encararla. Necesito saber por qué le parezco ridícula. O quizá quiero camelarla para conseguir su bendición, su aquiescencia. Se lo preguntaré abiertamente, "¿por qué me miras mal, Edda?" Puede que me fulmine con su silencio y sus ojos negros, pero voy a correr ese riesgo.

Gerty y Edda siempre son las primeras en llegar.

* * *

- Hola, Gerty, querida..., Edda, ¿cómo estás?
- Bien, bien, ¿vendrá César hoy?
- Eso espero. Tómate un zumo de alcachofas.
- No, mejor voy a mirar esta partitura en tu piano.
- Claro. Tú, Edda, ven conmigo, quiero preguntarte algo.
- No quiero zumo de alcachofas.
- No es eso, Edda. Verás, tú siempre me miras y yo querría saber por qué me miras siempre.
- Me gusta observar tu nariz; es muy grande.

Dedicado a los ilusionistas....

Mary Ortí Rallo (Valencia)

... a los ilusionistas de las palabras hambrientas de verdades.

Ahora que estamos a solas,
en la intimidad del mutismo oscuro del cuerpo,
enredadas como hiedra enajenada,
deja que...

... que dedique mis ilusiones a la pereza de alcanzar posibles,
un puñado de sueños a mi cuerpo tabicado en el silencio,
unas cuantas mentiras a las miradas vivas de credos...
la esperanza la dedico en entretejer los minutos pintados en gris.

- Ven, te estoy esperando - me llamo, me digo en un susurro azul.

... que dedique mis vuelos rotos en alejarme hasta el infinito de la
soledad...
y desde allí reír los llantos,
patear mi sombra con una palabra de luz fosforescente.

- No, no me tientes - me contesto mirándome ausente.
... que dedique mis naufragios al mar en calma...
para tallar en arena y mareas la silueta del absurdo de las horas.

- Ven, y cumple deseos - me convenzo entre mi sed.
... que dedique mi quietud a la prisa de llegar más despacio.

- No, olvídame - y me abandono sentada frente al reflejo de mi
incertidumbre.
Ahora que estamos a solas,
con el tú y yo de nuestra locura,
deja que...
... que dedique todo mi tiempo a creer en mí.

Dedicado a la Virgen del mocho

Marisa Bermúdez Malagón (Catalunya)

Dedicado a cuantas mujeres han nacido del otro lado del mundo (que no es mi lado, por suerte) y se ven rechazadas por sus familias por obedecer a los instintos naturales sin haber recibido información alguna para prevenir embarazos no deseados.

Dedicado a cuantas mujeres, por miedo o cobardía, sufren la represión por culpa de los patrones obsoletos de una moral impuesta por religiones y varones dominantes.

Dedicado a las mujeres que intentan educar a sus semejantes de manera no-sexista y conscientes de las diferencias.

Dedicado a cuantas mujeres, vírgenes hasta el matrimonio o no, no saben aún lo que es el relámpago de un orgasmo pero sí los tremendos dolores a la hora de parir.

Dedicado, a Aicha Et-Channa de Casablanca que lucha en solitario porque a la mujer musulmana se le reconozca que tiene alma también...

Un ligero ruido me ha hecho sacar la cabeza por la puerta del aula donde recorto bandadas de cartulinas, pasada la hora de salida de las cinco, para el trabajo de plástica de mañana con mis alumnos. ¿Cómo lo describiría? ¿Tal vez cómo el chillido de una rata atrapada por su debilidad al tocino, en una trampa mortal? Me aventuro en el pasillo con el fin de ir más lejos con la investigación y, medio oculta detrás de la puerta del lavabo de maestras, me topo con Chaimae, llorando convulsivamente. ¿Qué quién es Chaimae?

Chaimae es la hermana de Maissae, una de mis alumnas marroquíes de primer curso. Llegados a España hace poco más de un año con sus padres y cinco hermanas más y siendo ella la mayor, conseguimos, la asistenta social y yo, que el ayuntamiento la contratara temporalmente para engrosar el equipo de limpieza del único colegio público del pueblo, o sea donde trabajo. Tiene diecisiete años.

Cuestión curro, Chaimae no es ninguna vaporeta Polti ni conoce el algodón del señor Tenn... Más bien diría que limpia a cámara lenta, con gestos dignos del desmembramiento futbolístico a la hora de un gol histórico. Cuando la miro limpiar mi clase, sigo con admiración la descomposición de los movimientos requeridos para barrer un suelo, limpiar el polvo de mi mesa y pasar una fregona sin que el agua llegue a la inundación. Veo el juego de sus músculos, las crepitaciones de sus falanges, la redondez de sus gestos. Sin embargo, tira que afloja, consigue terminar dentro del horario sin más sudores.

- ¿Por qué lloras, Chaimae?

Mi joven protegida lanza su primer berrido al verse sorprendida.

Clásico. Reacciona de igual manera que una cría pequeña y, acostumbrada a esas "grandes penas", espero paciente que se desahogue y expulse lo más gordo de las lágrimas.

Chaimae llora menos al cabo de diez minutos; va controlando los pucheros y poco a poco consigue articular las pocas palabras que ha aprendido desde que llegó, medio en castellano, medio en catalán.

Resumo la causa de su llanto.

Resulta que su pretendiente español, Manolo, la ha dejado. Se acabaron las citas clandestinas, la última fila en el cine, los paseos románticos... ¿Motivo de la ruptura? ¡Manolo le ha pedido relaciones sexuales! Como se las ha negado pues la ha largado con viento fresco. Y es que Chaimae debe llegar virgen al matrimonio no sólo por imposición de su cultura sino por convicción: su prima se dejó engatusar por el novio en Casablanca donde trabajaba de miñona y ahora es madre soltera, para la deshonra de toda la familia...

¿Curioso, no? Tan lejos de Marruecos, en una sociedad liberada como la nuestra y aún tan temerosa... Me figuro que el mozo Manolo no está para gaitas a sus veinte años y que si no moja al menos una vez por semana, no va a dar el paso decisivo que representa "ajuntarse".

O sea, "*quiero arroz, Catalina*" y si no, a otra moza, mariposa, pensará el galán.

Me esfuerzo por consolar a la pobre Chaimae. Le digo lo bien que ha hecho en negarse a tales prácticas y rechazar al demonio tentador (¡me siento traicionando mis pilares femeniles más robustos, joder!). Le auguro para muy pronto un bello príncipe, romántico por los cuatro costados, que la secuestrará en un bello Golf coupé después de haberla hecho pasar por el contrato matrimonial. Me da las gracias efusivamente y con los ojos llenos de una admiración que no merezco. ¡Me doy asco!

(Abstenerse las mentes cerradas, sexistas, xenófobas, beatas, partidistas, machistas, pitopáusicas u otras...)

Dedicado a los Príncipes

Issa Martínez (México)

Dedicado a quienes tienen la facultad de reírse de sí mismos, para los que se mofan del vecino por tener un mejor auto, para el que juega con fuego a sabiendas que va a quemarse, para la que dice: "mi marido no es capaz", para el que señala: "mi mujer era virgen". Para el ciego que mira de más, para quien expresa: "yo nunca lo haría", para quienes siembran ortigas y quieren cosechar besos, para los que saben que sólo deben cantar en la regadera, para quienes sabiendo que es mejor callarse, siempre quieren ser los últimos en decir la última palabra. Para quienes saben que el mundo es un pañuelo y aún así tratan de ocultarse. Para los que se beben el agua sin tener sed. Para quienes les dicen te quiero y creen que es para casarse. Para los que pecan de incrédulos, tan solo porque no le pasó a su hermana o a su primo. Para ti, para él y ella, para mí, para nosotros. Para quien no cree pertenecer a ningún grupo de estos.

Era mi príncipe, el de mis sueños. A quien esperaba desde que supe de la existencia del amor. Tan guapo, tan bueno y atento, que siempre me permitía pasar primero y me abría la portezuela del auto, haciendo siempre gala de caballero, no me permitía pagar las cuentas. Yo vivía arrobada con sus palabras y su voz de tenor. Aún recuerdo cuando tomaba mis manos entre las suyas y las besaba tiernamente. Y las flores... ¡ay! las flores de nuestro primer mes de novios, confieso que me sorprendió enormemente, pues ni yo tan puntillosa recordaba el día exacto. El día que lo presenté a mis padres, quedaron encantados, en verdad era el hombre perfecto.

- Que suerte encontrarte con un hombre tan encantador
Patricia, mira que de "estos" no hay a la vuelta de la esquina-
Fueron la palabras de mi madre.

- Mira hija, yo se reconocer la calidad en los hombres, que te lo dice uno. Y éste, ¡vaya que lo es!

Sí, eran las palabras de mi padre. Solo Julieta, mi pequeña hermana de diez años no congració con el hombre más maravilloso del mundo, con mi amado Rafael, a quien yo cariñosamente llamaba "bebé".

- Pues a mi no me gusta, tiene cara de no rompo un plato y además le huele la boca.

- ¡Niña! Pero que palabras son esas, ya sabes que tienes que respetar a tus mayores.

- Pues es la verdad mamá, y sus ojos tienen un brillo extraño cuando mira el trasero de Rosa.

Rosa era la mujer que ayudaba en los quehaceres a mi madre.

- ¡Por Cristo! Pero mira Julieta, donde sigas diciendo tonterías, te quedarás un mes sin domingos.

- Pues no importa papá, Rafael me dio cien pesos si no le decía nada a Patricia de que el otro día, cuando estábamos aquí en la sala, se le cayó un pupilente de color verde. Ja, ja, ja, se veía tan chistoso con un ojo oscuro y el otro claro, creo que se parecía al Zarco.

Ese día, mi sarcástica hermanita se quedó sin cena por decisión de mis padres. Por fortuna no se encontraba mi adorado Rafael presente, ya me imagino lo atribulado que se hubiera sentido con las palabras mal intencionadas de mi horrible hermanita.

Una mañana de mayo, en una bellísima iglesia llena de flores, sonaba la Marcha Nupcial, la de Mendelssohn. Yo, caminaba trémula y feliz del brazo de mi padre por la nave central de la iglesia.

Al pie del altar, esperaban mis futuros suegros y las traicioneras lagrimillas de la madre, las que no faltan nunca en alguna boda, en especial si es de la hija, "por algo será". Lazos, alianzas y arras como entre sueños, yo, al borde del colapso por realizar mi sueño.

La recepción: inolvidable, he de reconocer que a mi "*bebé*" se le pasaron las copas del champagne, pero bueno, era el día de nuestra boda. La luna de miel..., bueno pues ya les había mencionado que se pasó un poco de copas ¿no?

Hoy día, tengo diez años de casada y cuatro hijos, a mi marido terminaron por perderse los pupilentes. No hay fin de semana en el que no se le pasen las copas y de las flores y todos los detalles de encanto, nunca más se supo nada, (como Camelia la Tejana) Y sí, le huele la boca. Y aún conservo los mismos vestidos de cuando era soltera.

Hasta su léxico se ha transmutado con los años, hiriendo mis oídos con sus: "*hija de tu tal por cual*".

Eso sí, le gusta andar muy prendidito, para conquistar a cuantas "Rosas" se paren en su camino y ¡ay! de mi, si sus camisas no se encuentran perfectamente planchadas. Y de divorcio ¡ni hablar! que ya lo he soportado bastantes años como para permitir que me pase una pensión de miseria.

- Paty, preciosa... ven mi pequeña, ámame otra vez.

- Sí, Ricardo. Sabes que me vuelven loca tus caricias

Especialmente, para quienes no creen en las inocencias precoces.

Dedicado a los que buscan independizarse

Araceli García López (Baleares)

Dedicado a esos jóvenes que quieren independizarse y no pueden porque, gracias a los especuladores, su sueño de tener una vivienda más o menos digna, está cada día más lejos. Y para aquellos que no tienen ni idea (ni quieren tenerla) de lo que es el sacrificio y prefieren disfrutar la vida al máximo, aunque sea a costa de sus padres.

Alicia levantó la mirada y contempló especulativamente a la pareja que entraba por la puerta de la inmobiliaria.

-Hola -dijo- pasen y siéntense. Cuéntenme ¿qué desean?

-Buenos días. Venimos a informarnos. Nos casamos en breve y queríamos ver si tienen ustedes una casa que se ajuste a lo que buscamos.

-Bien, seguro que algo encontraremos. ¿Qué tipo de vivienda tienen en mente?

-Nos gustaría un chalet adosado pequeño o una planta baja que tuviese algo de terraza o jardín. Si fuese posible, con piscina comunitaria.

-¿De cuántos metros cuadrados estamos hablando?

-De unos 90 o 100... No nos hace falta más de momento.

Alicia se fue hasta un mueble con cajones y sacó del primero una carpeta con anillas que se llevó hasta la mesa.

-Miren, éste está muy bien, tiene 3 habitaciones, una cocina de unos 7 m²., la sala de 20, 1 baño en suite y un aseo en el pasillo, coladuría y una terraza de 10 m. que da a la piscina. El entorno como verán es espectacular, jardines y luego, en el centro la piscina. Y el precio está fenomenal, 274.000 €.

-¿Cuánto es en pesetas? Es que todavía andamos perdidos con los euros...

-45.589.764 de pesetas. A esto hay que añadirle el 7% de IVA.

-¿Tanto? ¿y la zona?

-Es una zona excelente, está a 15 kilómetros de la ciudad solamente. En Son Xigala. María se volvió hacia Raúl y le preguntó: ¿esa no es la urbanización donde compraron su casa Juan y Carmen?

-Sí, cariño, esa es.

-Pero ¿no les costó 23.000.000 hace 1 año?

-Claro, pero lo compraron en planos. ¿Me podría decir la forma de pago?

-Es asequible. Diez millones a la entrega de llaves y luego, el resto en una hipoteca a 30 años. Sale más o menos a una mensualidad de 200.000 ptas. La comunidad es baja, unas 20.000 ptas. al mes, teniendo en cuenta que el cuidado de jardines y piscina cuestan bastante.

Raúl hizo cálculos y entre los dos llegaban a las 350.000 ptas. de sueldo, pensó que tendrían que privarse de demasiadas cosas durante muchos años. Eso de estar hipotecados 30 años le llegó al alma y por tanto dinero... Además, tendrían que amueblarlo...

-Alicia, dígame... si nos encuentra algo aunque no tenga jardines más cerca de la ciudad...

-Claro, tenemos un piso precioso más cerca, con los mismos metros y las mismas calidades pero sin jardín ni piscina. Cuesta 264.000 €. Las condiciones más o menos las mismas.

-María buscó con la mirada a Raúl y volvió a preguntar: ¿Y un pisito de dos habitaciones? Da igual si no es nuevo pero que esté bien conservado.

-Aquí tengo uno que está en oferta. No se lo van a creer, cuesta tan solo 193.000 Euros. ¡Una ganga!. Tiene más o menos 20 años y hay que hacerle alguna reforma... dos habitaciones, una grande y otra pequeñita, un baño, una cocinita, un saloncito y un balconcito.

A Raúl tanto diminutivo le sonó mal pero no quiso ser pesimista.

-Bueno, y ¿cuándo podemos verlo?

-Si les va bien, ahora mismo. Mi compañera les acompañará, está muy cerca de aquí.

Cuando llegaron y vieron el edificio, el alma les cayó a los pies. La entrada estaba sucia y el ascensor era una caja de cerillas, la luz estaba fundida y les dio la sensación de entrar en un ataúd. Al llegar al 5º piso, Lucía, la comercial de la inmobiliaria, intentó abrir la puerta, empujó y como no podía abrir, pidió ayuda: *-Raúl, si no te importa... es que la puerta roza en el suelo. Necesita un cepillado con la lijadora.*

-Es un piso interior y la única ventana que da al exterior es la de la sala. La ventaja es que no se oye ningún ruido de la calle.

De pronto, unos golpes resonaron, parecía que se hundía el techo.

-Es Manolito, el niño de arriba, es un poco revoltoso pero un cielo.

La cara de la pareja era un poema, el piso era espantoso, desconchones en las paredes, los muebles de la cocina eran del siglo pasado y se caían de viejos y la guinda fue cuando María preguntó si podía ir al baño, que ya no aguantaba más. En cuanto se sentó en la taza empezó a oír un sonido extraño, como de líquido cayendo. Puso atención y descubrió que provenía del piso de al lado. Era el vecino haciendo pis. Se puso roja como la grana al comprender que también a ella la estaban oyendo. Nada más acabar salió de estampida...

-Vamos, vamos... hablamos luego.

Se despidieron de la comercial y ya en una cafetería, tomando una tila, empezaron a hablar.

-María, llevamos dos meses.... Y creo que esto es lo único que nos podemos permitir. Así y todo, vamos a tener que estrecharnos el cinturón y de hijos de momento, nada de nada.

-Escucha, yo estoy pensando que mejor no nos casamos. De momento estamos bien con nuestros padres, ¿no te parece?. Salimos y entramos cuando queremos, nos vamos de viaje, no tenemos ningún gasto. Y sabes que el día que los míos ya no estén, la casa la heredo yo, que soy hija única.

-Tienes razón. Y de paso les hacemos compañía. Si nos vamos no van a saber qué hacer con sus vidas, no tendrán a quien cuidar. Sí, es cierto, lo mejor es quedarnos como estamos.

-Entonces, si ya no nos casamos... ¿te parece que vayamos de viaje a Grecia este año?

-Sí, todavía no hemos ido nunca. Es un buen lugar para visitar.

La calma y la sonrisa volvió a sus rostros. Se dieron un beso y se fueron cogidos de la mano hasta la agencia de viajes más cercana.

Dedicado a los cine-soñadores

Olga Muñoz (Madrid)

Hay veces que es mejor seguir soñando, ...mejor interpretar que aburrirse cada mañana ante el espejo.

DEDICADO A LOS QUE VIMOS "LA ROSA PÚRPURA DEL CAIRO"

Y a esos hombres y mujeres que hacen de sus días una eterna e irreplicable película de las épocas doradas, y a esos que se conforman con vivir un telefilm de serie B.

Siempre había querido ser actriz. De esas inolvidables del inolvidable cine en blanco y negro. Melena ondulada, figura frágil pero sugerente. Glamour impecable, ese que sólo es posible desde la naturalidad que dan unas facciones originales, de las que no necesitan maquillaje alguno para destacar. Así había soñado pasar por la vida, sin casi rozar sus días, pero dejando una huella imborrable en todos los que la conocieron.

Quizá fue no nacer en el momento adecuado. Eso, sin duda, le trajeron sinfín de contrariedades. Nacer en los 50 deja un cierto poso, pero no el suficiente caché...esto ya era un mal comienzo. Lo ideal hubiera sido los 40: posguerra y comienzo de movimientos culturales. Otra mala pasada del destino fue nacer en aquella familia...Lo deseable hubiera sido pertenecer a lo que vulgarmente se conoce por una "casa bien", status medio alto y con algún artista en la familia. Uno de esos bohemios encantadores, con el desaliño del que sabe que puede ir de punta en blanco en cuanto se lo proponga. No, de esos no hubo ninguno. Sigamos..., una familia "especial" nada convencional, algo más culta que la media y por supuesto, con muchos más recursos que la media. Pero el destino, a veces es así. No atiende a razones, y coloca, sin el menor miramiento, a una romántica y

soñadora infatigable, en el primer hueco familiar que pilla. ¡Que descortesía!

Así, desde aquellos 50 de escasos recursos y limitados conocimientos externos, creció entre aquellas empapeladas paredes de medallones rococós o chillones dibujos futuristas... y parqué en "zona noble". Sobrevivir a eso fue, sin duda, su gran reto. El resultado... todavía está por ver.

Desde MariSol a Lana Turner; desde "Zampo y yo" a "Rocco y sus Hermanos"...

Desde "Tu a Boston y yo a California" a la "Reina de Africa"

Así ...con el miedo de quedarse en "Cine de Barrio" o "Falcon Crest" a pesar de saber que hay una "Odisea del Espacio" y que un "Tercer Hombre" le espera mientras lloran árboles ante sus pasos. A pesar de vestirse alguna vez de suave "Terciopelo Azul", de acompañar con ojos cuajados de preguntas a "Zazie dans le Metro" y de llorar al lado de un desgarrado "Ladrón de Bicicletas". Así hay mañanas que ante el espejo sólo encuentra, muy a su pesar, a "Una Muchachita de Valladolid" que juega a descubrir su siempre eterno "Expediente X".

Dedicado a la vecina del 69

María Luisa Lázzaro (Venezuela)

A mi vecina del 69, departamento sesenta y nueve, la sacaron ayer los bomberos, a golpe de media tarde. Un incendio de mediana proporción en su cabeza le había abatido su larga y frondosa cabellera, de rizos apretados. Como no tenía familia a mano pidió que me avisaran para representarla en los trámites pertinentes del Hospital Sor Juana Inés. Mientras le colocaban preventivamente una gasa con ungüentos refrescantes redactó una carta con su puño y letra para acreditarme su albaceas, entregándome sus tarjetas electrónicas, sus claves y cheques firmados en blanco previniendo una larga estadía en el centro asistencial.

Me acomodé junto a ella en la ambulancia. Luego que le colocaron una botella de suero, que se bamboleaba entre el suave vaivén de la vía, me dijo aprensiva: "Necesito contarle, preciso contar; tengo que reorganizarme el sosiego".

La verdad es que no sé por qué me escogió justamente a mí como fiduciaria de sus intimidades y valores. No creo que sepa que soy novelista, por la simple razón de que nadie más que yo lo sé; nada ha salido de mis gavetas. Tampoco hemos departido más que unos buenos días, buenas tardes. Soy bastante huraña, salgo poco de casa, no frecuento ni siquiera a los pocos familiares que aún persisten en serlos.

Ya en la habitación, luego de haber sido revisada y medicada por los galenos de turno, me dijo que tomara asiento porque era bastante larga y angustiada su historia. Confieso que me golpee los dos codos con la silla a propósito para asegurarme de que estaba en beta y no en alfa o theta, o tal vez en omega, y era yo la que me había achicharrado los cabellos buscando chamuscar vaya a saber qué.

- Hace veintiocho años, él me dijo: ¡Qué hembra!, y luego no salió con nada. Cada vez que me veía pasar por su cuadra se volteaba como si yo fuera tan sólo un cilindro de aire, como si nunca me hubiese dicho lo que me dijo.

- Ya va, espera. Dale pausa, rebobíneme el asunto, me quedé en vuelo rasante bajo. Primero ¿quién es él? Y segundo ¿estás segura de que fue a ti a quien se refirió, o será que estaba mirando para otro coté mientras verbalizaba?

-Él, era él. Vivía en la casa de la esquina, allá en Jusepín. Yo tenía 20 años y él, creo que uno o dos más. Hacía poco tiempo que había puesto a San Antonio boca abajo con el pan envuelto en seda rosada. Le rogué que interviniera para que me dijera algo, para que se fijara en mí. Y justo, ese día cuando ya creía que no existían los milagros, al pasar cerca suyo dijo eso: ¡Qué hembra!

-¿Y luego que lo dijo qué hizo, qué hiciste tú?

-Pues yo me asusté mucho, aligeré el paso.

-¿No le miraste los ojos?

-No.

-¿Y no insistió, no te siguió?

-No.

-Y los demás días, ¿qué pasó?

-Nada. Nunca más. Ni siquiera me miraba de lejos. Cinco años después se mudó, ni siquiera supe su nombre, ni su apellido.

-Ajá ¿y entonces? No me digas que te quedaste solterona, pensando veintiocho años en esa zoquetada. ¿Cuarenta y ocho años

y todavía con esa emulsión de Scott a cuesta? ¿Te ibas a hacer una pira humana por semejante traspíe?

-No, sólo quería acallar la imagen, la voz. He hecho de todo buscando olvido. Deje que le cuente. No ponga esa cara. Créame que necesito repararme, tengo conciencia de que no es normal, pero no puedo salir del laberinto. Algo me dijo que si lo volcaba hacia fuera en palabras desaparecería por completo. Y como usted se ve buena gente por lo callada que se ve, usted es tan taciturna, tan gris, me da la impresión de que usted anda en lo mismo. Así que a pensé que ayudándola a usted me ayudaba a mí también.

-¡Es lo que me faltaba! O sea que no fue la lotería de un tema para ganarme un premio gordo, sino un banquillo para el embanquillado; un algodón con mercurio cromo para otro algodón con mercurio cromo.

- La primera vez fue cuando desapareció del pueblo, porque mientras lo veía de lejos me conformaba. Metí la cabeza en una cubeta llena de agua, de ciento cincuenta kilos. Ahí me estuve casi ahogándome con la esperanza de que el agua diluye y el remojo blanquea. Pero nada.

-¿No me digas que eres virgen por unas piches palabras?

-No, pero fue peor. Mientras no sabía lo que se sentía, la tribulación era nada más eso, no el desasosiego que me agravó el cuerpo. Entonces, cada vez que cada cual... me reventaba la mente con la palabra y el rostro. Y fue peor, mucho peor. Por eso decidí que más no. Desde hace años, más no; me pone como un huracán los pensamientos y me arrasa en vueltas y vueltas de cordones y gasas con sal de mar.

-¿Y, qué más has hecho?

-Me he envuelto la cabeza en hojas de plátano recién ahumado, bastante caliente. También, durante muchos años, para poder dormir, he tenido que cepillarme el cuero cabelludo con cerdas de hierro colado, igual los pies, me he golpeado contra la pared. Y nada, la imagen de él ahí a todo color. También me eché miel de abeja casi hirviendo en los oídos, ni siquiera se atenuó el Qué... mucho menos la... hembra. Lo penúltimo que hice fue que me coloqué frente a una pared amarilla, con dos pots de spray blanco. No necesité concentrarme mucho, al ratito ahí esta-

ba, con su camisa rayada blanca y azul, delgado como un fideo crudo, la nariz aguileña, la boca y los ojos pequeños; tenía acné con pequeñas vejigas en vías de costra. El cabello era bastante lacio, aceitoso. Después que lo lloré media hora, tocándolo desde la pared que lo reflejaba, le fui echando los dos frascos de pintura. Y no paré hasta ver que no quedaba nada. Pero.... al darme vuelta se vino conmigo otra vez con su camisa y su acné. Quince días después, lo que ya sabes... la mente es la que guarda, la mente es la que saca, la que atosiga. La mente está en la cabeza, en la cabeza están los cabellos, mis cabellos son inflamables, bastante inflamables. Como la idea no es suicidarme sino olvidar, cuando desapareció todo mi cabello entre las lenguas de fuego, me dije: busca ayuda. La palabra se mata con la palabra, ¿y la imagen?, también, ¿verdad?

Dedicado a los dolores-ladrillo...

Sergio Palomo (España)

Dedicado a la gente que vomita sus dolores de ladrillo y mezcla, los de la queja anidada en la boca y los brazos en parálisis continua; aquellos que no pierden ni su lengua ni su monotonía, pero sí su fuerza de escultores para hacerse hijos de la inercia.

Para vosotros levanto mi mano y la sangre de aquellos muertos locos que permitieron vuestro cansancio y hartazgo, dejando a un lado el hambre y la miseria de unos abuelos que ya no son vuestros, porque todo ha empezado de nuevo con vuestras vidas. Amén.

Así, escupo estas palabras vacías, de eco de montaña, en vuestras manos, que sólo alcanzan lo que importa: lo que se tiene, lo duro y compacto. Dejad pues atrás el sobre y la pancarta, porque el robo y la manipulación, el no-pan y la muerte son perennes. No podéis cambiar nada con las carnes encharcadas de comida y las espaldas torcidas con un sueño de doce horas.

¡Todo está inventado! ¡Viva el estado de bienestar!

Dedicado al macho inmune

Elizabeth Quezada (Rep. Dominicana)

Hoy, escribo para ti, macho inmune a la carne de gallina y a la piel erizada de emociones vivas...que tienes muchas conquistas y pocas embestidas; muchos tiros y pocos blancos; muchas babas y pocas hojaldres; mucha academia y muy pocas nociones. Dedicado a ti: macho de muchas noches largas pero de pocas noches buenas. Dueño de muchas historias y pocos finales... muchas espinas y pocos pétalos. Muchos grises y pocos rojos.

Hoy, justamente hoy, bajo un calor mojado de agosto, y bajo una multitud que te proclama "Papi chulo", que te emula como paradigma irrisorio del "hombre exitoso", en materia del amor callejero; con una fila india de mujeres, que se lanzan maledicencias y que se envidian y que te sueñan y que te son esclavas...me he decidido a escribir sobre cenizas malolientes: recuerdos nauseabundos, historias rotas, caricias suspendidas, puños de sangre sobre rostros desprotegidos, sólo para dedicarte a ti, este texto que nace de un sentimiento envuelto en celofán y cubierto de la furia histórica de mujeres, que han sido marginadas: sub-valoradas, pisoteadas, golpeadas. Por ti escribo:

Eran las doce de la noche de un sábado cualquiera, lo vio salir oliendo a maderas orientales, con un rostro enmascarado de fino funcionario bancario y con una sonrisa de macho dispuesto a la caza de una hembra-matic, con una camisa de lino azul pastel que le había planchado -junto a otras once- al final de la tarde del viernes.

Y todo perfectamente lustrado: los zapatos, el jaguar, los cabellos y las uñas; como lubricada y alegre debía estar ella en la cama...dispuesta a recibir y a dar caricias vacías, sin los juegos "pret-a-porter" de una velada orgásmica... La lámpara de Aladino fue más acariciada que ella; Una suerte de "voy entrando y saliendo", lo demás sale sobrando. Lo sintió llegar acompañado por el compuesto etílico, inundando y embriagando hasta los muebles clásicos y las sábanas de seda. Fingió dormir...como siempre: el cansancio y las náuseas, fueron el motivo de su indiferencia, desde hace ya tanto tiempo; sumándole a esto, la desfachatez de mostrarse en ese estado de iedad, y pasarse en público con mujeres de la calle o de la oficina.

Intentó moverla de un tirón, como era su rutina... (Ella estaba esperando que lo hiciera)...

-¡Mujer, mujer!

-Cumple con tu marido que te lo da todo... ¡sé mujer, carajo!

(Ella esperó el rosario degradante de siempre).

-Es que tú no sirves para nada, ni siquiera para darme un hijo...

(Ella recuerda que, cuando estaba estudiando, le dijo que le podía dar todo, se resiste a los tirones...él le propina una bofetada que le saca rojo de la boca, inusualmente, vomita en las sábanas blancas una mezcla de sangre y lo que había ingerido esa noche).

-¡Ya ves, eres una puerca gorda!...no te quejes, no te quejes si luego te dejo.

- Me dejas...la que se va soy "Yo", (entre risas y lágrimas nerviosas, se levanta erguida). ¡Estoy harta! Eres un miserable egoísta y te esperé hasta tarde, esta noche, para decirte que, estoy esperando un hijo de otro hombre.

(Una mueca de payaso en decadencia se dibujó en su cara). Su fachada de hombre importante se había esfumado.

-¿Qué creías, que te iba a amar y a soportar toda la vida? ...Ya vez, no fue así. Hubo alguien que me enseñó a sentir: creíste que no conocería el climax total, como eclipse que me borraría de pronto, toda esta historia contigo.

-¡Ah! y me di cuenta que no había podido engendrar, hasta ayer, después de diez años de casados, no por mi culpa, sino, porque eres tú quien no puede procrear: tus espermias son tan débiles como tus hormonas; son tan holgazanas como tu lujuria voyeurista; tan mezquinos como tus manos que alcanzan una mujer para pegarle. Tu sangre no bombea y no irriga tu órgano sexual; y tú, no tienes ni la más mínima información, sobre cómo hacer feliz a una mujer. Por todo eso y por mucho más, decidí acostarme con el primero que me hiciera sentir mujer, (y no es que me vaya con él: uno fue suficiente).

-Te dejo, macho castrado y aberrante, que simula ser conquistador del mundo y no llega a primera base al deslizarse al cuadro de honor, y, ni por casualidad conoce el botón del prendido automático de su propio carro.

(En las sábanas quedaron: rastros de sangre, semen, alimentos descompuestos y dos cuerpos tirados junto a un revolver calibre 34...Se cree que la violó, la mató y luego se suicidó. Los investigadores encontraron un video en marcha, que fue testigo de todo el abuso que se vivió en esas cuatro paredes en los últimos meses (después de puesta la denuncia de abuso doméstico) y de donde sale esta historia con memoria).

(segundos más tarde)

-Ufff amor, ya se acabó ese video. Por favor que el otro sea romántico, algo así como "Insomnes en Seattle"...

Dedicado a la morbosa bestia

Iris Alfonso Allegue (Cuba)

Mariana fue una linda mulatica que colaboró con la ciudad de las primicias siendo, en su momento, la primera jinetera auténticamente reconocida, según lo demostraron sus propias credenciales: faldas de cuero, diminutas, intentando cubrir su redondo trasero; sandalias de tacón alto abrazadas a sus delicados pies, y blusas "baja y chupa", marca "registrada" que, aunque no patentizó, supo promocionar entre las muchachas de su generación.

Un yuma[®] alemán - de los legítimos - rubito y de ojos azules, vino a ofrecer, además de sus verdes boletos, el toque necesario e imprescindible, a la imagen que corrió de boca en boca, vibró de pierna en pierna, para, finalmente, centrar a Mariana en la más alucinante hembra jamás imaginada por los machos de su tiempo.

Sólo quedaba un lado flaco dentro de tanta perfección: el amor perseguía a la muchacha, la atormentaba, cuando el extranjero, abrazado a su cintura, chapurreaba en su Ario-Español la canción que eternizó al sexteto Los Zafiros...

*"...Caminando por las calles del pueblecito natal, con su ritmo espiritual, ella va regando flores. Con la bata *arremangá', sonando sus chancleticas, los hombres le van detrás a la linda mulatica, los hombres le van detrás a la linda mulatica..."*

... Y así fue como Mariana, predestinada a la celebridad, pasó a mostrar su nueva imagen en los suburbios, mientras, con la bata arremangá[®], sonando sus chancleticas, trató de evitar a los hombres que le iban detrás y de los cuales no pudo escapar, tanto menos, cuando a los pocos meses se le vio deambular, felizmente loca, con un pequeño perro apretujado contra su pecho y nacido, sin lugar a dudas, de las muestras de "cariño" que le propinaron aquella madrugada, al tiempo que Los Zafiros ensordecían a los vecinos del lugar, y a ella misma, con su concluyente melodía.

El nacimiento de su hijo, el perro, fue motivo de celebración por el resto de sus días en que, olvidada por completo de amores y viajes a la nieve, se le vio brindar, escándalo mediante, por el nuevo regalo que coronó su existencia.

Hace unos pocos días, no satisfecha aún por el éxito alcanzado entre transeúntes, noctámbulos y policías, atravesó la ciudad envuelta en llamas -pelele Prometeo-, para, en un último y "brillante" gesto, inmortalizar por fin su desafío.

V Antología Internacional Sensibilidades

Ahora, cuando la noche es clara y traspasa confidencias, pueden verse, desde cualquier punto de la ciudad, cuatro hombres que se disputan la paternidad de un Faldero que, arrebatado, le ladra a la luna.

Dedicado al ultraje, al abuso y a la xenofobia.

Dedicado a la morbosa bestia que cohabita con el género humano; a las muchachas y muchachos que escaparon a sus garras, a los que escapan.

Dedicado a la demencia, que entiende sus razones; a la cordura, que ignora a los amantes.

A la embriaguez sin fiesta, a los sobrios de besos, a la risa mordaz, a los muertos sin causa, a los vivos sin afectos, a la culpa, a la impotencia, al dolor atragantado entre las manos.

Dedicado a tu fuego y a la luz de tus sueños quemándose en estribillo.

⁽¹⁾ **yuma**: extranjero (en el argot cubano)

⁽²⁾ **arremangá** -arremangada: levantada

Dedicado al hombre piadoso

Manuel Cubero (España)

Dedicado a esas personas que se ahogan en un vaso de agua o que, llevadas de su mente estrecha e intransigente, se pierden en debates interiores cuanto menos absurdos.

Don Fernando tenía noventa años cumplidos. Don Fernando ha sido toda su vida un hombre probo, honesto y prudente donde los haya. Y, desde luego, poco o nada tiene de común su carácter con lo que el valor semántico de su nombre podía darnos a entender: nadie supo nunca de un detalle de osadía ni de atrevimiento a lo largo de su dilatada vida. Por consiguiente, no es cuestión de que, a esa edad, le pidamos a nuestro venerable abuelo ningún tipo de cambio en sus actitudes y cualidades.

Don Fernando, cosas del corazón, estaba profundamente enamorado de doña Custodia, que, ella sí que hace honor a su nombre, guarda, en su corazón viudo, todo el amor de su santo esposo, el cual, dicen, estuvo tan alejado del mando en su lar familiar, que ni el del televisor le estuvo concedido.

He aquí que estos dos corazones solitarios, a pesar de la edad, volvieron a encontrar los senderos del amor y, lo que es más importante, dentro del debido respeto a la moral y a las buenas costumbres, se mostraban retozones y ávidos de entrega como si de dos jovenzuelos se tratase.

Nuestros protagonistas de hoy se conocieron en la comunidad cristiana de su parroquia. El flechazo fue instantáneo. Dicen las malas lenguas que alguna vez hasta se han cogido castamente, eso sí, de la mano. Cosas de juventud adolescente, entendí yo, puesto que como jovencitos se comportaban.

Hasta aquí, todo normal. Pero... Siempre los "peros" y lo imponderables, cuando el romance hubo evolucionado hasta hacer de este amor un fruto maduro, surgió el primer problema.

Nuestra amiga doña Custodia, ochenta y siete primaveras y otros tantos inviernos, todo hay que decirlo, ha enfermado. No muy gravemente, pero ha enfermado.

-Necesito cuidados -dijo a su amada hija.

-Todos los que hagan falta -contestó la niña.

"Y más", comentó, desabridamente, alguno de esos vecinos que siempre están a la que salta, por tal de dejar a alguien en mal lugar.

-Hay que reconocer que doña Custodia se encuentra en una fase muy próxima a la adolescencia -respondí yo a uno de aquellos, recordando lo de su comportamiento juvenil.

-Si consideramos que adolescencia viene de adolecer... -me respondió con un cierto deje irónico-, es casi seguro.

El caso es que, como no tenía ganas de discutir con mi amigo de mente calenturienta, lo dejé ahí. Cualquiera tiene pleno derecho a tener algún que otro caprichillo, pensé.

Conocido ya por los amables lectores el momento en que nos encontramos, es hora de continuar con el relato.

La "niña" de doña Custodia, no es ninguna niña. Más bien, diríamos que la niña de doña Custodia es una señora madura, con siete hijos, un marido y todo lo que ello conlleva.

Y como nuestra adolescente amiga, además de algo caprichosa tiene un geniecillo de niña mimada, planteó tales exigencias que escapaban a las posibilidades físicas de su "niña".

El caso es que, como consecuencia de una caída, la buena de doña Custodia se dislocó un brazo. Esto, lógicamente, dificultaba gravemente a nuestra adolescente amiga la realización de una serie de movimientos que, dicho sea de paso, son de todo punto necesarios en orden a la higiene y limpieza de determinadas partes de su organismo. Por mor del respeto por el sexto mandamiento que siempre adornó el espíritu de doña Custodia, les hacemos gracia de citar en este relato el nombres de dichas partes pudendas.

Pero no es esto lo más grave, desgraciadamente, en su caída, doña Custodia recibió un golpe justo en su más íntimo lugar, lo que lógicamente, acarrea la necesidad de un cuidado e higiene especiales en dicho lugar de su casta anatomía.

Llegada la situación a este punto, nos encontramos con que la "niña" de doña Custodia, a pesar de su buenísima disposición y de que intentaba por todos los medios atender las necesidades alimenticias y de higiene de su santa mamaíta, ésta mostraba una cierta disposición negativa a que su hija le prestase los cuidados íntimos que necesitaba.

-Es que no vas a tener la habilidad necesaria para hacerlo como es debido -le dijo.

Y como su actitud era decidida y firme, la "niña" le propuso contratar a un enfermero para que la acompañase unas horas al día y que, de camino, le dispensara los cuidados higiénicos necesarios.

-Esa podría ser una buena solución -admitió, dubitativa, doña Custodia.

Así quedaron las cosas hasta que esta mañana...

-¡Niña! Ven un momento -fueron las primeras palabras de doña Custodia.

-¿Qué quieres, mamaíta?

-Verás, he pensado que un enfermero nos va a costar un dinerito muy curioso. Además, que si don Fernando tiene todo el tiempo libre del mundo y es una persona formal y delicada en el trato, he pensado que hablemos con él para que me acompañe durante el día y se encargue de algunas tareas delicadas relativas a mi persona...

La pobrecita "niña" se quedó, hablando en lenguaje popular, como el que se tragó el cazo. Recordando a La Fontaine, la "niña" se puso a especular en la forma de ponerle el cascabel al gato. Dicho en plata: ¿quién se planta delante de don Fernando a comunicarle el deseo de su amada doña Custodia?

Porque hay que reconocer que esto es cosa nada fácil, si pensamos en las circunstancias de todos conocidas.

Efectivamente, ocurrió lo que todos pensábamos. Después de mil vueltas y explicaciones

sobre los distintos temas del amor, la entrega, la amistad, la caridad cristiana, y un lentísimo y detallado repaso a las Obras de Misericordia, la "niña" de doña Custodia, dejó bastante claras a los ojos de don Fernando las pretensiones de su amada adolescente.

Don Fernando, acongojado, confuso, iluso y algo patidifuso, en cuanto llegó la hora de comer, se encaminó decididamente hacia la puerta de la calle.

-Verás, "niña", he quedado a comer con unos antiguos clientes. En cuanto termine la comida y acabe con algún asuntillo, me tienes aquí. Nada más salir de casa de la "niña" de doña Custodia, se sentó en el primer velador del primer bar que encontró a mano.

En vista de que no dejaba de masajearse las sienes, y como era conocido y respetado en todo el entorno ciudadano por el que se movía, los camareros, adivinando que en su mente se libraba dura batalla, decidieron no interrumpirlo.

Él, don Fernando, el hombre probo y honesto que durante toda una vida fue ejemplo de caridad cristiana, abocado a un dilema irresoluble. ¿Habría alguna forma de compaginar caridad y castidad en aquel trance? Si cumplía con lo estipulado por las Obras de Misericordia... ¿no estaría cayendo el pecado mortal ante la evidencia de lo establecido en el Sexto Mandamiento? Y al revés...

Si se imponía el cumplimiento del Sexto Mandamiento... ¿no estaría faltando a una de las Obras de Misericordia?

Don Fernando apenas si probó bocado. Él sabía muy bien que toda una vida de santidad puede perderse por una simple debilidad humana, que el último día, a la última hora, un pecado, un solo pecado mortal, puede dar al traste con toda una vida de santidad. Él, que nunca faltó a misa en domingo, ni siquiera cuando la República, él, que siempre tomó la bula de abstinencia y ayuno...

Por otro lado... Si las enfermeras y enfermeros limpian y cuidan de los enfermos, incluso de los de su propio sexo, sin que la Santa Madre Iglesia los excomulgue a pesar de los tocamientos a que someten a los enfermos... ¿Será que en estas circunstancias no es pecado la contemplación y tocamiento de determinadas partes del cuerpo?

En estos pensamientos andaba don Fernando cuando, decidido a solucionar el terrible dilema planteado, se encaminó a la parroquia más próxima: consultaría al confesor sobre la viabilidad de aquello que su amada doña Custodia le pedía y... "lo que sea, Dios dirá"... Fue en ese momento, cuando al atravesar la calle, un camión que pasaba, no pudo frenar a tiempo ante la presencia de don Fernando.

Al llegar a las puertas del Cielo, las primeras palabras de don Fernando al ángel custodio fueron:

-Gracias por haberme librado de pecar.

El ángel, se limitó a mirarlo y, sin comprender palabra, saludó amablemente:

-Buenas tardes, pase, por favor.

Dedicado a los que lloran y maman

Marila López (Sevilla)

Dedicado a los que lloran y a los que maman sin tener que llorar. A los que lloran de risa y a los que se ríen de los que lloran. A los que se ríen de sus jefes y a los ríen el chiste de sus jefes. A los que dan la cara y a los que escoden la mano. A los que dicen lo que piensan y a los que no piensan lo que dicen. A los que creen en Dios y a los que ni Dios sabe en lo qué creen. A los buenos que están en el cielo y a los malvados que están en todas partes.

Doña. Rosario y Don Andrés, forman una pareja respetable, querida, y ejemplar en el pueblo. Élla todas las tardes va a misa y los jueves se acerca al cepillo de San Pancracio patrono de los trabajadores, deja 50 céntimos, y le hace su ruego; no le pide trabajo para ella, que son las peticiones que le hacen todos los fieles ¡faltaría más!. Élla tiene su petición particular: “San Pancracio bendito, que a Alina no le falte nunca el trabajo de mi casa”. Que traducido para que ustedes lo entiendan, quiere decir: que Alina no se vaya de su casa a trabajar a otra.

Alina es una emigrante que le lleva todo el trabajo del hogar y a la que paga una miseria pues no tenía papeles cuando la tomó de asistenta. Para Doña Rosario, fue una obra de caridad *grandíísima* la que hizo con esta chica.

Cuando vuelve al hogar, Alina le prepara el baño, pues le relaja mucho y el médico se lo aconsejó para su estrés. Alina no puede bañarse, solo una ducha rápida, pues debe pensar en el despilfarro de agua con las personas que existen en el mundo que les falta para beber.

- Mira don Andrés, cómo ahorra y no se ducha más que dos días a la semana.

Don Andrés es un guarro que no le gusta el aseo y a duras penas consigue su esposa que se duche un par de días a la semana.

En el comedor, comen los señores servidos por Alina, y cuándo han terminado, ella comerá en la cocina lo que haya quedado.

- Es para que no te cortes y comas como quieras.

Alina tiene un transistor, que le regalaron los señores por Reyes por que “*tú para nosotros eres como una hija y la televisión está tan mal... te gustará oír música mucho más*”.

En el porche hay dos butacas y cuando Alina sale a tomar el fresco por la noche, doña Rosario, que vela por su salud le dice:

- Vete a la cama y descansa Alina, que mañana tienes que madrugar.

Don Andrés y Doña Rosario, van todos los años a la comida de la hermandad de la virgen “*quitapenas*” para sacar fondos y ayudar a los pobres.

Ni que decir tiene, que cuando don Andrés entra en el casino todos se levantan para cederle su asiento, y que el cura, invitado de honor todos los lunes a merendar, le duele la boca de decirles lo generosos que son.

- No diga usted eso don Rodolfo, solo hacemos lo que debemos hacer.

Viven tranquilos pues están seguros que ese comportamiento les llevará derechos al cielo.